

PREFACIO

PARA LA EDICIÓN DEFINITIVA

*Yo nunca he escrito un libro, poniendo los ojos fuera de mí;
de mi Yo Interior y profundo, en perpetua gestación de ideas;
he sido siempre mi propio espectador y, mi propio
espectáculo;*

*es atento a las fiestas mágicas de mi espíritu, al
maravilloso desfile de visiones que hay en mi cerebro en
horas de ideación, y a las músicas interiores de mi propio
corazón, que los he escrito;*

*el Mundo Exterior, no existe para mí, durante esos
periodos de absoluta abstracción mental en que me
confino dentro de mí mismo, sin ensayar ni
momentáneos vagares en el extrarradio de mi espíritu;*

*el mundo muere para mis ojos; todo el mundo que no sea
aquel que yo pueblo con mis creaciones;*

*en esos instantes de muda confrontación de mi Verdad
Interior con otras verdades, éstas se borran hasta dejar
de existir, y no tengo ojos sino para mi Verdad, y es en
ella que modelo mis personajes, y, hago el arquetipo de
mis creaciones;*

*y, nacen ellas con mi Verdad sobre los labios; no con la
Verdad de los otros;*

*y, mi Verdad es la Verdad del mañana, no la Verdad de
hoy;*

*una Verdad Inactual, con las alas tendidas hacia la
Eternidad, por sobre el hormigueamiento tumultuoso, del
instante frágil y perecedero en que fué dicha;*

*todo libro mío es un aspecto de mi alma, y por ende, es
prematureo;*

*pertenece a tiempos que, aun no han venido, pero que
vendrán mañana, traídos por el huracán de juego del
mismo Verbo que los anuncia;*

yo, no he tenido nunca el amor del presente; por eso no lo he cortejado;

he vivido con todo mi Amor, y, toda mi Ambición, puestos en el Porvenir;

un Porvenir muy remoto, que duerme en el seno tormentoso de los siglos;

es el veredicto de ese lejano Devenir, el único que ha inquietado los sueños desdeñosos de mi Ambición;

jamás he puesto mi esperanza en el triunfo de mi persona, sino en el de mis ideas;

y, mis ideas no son las de hoy; al menos en los pueblos que hablan la lengua en que yo escribo;

y, para los cuales mis libros escritos son;

¿qué importa la montaña de siglos que se interponga, entre el gesto del Sembrador de Ideas, y, la hora en que éstas deban germinar?;

en el ciclo ideológico, el tiempo no es sino una palabra carente de sentido;

el Sembrador no se acuesta en el surco para enterrarse y germinar en él;

arroja al surco la semilla, y, espera la cosecha del mañana;

turbios amaneceres, soles caniculares, besos de noches tristes abonan la simiente;

y, un día ante la rosa roja del Sol, suspira triunfal, y en el surco florecerá la Vida;

tal vez por no amar el Triunfo, yo, he triunfado;

y, por no cortejar mi tiempo mi tiempo me ha cortejado;

o al menos me ha hecho un cortejo... de aulladores voraces;

el abono de la Gloria, es el Insulto;

es la Calumnia la que abona el suelo donde crecen los laureles inmortales;

¿no es el estiércol de las bestias, el que hace florecer más prontamente las semillas?

y, nadie ha sido más insultado que yo, entre los hombres y, por los hombres de mí tiempo;

*y, nadie más ensalzado;
no he levantado mi pie para aplastar las orugas
detractoras;
ni he tendido mi mano hacia los laureles que un viento
amigo y tenaz inclina sobre mi frente;
he dominado mi tiempo sin adularlo, y antes bien,
siendo duro para él; duro como un profeta;
casi no he escrito un libro que no haya sido para lapidar
mi tiempo;
mi Política, mi Literatura, mi Filosofía, todas han sido
contrarias a mi tiempo, pensadas y, escritas fuera de mi
tiempo, y han pasado sobre mi tiempo como una tempestad;
mis novelas llevan también ese sello de agresividad, que
caracteriza toda mi Obra;
estos frescos líricos y trágicos, que he trazado con
orcagnesca pasión sobre los muros de la Eternidad,
reproducen fragmentos de la vida de mi tiempo, pintan el
alma de mi tiempo, y, en su fondo se perfilan, dos rostros
heroicos o fatales, de los hombres de mi tiempo;
todas mis novelas han sido novelas de combate;
todas, excepción hecha de «Aura o las Violetas», idilio
cándido y, sentimental; inocentemente triste, como el llanto
de un niño en la noche;
mi Vida ha sido un duelo contra mi época; cada libro
mío ha sido una lanada contra el corazón cobarde y,
pervertido de mi época;
es verdad que ella me ha devuelto los golpes con
creces, pero, no me ha hecho vacilar sobre mis arzones,
ni ha melado uno solo de los cuarteles de mi escudo;
he puesto en disgustar mi época, tanto empeño como otros
han puesto en halagarla;
otros ponen su Arte al servicio de su época;
yo, he puesto todo mi Arte, en denunciar y, castigar los
crímenes de mi época;
he hecho de mi pluma un cauterio contra sus llagas;
la novela, ha sido un campo de acción muy fecundo para mí,
en ese combate;*

todas mis novelas son un jirón vivo y palpitante del alma de mi época;

mucho se ha gritado contra el autobiografismo de mis novelas;

y, se ha querido ver en todas ellas, prefiguraciones de mi Yo;

de ese Yo, atrevido y orgulloso, al cual muchos honran con su Odio, ya que no pueden deshonrarlo con su Admiración;

¿he de detenerme a rebatir ahora ese viejo tópico?

no tengo objeto ni interés en ello;

el tiempo es algo muy precioso para dilapidarlo en esas nimiedades;

verdad es, que yo, no sé escribir libros impersonales;

tengo demasiada personalidad para eso;

y, porque en mis libros soy personal;

en el atrevimiento ideológico;

en el fasto verbal;

en el poder de la ideación;

en la musicalidad de las palabras, y, la magnificencia de las imágenes;

porque un soplo de Libertad llena mis libros;

y, porque hay en ellos un Ideal, al cual he consagrado el culto de una ya larga vida... y, lo he adorado a través de sesenta volúmenes de mis libros;

por eso;

el ruralismo armonizante de ciertas zonas colindantes con la selva y, en las cuales todo soplo de civilización no sirve sino para rebarbarizarlas;

y, el cotorraje epiléptico de los estagiarios de la celebridad, perpetuos candidatos a la civilización;

se exacerban;

y, gritan al autobiografismo de mis libros;

yo, no consiento en dialogar con esos bárbaros barbarizantes, cuyo expresionismo de aduar, imita apenas el balbuceo de la palabra;

yo, no les concedo el derecho de ciudadanía en la Urbe del Pensamiento.

En cambio, de dialogar gusto, a través de la distancia, con aquellos millones de almas que leen mis libros, y, que los aman;

y, a ellas si puedo decirles:

¿por qué escribo yo estas Obras de pasión a las cuales todo espíritu de Serenidad parece ajeno?

porque yo. no creo la Pasión fuera del Arte sino dentro del Arte, como un gran corazón, apasionado y vivo;

la Pasión, es, el alma del Arte: el Arte mismo;

la Pasión, es, la Inspiración;

todos los grandes Inspirados, hará sido grandes Apasionados;

los más grandes Artistas, no han sido sino un torbellino de pasiones que marcha sobre el Mundo;

la columna de fuego de la Escritura, palidece ante ellos;

y, el sol los ama con un amor de hermano.

Miguel Angel, Dante, Alfieri, Hugo, Carlyle... ¿qué fueron?... las grandes Cimas de la Pasión;

el rayo no bajó hasta ellos; ellos subieron hasta el rayo; y, cabalgaron en él;

y, la misma mentida ecuanimidad mental de Wolfgang Goethe, ¿qué es, sino una gran pasión de Inquietud, que aspira a serenarse?

¿qué es Fausto?

la pasión de la Serenidad...

las grandes Obras Maestras; grandes Obras de Pasión;

la Divina Comedia, Los Castigos; Los Héroes;... volcanes solitarios, que anublan el mundo con el humo de su pasión, y lo alumbran con sus llamas, crepitantes y devoradoras...;

dar una bella expresión a una gran pasión es el secreto de los escritores de genio;

el Genio, es una Pasión;

una Obra de Arte verdadera, soporta el peso de una gran pasión sin romperse, y antes bien siendo coronada por ella, como por una cúpula de cristal, que hubiese hecho prisionero un astro;

los gritos de Aquiles, como los de Hécuba, no rompen la belleza de las estrofas de la Ilíada, antes bien, envueltos en ellas como en olas de grave melodía, la hacen más sonora, repercutiendo los acentos patéticos del dolor humano en las riberas del divino mar que vió el nacimiento de los Dioses;

un estilo apasionado, es necesario a un libro de pasión, como el monólogo de las llamas, es necesario al cráter del Vesubio;

sólo el relieve de un gran Estilo, puede dar belleza al rostro de una gran Pasión;

dar su corazón a su Obra, y, embellecerla con la música de sus palabras; llenarla toda con las vastas alas de su espíritu, he ahí el deber de los escritores creadores, de aquellos que por el poder de la Evocación hacen surgir de los limbos de la Nada, la tangible realidad de la Belleza;

la Misión del Arte, es matar la Muerte; porque el Arte crea; y, crear, es lo contrario de matar y de morir;

en ninguna zona del Arte, el poder de la creación puede mostrarse más fecundo y más vivaz, que en la zona de la novela, porque en ninguna otra puede crearse una mayor variedad de seres, vivos en el corazón palpitante del drama;

en ninguna otra el imperativo psicológico se impone, con mayor intensidad y mayor fuerza;

un novelista es un creador de almas, o un evocador de ellas;

crear la maravilla de una alma, por la maravilla de la palabra, es dominar el arte de escribir y, el arte de novelar;

el soplo apasionado del creador, debe pasar por sobre el germen inerte de su creación, y, hacerlo nacer, darle vida, y lanzarlo al corazón agitado y luminoso de su Obra, tal el Dios del Génesis, en el primer día del Paraíso;

y, todo eso en la entraña viva de la Verdad, porque aquello que no es verdadero, nace ya enfermo de caducidad;

la atracción misteriosa de las más bellas obras, reside en eso: en la enorme cantidad de alma, es decir, de Vida Psíquica, que hay en ellas;

el espíritu de una Obra tiene que estar todo lleno del espíritu, de aquel que la creó;

el autor se funde en su Obra, pero sin desaparecer en, ella;

la informa y la domina; porque el verdadero artista es eso: un Domador de la Belleza;

el Arte es la Belleza domada, y, coronada por el fresco laurel de la Victoria; la Victoria del Genio;

el autor presta su corazón a los personajes de sus libros; no toma el corazón de ellos;

la inapaciguable inquietud del Pensamiento, que agita al escritor, debe verse bullir en las creaturas de sus Obras, tan inquietas y tan turbadas como él; contagiadas de su divino mal; o mejor dicho, herederas de él;

no se puede hacer vivir caracteres psicológicos, sin darles algo de su propia psicología;

es nuestra Etica personal, la que damos a nuestros libros;

de ahí el amoralismo de los míos;

porque ni ellos ni yo, estamos dentro del pozo corrompido de la Moral;

por eso son puros mis libros;

porque no son morales;

puros como la luz, que los miasmas del aire no logran corromper;

la pureza artística, no se contagia de las impurezas que describe;

y, por eso mis libros son artísticamente puros, como el mármol, que revela la desnudez de una estatua;

¿qué importa que no hayan podido comprender esa pureza artística, gentes que hablan de Arte con una mentalidad de carreteros?

yo, cuido bien de que las miserias de ciertas almas que describo, se oculten hasta desaparecer bajo las galas del estilo magnificante que las cubre;

las actitudes del alma, aun las más sublimes, resultarían miserables, si se empleara un estilo miserable para describirlas;

de todas las desnudeces de un libro, la del Estilo es la única irremediable, la única definitiva, porque ella mata el libro que intenta crear...

poned la magia de un gran Estilo en una Obra, y la Fábula más nimia se engrandecerá hasta la Tragedia;

lo monstruoso mismo adquiere una belleza extraña, bajo la caricia de un suntuoso estilo, como las bestias deformes que decoran los templos indostánicos se hacen bellas bajo la caricia del sol abrasador que baña de un baño de oro fúlgido sus garras amenazantes y sus alas tenebrosas...

mis libros son heroicos;

manuales de Heroísmo;

pero, de Heroísmo Espiritual, no de ese matonismo galoneado, que usurpa en el Mundo, el nombre de la Virtud Sublime;

los héroes de mis libros, empeñados en abrir rumbos hacia la Libertad a los pueblos miserables en que vivieron, todos fracasaron pasando por el Pórtico de Triunfo de la Muerte, única salida honrosa para los héroes que fracasan;

un Héroe que no fracasa, no es ya un Héroe;

es: un Vencedor;

*y, todo Vencedor, es vencido por su Victoria;
el Héroe auténtico muere antes de violar a la Victoria,
o de ser violado por ella;*

*muere virgen de todo Triunfo;
tal el Héroe que vive en este libro mío, y en sus dos
hermanos subsecuentes: «El Final de un Sueño» y «La
Ubre de la Loba»;*

*los apóstoles de mis libros, grandes visionarios, líricos
y trágicos... ¿qué son sino grandes desorbitados, que
hacen al Mundo prisionero de sus labios y no pueden
salvarlo?...*

*por eso se les dice: extra-humanos;...
miserable inferioridad de aquellos que los juzgan;
para comprender el Heroísmo, es preciso tener una
Alma Heroica;*

*y, por eso me explico que el aliento heroico que llena
mis libros, sea irrespirable para ciertas almas;*

*la fuerza y, la densidad ideológica de ciertas novelas
mías, aterra a las almas incapaces de esfuerzo mental que
gritan contra esta intromisión de la Ciencia y la
Metafísica, en un arte, que según ellos, debería ser de
mero entretenimiento y diversión espiritual;*

*renuncio a conquistar ni desarmar la encantadora
frivolidad, de estos palmípedos, retardatarios, alelados en
la dulce tarea de ver reflejada perpetuamente su imagen
en el estanque de su propia nulidad;*

*es verdad que yo acumulo en mis libros los grandes y
desesperantes problemas espirituales que atormentan mi
alma y el alma de mi época;*

*pero... ¿qué mejor puedo yo hacer de ellos, y de mis
libro?*

*¿por qué habría de retroceder yo, ante todos esos
problemas vitales y trascendentales, que hacen tan
tenebroso el horizonte mental del Mundo en el cual
germinan y, hormigean las minadas de soles del futuro?*

eso sería una deserción;

yo, los pongo en mis libros, y combato con ellos, por ellos y al lado de ellos, y, lleno mis libros del soplo de exaltación, que esos problemas llevara en las entrañas de sus victorias futuras;

yo, escribo para combatir;

no escribo para divertir;

no tengo la osatura contorsionante de un juglar;

mis libros, más que grandes interrogaciones ante los cielos mudos de toda respuesta, son grandes afirmaciones en medio del océano de inquietudes morales que nos rodea;

no hay otras realidades bellas, sino aquellas que soñamos; ellas son las del mañana, las que están ocultas en las canteras del glorioso Devenir, que presentimos;

se ha querido ver en mis libros una persecución apasionada y sistemática; contra toda forma de Fe;

no: la que yo he anatematizado y anatematizo, es la Fe de las almas inferiores, la Fe religiosa, la epizootia de los rebaños creyentes;

yo, también tengo una Fe; la Fe en la Libertad;

cada uno escoge los ídolos dignos de ser adorados por él;

si yo he tenido siempre la Fe en el Derecho, cómo iba a proscribir en los otros el Derecho de la Fe?

mi Fe en ciertas ideas se ha hecho de tal manera ciega y, violenta, que aun dejando de creer en ellas, moriría por ellas, porque moriría por su Amor;

yo, doy a los personajes de mis novelas, la Fe que me anima, y aun a veces aquella que me falta;

por eso son héroes y, mártires y visionarios, y marchan ebrios de Idealidad, en el plano de una superioridad mental que los hace odiosos e incomprensibles al vulgo despreciable de los mediocres;

lo divino y, lo metafísico no son elementos de mis libros; no sé como otros, agotar el arsenal de la Mentira;

*el Misterio que nos circunda por todas partes, está
omnipresente en mis libros, llenando y obsesionando la
larga teoría de almas angustiadas y, dolorosas que pasa
por sus páginas;*

de ahí el estremecimiento oceánico que hay en ellos;

la Realidad, no está antes del Misterio;

*si está después de él...; ¿quien atravesará esa entraña
de tinieblas que la separa de nosotros?*

*si mis libros son inquietantes, es a causa de la
inquietud, que a mí me agita;*

*con todo esto que he dicho, yo no he querido, ni quiero
defender mis libros;*

*yo, no parlamento con los enemigos de mis libros, que
son los enemigos míos;*

yo, siento que podré vivir, como he vivido, sin amigos;

pero, siento que no podría vivir sin enemigos;

la muerte de su odio, me haría odiosa la Vida;

*en la Vida Literaria no hay nada verdaderamente útil,
sino los enemigos;*

*ellos son los esclavos voluntarios que se uncen a
nuestro Carro de Triunfo;*

*y, cantan los cánticos de nuestra Gloria, queriendo
difamarla.*

—

Y, de este libro he de hablar;

de este libro, he de decir: la Génesis;

era al promediar del año de 1916;

hallábame yo en Madrid;

*fundóse una Empresa Editorial, que quiso iniciarse con
obras mías;*

solicitólas de mí;

yo, no tenía ningún libro inédito que ofrecerle;

se me urgió;

y, escribí este libro;

es el primero de una Trilogía que con «El Final de un Sueño», y, «La Ubre de la Loba», publicados luego por la Casa Editorial Sopena, se completa;

*tríptico de Heroicidad. de Idealidad y de Fatalidad;
libros de Exaltación Intelectual, llevada hasta el delirio...*

llenos de la Embriaguez del Sacrificio, y de un vasto amor de Humanidad, tumultuoso como un mar...;

es corta la historia de este libro tan reciente—cachorro de felino al cual el tiempo no ha dado aún el esplendor de las melenas leoninas, que mañana han de erizarse sobre su cuello hirsuto—;

hoy, después de tres años de una circulación tan escasa, que lo hace casi inédito, se reedita, y entra a formar parte de la colección de mis Obras Completas; que la Casa Editorial Sopena, edita;

ahora ya ese tríptico está completo, y, mis lectores podrán leer ese Poema de Exaltación y, Sacrificio, siguiendo al Héroe Trascendental, que en él actúa, desde el frenético impulso de su juventud, descrito en este libro, hasta su glorioso apogeo del Final de un Sueño, y el fin de su tragedia dolorosa, en La Ubre de la Loba, cuando ésta lo devoró...

por haber olvidado que:

EL GENIO NO TIENE PATRIA;

y, que:

LA PATRIA DEL GENIO ES LA INMORTALIDAD.

Agosto de 1919

VARGAS VILA.

PRÓLOGO
DE LA
EDICIÓN PUBLICADA EN MADRID EN 1916

He escrito este libro en veintiocho días;
¡bendigo la necesidad, que con su cuchilla en la
garganta, me ha forzado a escribirlo!

¿por qué?

porque este libro, es una ratificación, una afirmación
grave y, decidida, de los ideales de una vida;

afirmación que tiene de trascendental, la hora taciturna
y crepuscular en que fué escrita...

esa hora, en que pasado ya, el meridiano de la edad
madura, se entra en la vejez;

esa hora, penumbrosa y, nostálgica, en que decrece la
energía, se aminora el valor, y la mayoría de los hombres
desandan el camino, vuelven la espalda a la batalla,
regresan al casal abandonado, cuelgan las armas, y se
sientan a la orilla del viejo lagar, donde las uvas del
recuerdo, vierten para ellos un vino de apaciguamiento y,
de consolación;

hora de las rectificaciones;

hora de las conversiones;

hora, en que los hombres que habían abandonado a
Dios, se vuelven hacia él, buscándolo con terror, y hechos
de nuevo niños, se prenden con pasión, a los pezones
quiméricos de la Divinidad;

la hora de Ulises, en que vencido el largo peripleo,
todos vuelven, buscando en el horizonte, las torres ideales
de su Itaca;

la hora en que los desterrados piden amnistía, y los
tiranos se la otorgan;

la triste hora del Perdón; hora en que vencedores y,
vencidos, se toman de las manos, y en una fraternidad, que

es una cobardía, marchan hacia las playas, brumosas y lenitivas del Olvido;

hora del regreso a las creencias y, a los afectos ;

hora, en que los hombres buscan un templo para orar en sus altares, una patria pare envejecer en ella, un hogar para morir a la sombra de un amor;

nada de eso hago yo;

en esta edad, ya tan triste de mi vida, no me ocupo de buscar a Dios, antes bien, marchó victorioso en las tinieblas, vuelto de espaldas a él, empeñándome en negarlo;

proscripto irreductible, y hoy voluntario, no recuerdo si tuve una patria, pero si la tuve, no sé donde quedan sus fronteras, tanto empeño he puesto en olvidarlas, y en alejarme de los senderos que conducen a ellas;

solitario profesional, moriré tal vez en la linde de un camino, y de fijo, en el lecho de un extraño, porque no tengo un hogar para morir en él;

y, sin embargo, todas esas soledades, todas esas Intemperies, que amenazan mi vejez, no me hacen temblar; no me hacen retroceder;

gozo en desafiarlas y, en entrar triunfalmente, en sus dominios;

me interno más y más, en la selva de todas las rebeliones y, de todas las negaciones;

rehuso toda forma de reposo y, de consuelo;

y, en esta edad, en que todos capitulan, yo combato;

siento el milagro de una juventud eterna, renovarse en mí;

por eso siento el orgullo de este libro;

por la hora en que ha sido escrito;

no se pasa casi un día, sin que yo no sepa de una deserción o de una apostasía, de la capitulación definitiva de alguno de aquellos que combatieron por la Libertad, a ejemplo mío, cerca o lejos de mí;

los unos, volvieron al seno de la Patria, los otros, al seno de la Iglesia; todos al seno de la Tiranía;

en esa desbandada de almas, que el viento del Miedo o de la Venalidad, ha dispersado, yo quedo más solo, pero más fuerte;

y, escojo esa hora, para hablar más alto, y afirmar más rotundamente mis negaciones;

este «Minótauro», las lleva todas en el vientre;

en treinta años de combatir, yo, sé de todas las formas del abandono, porque todas las he sufrido;

he visto los desertores, mirarme desde lo alto de su Ignominia, insultando mi desnudez con el oro de sus libreas;

he visto los traidores amenazarme, desde lejos, con los pedazos de la soga que arrancaron a sus cuellos, en vez de estrangularse con ella;

todos aquellos que capitularon con el Despotismo, se encargaron de hacerme sentir; los unos, el orgullo de su exaltación al Poder, los otros, el de su riqueza simoníaca, todos, el de su Venalidad vencedora;

yo, no tuve para oponerles, sino el orgullo de mi Dolor, la gloria de mis derrotas, mi inmovilidad, al pie del estandarte de mis ideas; vencido, pero no vendido;

vencido... sí;

vencido, porque aquello por lo cual combatía, no fue posible entre hombres que habían hecho juramento de servidumbre, y en pueblos, marcados por el Destino, para ser vendidos en el mercado, como pueblos esclavos;

porque mis batallas fueron estériles, a causa de haber sido lidiadas sobre campos sin gloria, que no cuentan otras victorias, que las victorias del Crimen, ni vieron otros vencimientos que los vencimientos de la Libertad;

de lo alto de la roca de mi soledad, no queda fuerza para despreciar;

¡tarde viene al Hombre el consuelo del Desdén!...

¡tarde, cuando toda ambición ha muerto en el corazón,
y no nos queda ya la fuerza de amar, que hizo noble la
vida, ni la fuerza de odiar, que la hizo fuerte!...

el sol de las derrotas me da sus rayos sin calor, y
peregrino por la tierra, en ninguna parte de ella donde
pongo los pies, es ninguna parte de ella donde pongo los
pies, es tierra mía, como no lo será tampoco, aquella en
que haya de dormir el sueño eterno;

extranjero seré hasta en el fondo de la tumba, y la
azada del sepulturero arrojará lejos mis huesos, como los
de todos aquellos que no tuvieron con que pagar la
perpetuidad de su sepulcro;

la paz, no me será concedida, ni en el seno de la
Muerte;

me preparo a entrar en la vejez, sin otro apoyo para mi
ancianidad desvalida, que el bordón de mi orgullo, con el
cual recorro solitario y vencido, campos que soñé en mi
juventud llenos de los tumultos del Exito, y del esplendor
astral de la Victoria;

he sido conductor de conciencias, y pastor de almas, y
por eso tengo el deber de hacerlas detenerse ante este
libro, que prueba la vitalidad de una conciencia que no
capituló ante el Crimen, ni se rindió ante el éxito, ni se
desarmó ante el Halago;

yo debía este ejemplo a la juventud de América, cuyas
generaciones, unas tras otras han venido a beber linfas de
Libertad, en las fuentes de mis libros;

la debía a los hombres proyectos, que ayer abrevaron
en ellas;

la debo a aquellos valetudinarios de la derrota, que
abandonando las playas inhospitalarias de la Rebeldía, se
han refugiado en las de la Esclavitud, felices y aun
orgullosos de sus cadenas;

este libro, es un reproche a su Cobardía;

como mi vida toda, ha sido un reproche a su Traición;

si me he detenido y, hago detener la atención de los otras ante este libro, no es porque él valga más que los otros míos, sino por el valor que le da la hora de mi Vida, en que ha sido escrito;

porque a esta hora en que todos retroceden, yo avanzo;

porque a pocos metros de mi tumba, yo no alzo los ojos al cielo, para buscar a Dios, ni los bajo sobre la tierra, para buscar consuelo;

y, antes bien, escribo contra Dios y contra el Mundo esta requisitoria;

y, ofrezco a las generaciones que han de sucederme el ejemplo de un hombre que entra en la Vejez y marcha hacia la Muerte, sin haber capitulado, con Dios ni con los hombres;

nada, ni la visión de la Victoria me consuela, porque después de tantos años de combates, para hacer hombres y, pueblos libres, he venido al descubrimiento de estas dos grandes verdades, que son el vencimiento definitivo de mi Ensueño;

EN EL MUNDO PODRÁ HABER HOMBRES ATEOS;
NO HABRA NUNCA PUEBLOS ATEOS;

EL MUNDO VERÁ EL ESPECTÁCULO DE UN
HOMBRE LIBRE; NO VERÁ JAMÁS EL
ESPECTÁCULO DE UN PUEBLO LIBRE.

y, yo fuí un *Hombre Ateo*;

yo, fuí un *Hombre Libre*;

y, Dios y los hombres, me han vencido... me vencieron; pero no me esclavizaron; hago constar su Victoria y la desprecio.

VARGAS VILA.

EL MINOTAURO

Cuando Laura Pradilla, abrió el balcón que daba sobre la calle, el sol entró gozoso y, desbordado, en grandes oleadas blondas como un niño juguetero, revolcándose sobre la alfombra roja del despacho, y tocando con sus dedos de luz, los libros, los folletos, los papeles, alineados o dispersos, sobre mesas y anaqueles;

la fascinación, sonriente y, y misteriosa de París, atrajo a Laura, que se acodó un momento en el barandaje, y se inclinó hacia el tumulto de la calle, asoleada y, rumorosa;

la *Rue des Marlyres*, pululante de gentes y de carruajes, se extendía en descenso hasta *Notre Dame de Lorette*, que perfilaba en el horizonte, la mole oval de su cúpula ornamentada por la cruz, que brillaba en el azul difuso, como la hoja desnuda de un puñal;

a la derecha, la calle ascendía, en pendiente suave, hasta bifurcarse en las otras pequeñas que llevan al Boulevard de *Clichy*, hacía la *butte*, inquieta y tumultuosa, alma y teatro del París noctámbulo y gozoso;

más cerca, con sólo volver los ojos hacia ella, la *Avenue de Trudaine*, ostentaba armoniosa y rectilínea, la verdura, adolescente de sus arboledas, y enviaba el perfume penetrante de sus marroneros en flor;

ella, miró, gozosa y, cándida el espectáculo; ¡amaba tanto a París!...

hacía ya, luengos años que habitaba aquella ciudad, deslumbrante y, cautivadora, patria, de los que han perdido la suya, asilo de los grandes dolores cosmopolitas, hogar de almas libres y, de vencidos ilustres.

París, había sido el refugio de su hermano desde hacía más de veinte años, y era el suyo, desde hacía ya tanto tiempo que había venido a reunírsele;

la ciudad misericordiosa y policultista, había sido para ellos tan hospitalaria, tan benévola, tan amable, que ella la

amaba con gratitud, y más aún al compararla con el pueblo hostil, primitivo y, lejano en que habían nacido, y cuyo hálito de selva, parecía perseguirlos aún hasta esa morada tranquila, donde la Ciencia y la Libertad, habían erigido sus penates;

ella, no conocía el París cosmopolita y, fastuoso, hogar de los vicios universales, paraíso de rastacueros, y, encanto de las almas sin consistencia y, de los corazones sin virilidad;

sus ojos, castos, como el cielo sin nubes de esa hora, no habían visto sino el París serio y grave de los estudios y, de las ciencias, el París tranquilo y virtuoso, no revelado a los ojos de los viajeros, y cuya vida es un ritmo delicado y armonioso, un poema de silencio y de austeridad, en el tumulto, en el tumulto ensordecedor de la grande Urbe; ese París, en que su hermano, brillaba como una lumbrera, y que ella amaba a causa de eso;

desde su llegada, su vida social se había limitado a un círculo de familias de profesores, de sabios, y de escritores de renombre, cuyas mujeres y cuyas hijas guardaban algo de austeridad profesional, y de dignidad académica, uno como vago perfume de la Sorbona en días de gala;

en aquel círculo, era muy estimada, por su trato suave, sus maneras distinguidas, su alma cándida y sin hiel;

extranjeros notables, atraídos por la nombradía de su hermano, los visitaban a veces; eran casi todos hombres de ciencia, especialmente políticos y publicistas, ocupados de cuestiones sociales, utopistas encantadores, del tipo libertario;

de su remoto país, muy rara vez, se presentaba algún visitante, oveja descarriada del redil enemigo, que haciendo traición al odio de las otras, se daba por esnobismo el lujo de conocer de cerca al ilustre proscripto, para poder decir luego, cómo había llegado hasta él;

su hermano y ella, no amaban las gentes de su país, y las trataban con tal displicencia, que aquéllas no osaban nunca repetir la visita;

ni ella, ni él, habían olvidado ni podían olvidar, las heridas recibidas, ni los males hechos por las gentes de su pueblo natal;

ella era muy niña, cuando aquellas cosas sucedieron, pero las recordaba muy bien;

recordaba los días, y aun las noches trágicas en que el pueblo amotinado había asaltado su casa, queriendo asesinar a su hermano, entonces recién graduado, y joven y atrevido;

recordaba las angustias valerosas de su madre, protegiendo con su cuerpo, el cuerpo de su hijo, contra los ataques de la turba en furia;

recordaba aquella mañana tan triste, en que al despertar, le habían dicho que su hermano había partido; y, había visto llorar a su madre, y había llorado ella también mucho... mucho... ;

recordaba los años de soledad de su madre y de ella; años de abandono iracundo, embellecidos únicamente por las cartas del ausente; años que terminaron con la muerte de su madre, y la venida de ella a París, y su vida al lado de su hermano;

así, había pasado su juventud, pues contaba ya más de los treinta años, y se había ajado su belleza, que había sido una de esas bellezas frágiles de miniatura, que empezaba a desvanecerse con la edad, dejándole sin embargo, el bello encanto de uno de esos viejos retratos hechos en marfil, que el tiempo descolora sin borrar;

pequeña de cuerpo y, enjuta de carnes;

su blancura, era, casi una diafanidad, en la cual, los, Amables ojos garzos eran como dos lagos de miel en un desierto de nieve; sus labios, que habían ignorado el beso, eran tristes y, exangües; el cuello grácil; las formas cuasi, infantiles; viéndola andar, se diría una niña, si su opulenta

cabellera que había sido rubia, no comenzara ya a estriarse por largos hilos de plata;

contempló largo rato el cielo, la calle, los árboles floridos, y no viendo venir a su hermano, cerró de nuevo el balcón, y se dió a poner orden en los papeles del despacho, tarea, que a ella sola incumbía, y que no dejaba a nadie desempeñar porque sólo ella, sabía conservar el armonioso desorden, que reina en la mesa de aquellos que trabajan en el remover constante de las ideas;

no cerró ninguno de los libros que había abiertos sobre la, mesa; pero los levantó con cuidado casi con ternura, para limpiar el polvo, que había debajo de ellos, y los volvió a poner en el mismo lugar;

respetó las señales que había en otros, marcando ciertas páginas;

pasó el plumero, por sobre las cuartillas escritas, sin quitar los pisapapeles que las sujetaban;

sobre una pequeña repisa había dos fotografías con marcos de plata: eran retratos de su madre y de su hermano; limpió el polvo de los cristales y bruño el metal que los enmarcaba;

con el retrato de su madre entre las manos, se hizo ensoñadora, y pareció que sus labios musitasen una oración;

es el privilegio del Pasado, remover lo más hondo que hay en nosotros, y hacernos soñar con el poder de las cosas imposibles;

al retrato de su. hermano, lo miró con una gran ternura, que podría decirse filial;

se parecían bastante, los dos, en la dulzura de los ojos y, en el Plegamiento amargo de los labios;

no había, aún colocado el retrato en su puesto, cuando sintió abrir la puerta del apartamento y, luego la del despacho, apareciendo ante ella su hermano, que la saludó con un *bonjour*, cariñoso, besándola paternalmente en la frente.

Froilán Pradilla, había llegado a los cincuenta años de su edad, sano, fuerte, arrogante como un joven; nadie le habría supuesto más de cuarenta; a pesar del bigote cano, y la barba bronceína, partida elegantemente en dos sobre el mentón; la melena abundosa, la llevaba larga y bucleada, como la de casi todos los profesores de la *rive gauche*;

vestía con elegancia varonil y refinada, conservando en las ropas y el calzado, esa pulcritud, de los que andan poco y, van habitualmente en coche;

se descalzó los guantes, colocó sobre el pupitre, un pequeño estuche de cirugía que llevaba siempre consigo y, cuando volvió, para ver a su hermana y, hablar con ella, vió que ésta había desaparecido, sin ruido, cautamente, como solía hacer todas las cosas, este ser cuasi incorpóreo, hecho de delicadeza y, de ternuras;

y, sonrió, como ante todas las cosas de aquello alma querida, que tenía para él, el encanto de un ritmo, y, era como una zona de quietud y, de armonía, en su vida, no exenta de tumultos;

la naturaleza, pone un rayo de belleza apacible en todas partes, aun en las alas flamígeras de la tempestad;

por eso había puesto en su existencia, que no era contemplativa como la de algunos santos, ni extática como la de otros sabios, sino activa y, acrática, como la de los grandes predestinados de la Gloria y del Dolor, la nota pura de esta alma, suave y, blanca, que era como una rosa de alabastro, nacida en los zarzales que ocultan la guarida de un león;

el único minuto de eternidad divina, que vivimos en la Vida, es el minuto del Amor; durante él, igualamos y, superamos a Dios; muerto ese minuto en nuestro corazón, el corazón muere con él; los demás afectos, no son ya, sino cirios funerarios, que velan aquel cadáver, que no resucita nunca, y que no se corrompe jamás ;

y; el único afecto que quedaba viva y, vigilante en el corazón de Froilán Pradilla, era el de esta hermana, de muchos años menor que él, y que ahora amaba como a una hija;

era toda su familia ;

todo lo que del Pasado lejano, estaba con él, y vivía en él;

el Pasado, alejándose de nosotros, se oscurece, pero no se borra, y luchamos en vano por libertarnos de su opresión; sus brazos invisibles nos poseen siempre, y, no nos sueltan jamás; la sombra del Pasado llena toda la Vida, aun más que la luz del Porvenir, en el cual no entramos sino seguidos del Pasado, que proyecta sobre él, todas sus sombras, y lo contagia con su hálito de tumba; no vencemos nunca el Pasado; somos siempre vencidos por él, y urde o temprano es siempre el Pasado el que nos estrangula;

el alma del Pasado es el Recuerdo; una alma múltiple y, poliforme, cuyas sensaciones todas se concentran a veces en un solo foco de visión, toman carne en un solo ser, se cristalizan en un solo Amor;

tal sucedía a Froilán Pradilla con su hermana;

su hermana, era para él, como el alma y, la imagen de su Pasado;

¡todo lo que había salvado del naufragio!...

y, como si siguiese las huellas de su hermana sobre la alfombra roja, se hundió en la contemplación de su Pasado...

el Pasado de cuyas entrañas no nace sino una sombra, que no toma nunca forma: el Olvido;

el Olvido, que respetuoso con su Padre, no lo ultraja nunca, y no lo devora jamás...

el Olvido, no mata al Pasado;

es el Pasado, el que mata al Olvido; sobre el altar de nuestro propio corazón...

el sacrificio de Abraham, es viejo como el mundo...

Cuando Silvia Roca, perdió su esposo en una de esas guerras fratricidas, que eran endémicas en el pequeño país tropical, en que había nacido, dejó la capital provinciana, y se retiró a la vieja casa solariega, que sus padres le habían dejado como herencia, en su pueblo natal, triste y minúsculo caserío, que parecía caído de algún astro en ruinas, sobre el árido peñón que lo sostenía, como suspendido sobre el abismo del llano;

encerrada en aquella soledad aldeana, se dedicó al cuidado de sus dos hijos, de corta edad, en los cuales, vivía para ella todo su Pasado y, todo su Porvenir;

érale, si no vecina, sí compañera y consuelo suyo, su hermana Dorotea, que vivía aledaña al pueblo, en una casa campestre, también entregada al cuidado de sus hijos, más pequeños que los de Silvia, y como ellos también, huérfano de padre.

Froilán y Laura Pradilla, con Andrés y Juliana Estévez, criáronse así juntos, en una fraternidad plácida, y en un alejamiento absoluto, de gentes y cosas de la aldea, a las cuales veían de lejos, y con las cuales, no se mezclaban jamás;

las dos madres, y los cuatro niños, eran un grupo aparte en el minúsculo villorio, que casi les pertenecía, por ser de ellos las tierras circunstantes, de las cuales, todos aquellos campesinos, eran arrendatarios o laboradores;

los aldeanos, codiciosos, serviles, y envidiosos, no amaban mucho las dos familias señoriales, de cuyas riquezas vivían, pero las rodeaban de un respeto supersticioso y, servil;

eso es siempre así, en aquellas aldeas ultratropicales, donde la parcelación arbitraria de las tierras, no ha sabido crear sino siervo y señores;

y, aquellos esclavos, que inclinados sobre la tierra, para labrar campos que no son y no serán nunca suyos, agonizan bajo el gorro frigio que les han puesto sus amos, para añadir el escarnio a la ignominia, se vengan de ellos, odiándolos en silencio, y esperando la hora de que una revuelta política, siempre próxima, les permita herirlos con su yugo, aunque vuelvan después a caer bajo él, más esclavos, más rencorosos y, más vencidos que antes;

los niños, se criaron así, aislados, entre el amor de sus madres, y la aversión de la aldea, refugiados en su mutuo cariño, un poco ensoñadores y, extraños, llenos de esa ternura enfermiza, de los seres, que han sido educados por el alma sensitiva de una madre, y, tocados de esa gravedad de los niños a quienes el Silencio y, la Soledad, hacen precozmente pensativos;

sin embargo, había grandes diferenciaciones de caracteres entre ellos;

en los Estévez, lejanos atavismos hebreos, traídos por antecesores venidos de una remota provincia, donde semitas cristianizados, erigieron hogares, privaba cierto egoísmo y, el amor a los bienes materiales;

en los Pradillas, el temperamento soñador y, apasionado, dominaba;

les venía tal vez del alma guerrera de su padre, y de un más cercano nexo con la raza aborigen, un poco misteriosa, hermética y bélica a la vez;

ese temperamento, más que en ningún otro, se diseñaba fuertemente en Froilán Pradilla;

mientras Andrés Estévez, no sintió nunca piedad y, prematuramente orgulloso, se gozaba en despreciar y, aun torturar a los niños de la Aldea, a los cuales creía de una raza inferior a él, Froilán Pradilla, los amaba, los buscaba, burlando la vigilancia materna, y gozaba en mezclarse en sus juegos, llegando hasta a protegerlos contra las violencias agresivas de su primo;

tenía, esas cóleras santas contra la Injusticia, que revela el alma de los redentores, y esa rebelión espontánea, y natural, contra la opresión, que forma el alma de los libertadores: ambos dormían en el fondo de su corazón de niño, como el rugido en la garganta de un cachorro de león, y la fuerza en las alas de un aguilucho implume;

las fuerzas vivas de su corazón, que habían de ser las fuerzas directoras de su vida, se mostraban ya en él, dominadoras e irresistibles, anunciadoras de su Destino, en aquellos primeros encuentros de su espíritu, con las realidades brutales de la Vida;

era rebelde por temperamento, antes de serlo por raciocinio;

era tierno hacia los oprimidos, antes de tener una idea moral de lo que era la opresión;

era compasivo y soñador, como todos los revolucionarios, antes de que ninguna revolución se hubiese efectuado en su espíritu;

undivago, melancólico, terriblemente inclinado a la soledad, este niño extraño, se complacía en el Silencio, como en un gran campo de acción, dónde jugaran todas las fuerzas vivas de su espíritu;

la Soledad, era para él una arena de juegos olímpicos, una especie de Panateas, donde se ejercitaban, en nobles actitudes, las cualidades gráciles de su alma, en prematuro y, noble desarrollo;

maduro antes de tiempo, para ese peligroso y delicioso ejercicio espiritual, que es el vivir consigo mismo, huía casi siempre de los otros, y se le hallaba, ya en las umbrías del viejo jardín inculto de la casa, ya en las playas del río cercano, cabe un remanso azulado, donde hacían reflejos de oro los cabellos de la tarde, o ya en el picacho enhiesto de una cima desde la cuál se veía el valle profundo y lejano, como el corazón de una esmeralda cóncava, donde temblaba el alma de los cielos; allí, en diálogo consigo

mismo, en pláticas franciscanas con las cosas de la Naturaleza; sólo, ensimismado, y soñador...

había aprendido a leer sobre las rodillas de su madre, y un viejo maestro de escuela del villorio, le había enseñado una mala forma de letra, y algunas vagas nociones de aritmética y, gramática, vagas y, embrionarias, como podían ser en la mente de aquel pedagogo agreste, de una mentalidad, en muy poco superior, a aquellos hijos de la gleba que educaba;

la lectura, fué desde entonces su pasión favorita, absorbente, dominadora...

leer, leer, leer, ésa fué su ocupación, su fiebre, su locura;

pero, ¿qué podía leer aquel niño, perdido en aquella soledad, lejos de todo comercio con el mundo civilizado?

en un granero, dentro de un viejo baúl, olvidados y proscritos, había descubierto y desempolvado algunos volúmenes, pertenecientes a un tío suyo, muerto hacía años, después de entrañas aventuras, que habían hecho el escándalo de la aldea, y sobre las cuales la familia guardaba siempre un piadoso silencio;

eran libros de esa literatura romántica, quejumbrosa y sonora, que alboreó con el siglo XIX, y, extendió sus ondas desesperadas, hasta la tercera década del mismo.

René, *Atala* y, los *Natchez* de Chateaubriand; *Rafael* y *Graziella* de Lamartine, *Werther* de Goethe soñadores taciturnos, que anunciaban ya, ese pavoroso mal de siglo, a cuyo contagio habían de sucumbir años después, almas encantadoras como la de Musset, y espíritus tan fuertes coma el de Gustave Flaubert;

en ese romanticismo melancólico y denso, se hundió su espíritu, como en un río de ensueño, acariciador y péfido, el rumor de cuyas olas lo perturbó extrañamente;

la castidad de aquellos libros, no despertó sus sentidos, pero el ardor pasional de ellos, tuvo el privilegio de despertar su corazón a la vida sentimental;

y, el sueño del Amor que flotaba en su alma, se condensó, tomó cuerpo, y se cristalizó, en una pasión ardiente, taciturna y muy grave, por su prima Juliana;

y, a los doce años, halló que ésta unía el rostro blanco y bello, bajo una cabellera tenebrosa, y la comparó a un cisne prisionero de la noche;

la martirizó en estrofas infantiles, el candor de aquel rostro de ámbar y el negro azulado de los cabellos, que semejaban las dos alas de un paujil, adheridas al rostro de una Minerva, de mármol;

cyranizó su desesperación, y sintió la tristeza obstinada de René, volotear en su corazón, llamándolo a las cimas del Invencible Orgullo;

todo eso perturbó terriblemente su niñez y ensombreció su adolescencia naciente;

el amor, apenas confesado, contrariado por los celos del hermano, unos celos complejos y absurdos, que tenían la violencia de todas las pasiones intempestivas, de aquella naturaleza envidiosa, y dominadora.

Andrés amaba a Froilán a su manera, como amaba los seres y las cosas que se le avecinaban, con un amor de dominio y propiedad, para utilizarlos y, ponerlos al servicio de sus caprichos, mientras podía ponerlos al de sus pasiones;

egoísta inconsciente, en el cual, los caracteres de la individualidad, se esbozaban apenas sin desprenderse por completo de los de la especie, sentía ya, como todos los egoístas, el amor desbordante de sí mismo, la atrofia, lenta de la sentimentalidad, el desprecio de todo aquello que no fuera su propio bien, la cólera y el odio de todo lo que le era superior, o escapaba a su dominio;

el espíritu fuerte, soñador y delicado, de su primo, que se alzaba tanto por encima de su naturaleza brutalista y primitiva, le daba celos, y su imposibilidad de dominarlo, exacerbaba lentamente su coraje;

esa resistencia, esa superioridad mental, más que física, lo exasperaban, haciendo nacer un sentimiento, que si no era aún la envidia, era un celo colérico, que se parecía extrañamente aquélla;

el poder de sugestión y de fascinación, que se escapaba de Froilán, le producía la rencorosa inquietud que siente la fiera inmovilizada, por el poder hipnótico del domador; la impresión de impotencia, de no poder saltar encima y devorar aquello intangible que escapa a su comprensión, y, sin embargo la domina;

el amor de su hermana y de su primo, lo encolerizó;

¿cómo era, posible que alguien se amara cerca de él, y, sin permiso de él?...

incapaz de toda percepción psicológica, y de toda delicadeza sentimental, no sorprendió ese amor en los ojos soñadores de los niños, llenos ya del infinito ensueño, suavemente brumosos, como el seno perlado de la aurora, antes de que se desplieguen en sus entrañas las alas frenéticas del sol;

privado de esa noble sensibilidad, que permite adivinar, más que ver, el nacimiento del amor en el alma de los otros, por el encanto puro y misterioso que se desprende de las almas a. esa hora, como el sutil perfume de un campo de magnolias a la hora extática y silenciosa del crepúsculo, no pudo comprender el amor, en la música de las palabras dichas a su lado, llenos de un tremor de arpa, porque hay armonías interiores, que revelan el nacimiento del Amos, sinfonías psíquicas, altas, muy altas, como si viniesen de un concierto nupcial, celebrado en el luminoso corazón de un astro;

todo eso escapaba a su brutalidad nativa, y sólo se apercibió de la pasión naciente, cuando una tarde, los sorprendió sentados sobre una roca, los manos enlazadas, las miradas absortas, como siguiendo el vuelo de un divino sueño; sobre mudos el estremecimiento suave, que deja en ellos el roce fugitivo de un primer beso de amor;

su actitud, era casta y recogida; amparados bajo las blancas alas de su adolescencia naciente, ignoraban el amargo dolor de la Voluptuosidad, que no aparece sino para devorar el encanto de los sueños, después de haberlos ultrajado;

la fuente cercana parecía, apaciguada, hecha silenciosa, para no revelar el secreto de aquel beso, al alma solitaria de los convólvulos, que se miraban en su espejo, que se miraban en su espejo con indolente tranquilidad;

el aire de las cimas, purificaba los paraje, haciendo temblar los arbustos, que se inclinaban sobre el abismo, con una gracia atrevida de efebos cazadores, oteando sobre el peñasco la presa fugitiva;

con una presteza felina, saltó cerca de ellos, se puso frente a ellos, y los miró en la faz, tremante de cólera;

despiertos del magnetismo de su ensueño, los niños lo miraron absortos, luminosos aun sus ojos, por el vuelo delicioso de la visión;

una pausa de silencio, los envolvió como una inmensidad;

la llama de la cólera en los ojos, y el insulto en los labios, brutal e inopinadamente, sin dar tiempo para evitarlo, Andrés, abofeteó el rostro de su hermana;

el divino albo lirio, se hizo rojo, y la boca se empurpuró;

no había aún retirado su mano del rostro enrojecido, cuando ya Froilán, lo había tomado por el cuello, acosándolo contra un árbol, e hiriéndole repetidas veces, el rostro con la cabeza;

enlazados, rodaron por el suelo, y era como una lucha de dos mastines jóvenes; se oprimían, se herían, se mordían, rodando entre las zarzas, enroscados como dos serpientes.

Andrés era más fuerte, Froilán era más ágil;

éste, logró escapar de los brazos de aquél, y con un movimiento de hombros, lo empujó lejos;

caído a la orilla del peñasco, Andrés, se agarró violentamente a las malezas que lo circuían, porque sintió que la tierra, le faltaba bajo los pies;

el terreno, cedía y se desmoronaba, por efecto de la lucha misma del caído por ascender.

Froilán, comprendió el peligro, y se apresuró a salvar a aquél, que momentos antes hubiera estrangulado;

el esfuerzo, se hizo intenso y trágico.

Froilán, enía los ojos ciegos para el peligro propio, como todos los héroes, y arrastrándose por los matorrales, llegó hasta debajo de los pies de su primo, y, le puso sus hombros como punto de apoyo, para que ascendiera de nuevo;

después, ligero como un gamo, trepó otra vez a la cumbre, hecha ya negra y roja por la huída del sol;

los dos niños se miraron, estremecidos aún por la lucha sostenida;

los ojos de Andrés, verdes y atigrados, reflejaban el odio; se dirían fosforescentes en su cólera humillada;

los de Froilán, eran tranquilos, casi tiernos, como la superficie de un largo, en cuyo corazón ha muerto la tormenta.

Andrés, pertenecía a esa clase de almas, a quienes la nobleza exaspera, y haber sido salvado por su primo, se lo hacía más odioso, que si hubiese sido ultimado por él;

sin una palabra para aquel que le había salvado la Vida, lo miró con un odio, tan grande como la Muerte, y, tomando por la mano a su hermana se encaminó con ella hacia la casa.

Froilán, los miró partir, indeciso y taciturno, y, los siguió con los ojos, a través de los senderos descendentes, como si su alma fuese un hilo de luz, enredado en los pies de aquella que partía;

varias veces, ella volvió a mirar, y, su rostro de gracia y de armonía, pálido y callado, semejava, en su descenso al

valle, el blanco cadáver de una rosa, arrastrada por un viento letal hacia el abismo;

y, él quedó inmóvil sobre la roca, entre las dos intemperies de la Noche y del Dolor, absorto entre las dos soledades, la del cielo y la del valle, reducidos al Silencio, y, tuvo el presentimiento de sentir por primera vez sobre su frente, el baso atroz de su Destino Solitario.

*

Imperioso sobre si mismo, como era suave y tierno para los otros, Froilán mató en su corazón, todo germen de rencor después de aquella escena violenta;

sus ojos, no sabían ver ya, sino a su corazón, donde el rayo del Amor, había incendiado la zarza virginal de sus ensueños de niño;

misterioso y obscuro, como las venazones áureas en el corazón subterráneo de una mina, su instinto de liberación y de protección hacia los débiles, apareció en su alma, desarrollándose avasallador, como todas las fuerzas ciegas que el Destino pone en el alma de aquellos destinados a llevar en la Vida, la túnica hecha jirones, y la corona sangrienta de los Cristos del Ideal;

miserandos predestinados a sentir la inconsolable sed de la Justicia, a recibir sobre sus labios la esponja de la Desolación, y a morir desnudos sobre la cruz de la Ignominia, ostentando en su frente la saliva del Sayón, hecha roja y luminosa, como un sol;

los siglos no se fatigan de asesinar mártires sobre mártires, aglomerar calvarios, sobre calvarios, y, cadáveres de dioses, sobre cadáveres de dioses;

las selvas, no se cansan de dar árboles para sembrar de cruces todos los senderos, y alzar sobre todos los Gólgotas, el cuerpo lacerado de todos los redentores;

la divina insensatez de los soñadores, hace ya una pirámide tan alta, que atraviesa el cielo...

pero, la escala de Jacob, se ha roto;

los cielos no quieren ya, saber nada de la Tierra.

Dios no dialoga ya con aquellos que sucumben por él;

y, los mártires, mueren , sin otro consuelo que morir;

sin embargo, la semilla de los idealistas no se agota;

y, todos los días nacen nuevas rosas, en el rosal vivaz de los martirios;

la simiente de Prometeo;

la simiente de Jesús...

ella parece ir como el polen de las palmeras, en las alas de los vientos, y cae y fructifica, hasta en los desiertos más áridos;

el sudor de sangre, caído de los rostros en agonía florece hasta en los más lejanos senderos; y, en las cimas vírgenes y los valles inviolados, se ve surgir en un momento dado y, abrirse al cielo inmisericorde, el jacinto rojo del corazón de un Héroe;

y, un nuevo Cristo surge, con la cabeza triste, ya profanada de antemano, y las plantas peregrinas prontas al taladro de los clavos;

por esta generación espontánea, de gérmenes redentoristas, había nacido en aquel oscuro rincón del mundo, aquel niño extraño y soñador, lleno del sueño absurdo de iluminar y redimir los hombres;

ninguno de los fervores religiosos que anuncia una vocación, ardía en él, aunque el fuego de todos los misticismos devoraban su corazón; desde el misticismo auroral de los poetas, hasta el misticismo plenilunar de los enamorados del Misterio;

pero, todo eso vagamente, confusamente, sin auxilio de ciencias, sino por solo don espiritual, de una exquisita y suave sensibilidad;

demasiado niño para percibir y, organizar sus sensaciones, se dejaba dominar por ellas, y sentía la voluptuosidad de ser avasallado, por el tropel de ensueños, que sufría sin definir;

sentía que el Ensueño lo violaba y lo esclavizaba, y lejos de temerlo, gozaba el encanto de aquella violación y de aquella esclavitud;

amaba ese dominador, y se entregaba a él, como a la caricia de unas manos intangibles e irreveladas, que lo hacían más ligero, más sutil, dando a los gestos de su espíritu, un vago ritmo de alas;

como todo soñador, tenía el amor de la Quimera, y gozaba en su divina inconsistencia, sintiéndose prisionero de ella, como de una telaraña de cristal;

tenía el presentimiento vago y triste, de que abriendo los ojos del espíritu sobre la Realidad, el enjambre luminoso de las visiones se dispersaba, y, que con un leve esfuerzo, la red cristalina del Ensueño se rompía; y, por eso, cerraba voluntariamente los ojos, se envolvía en la malla tenue y, lúcida, tal un niño friolento, y se prendía a las mamilas siempre pródidas del Ideal;

su niñez, exaltada y visionaria, sufría físicamente de esta plenitud de ensueño, y los galenos del pueblo, no alcanzaban a ver más allá de un desarreglo nervioso, en ese estado de alma doloroso y, turbado;

y, el niño desmedraba y desaparecía, su desarrollo físico, se hacía lento y difícil, y mientras su primo Andrés, se desarrollaba con robusteces de ternero y lozanías de gañán, él, se hacía endeble, palidecía, como si un interno mal lo consumiese;

así lo sorprendió la crisis de la adolescencia; enfermó, y, estuvo a punto de morir;

en esta grave enfermedad, su exaltación tomó caracteres alarmantes, y el débil hilo de su razón, más debilitado por la fiebre, estuvo a punto de romperse;

sus delirios, eran heroicos y, tiernos como las sinfonías guerreras de un pueblo primitivo;

un amor fuerte y grave, de algo incorpóreo, que el no definía, y el amor suave y puro de Juliana, los llenaban todos;

su madre se alarmaba ante las palabras terribles o vagas del Ensueño, que ella no comprendía, y tenía sonrisas de ternura, para el otro amor, que él comprendía demasiado;

vencida la enfermedad y, superada la crisis, se alzó del lecho, crecido enormemente, pero tan débil, que por largos

días no pudo andar sino del brazo de su madre, o del de Juliana, que también le había servido de enfermera;

fueron entonces, los vagares lentos, bajo las arboledas del jardín, los diálogos inocentes, ante la inocencia de las rosas que parecían inclinar atentas sus corolas, como para escuchar las confidencias de aquellas almas, como si ellas también tuviesen una, prisionera en la cárcel de sus pétalos;

los soles ponientes, no vieron la dicha brillar en sus ojos, porque el aire frío de la Noche aleve, los desalojaba de las arboledas, pero el sol bermejo de los mediodías, envolvió en sus púrpuras los divinos sueños, las palabras suaves que decían sus labios, y el éxtasis tierno de su tierno amor...;

desfile armonioso de visiones suaves, de suaves palabras, suaves sinfonías, en el alma suave de la soledad...

la Melancolía con sus alas de oro, nimbaba sus frentes, besaba sus labios, nublaba sus ojos, con la tenue niebla de sus mil visiones, y la ronda lenta de sus mil ensueños, y la pompa suave con que ella despliega sus mirajes áureos, ante los poetas, ante los amantes, y las almas tiernas, que viven enfermas del divino Ensueño; mirajes que tienen todas las tristezas, de las tumbas solas, y, las tardes muertas...

las suaves penumbras de las arboledas, donde agonizaban las lilas enfermas, y cálices de oro abrían las gardenias, a la sombra verde de las madreselvas, vieron sus miradas pensativas, tiernas, oyeron sus voces temblar, en la quieta paz de los ramajes...

no fueron más dulces las mieles hibleas, ni fueron más puras, las aguas que brotan de la roca virgen;

ni celos, ni quejas;

la firme promesa de las nupcias;

y, ésas, cuando fueran jóvenes;

cuando fuera ella, la mujer ya hecha, la mujer tan bella
que se presentía, y él, el hombre fuerte que soñaba ser...

la calma arcádica del Idilio, era bajo el arquitrabe de
hojas, y, tan cerca de las mil volutas la enredadera, algo
primitivo, algo que tuviera la núbil frescura de la antigua
Grecia, cuando dioses jóvenes, poblaban la tierra;

él, era muy grave;

ella, era muy seria...

nada perturbaba, la calma serena de aquellos amores...

tan sólo la pena, de ver acercarse muy quedo la
Ausencia...

temblando, pensaban en ese importuno fantasma...

temblaban, muy tristes, de verlo tan cerca...

temblaban, pensando en la hora que llega...

la Ausencia y, la Muerte:

hermanas gemelas.



Terminada la convalecencia de Froilán, fué preciso partir;

y, partió en unión de su primo;

iban a dos colegios distintos, de la misma capital.

Andrés, a una Escuela Militar;

él, a una Universidad;

seguían en eso, la inclinación de sus propios temperamentos;

el instinto maternal, recientemente despertado por un proceso ruidoso, los apartó de la cretinización nacional, que los colegios de Jesuitas y frailes de todo pelaje, ejercían por entonces, en aquel país, que les pertenecía por derecho de Conquista;

los castradores de almas, no tuvieron aquellas dos inteligencias para deformarlas, aunque una de ellas—la de Andrés—, les pertenecía, por su ciego instinto de disciplina, que le venía de su escasa mentalidad;

todo animal inferior, es un animal gregario;

los unos se unen para protegerse, como el ganado cuando olfatea el tigre...

los otros para devorarse, como los hombres; el rebaño humano, es el más cruel de todos los rebaños;

acaso, porque físicamente, es el Hombre la más débil de todas las fieras;

y, siendo la más inteligente de todas, comprendió que en la suma de todos sus instintos, estaba su fuerza; se agrupó y creó: la Sociedad;

el reinado de la zarpa inteligente, dominó el mundo;

el más fuerte, devoró al más débil;

y, la igualdad social, quedó establecida en la igualdad de garras.

Andrés, como todo espíritu inferior, amaba la Fuerza; y, era por consiguiente un espíritu gregario; por eso escogía la milicia como carrera;

mandar, y ser mandado; obedecer, y ser obedecido; ser amo y esclavo al mismo tiempo; besar la bota espolada del que está encima, acondición de maltratar con la propia bota la cabeza del que está debajo; sentir la fruición de ser envilecido por la disciplina, y, la más grata aún de envilecer a las demás, disciplinándolos; tener amor servil de la jerarquía, y el orgullo vil de la librea; tener el alma de un esclavo, en el cual vive siempre el alma de un tirano, todo eso qué forma la psicología del militar profesional, formaba su propia psicología y, obedeciendo a ella, iba a entrar en la escuela de las armas;

demasiado brutal para hacerse sacerdote, se hizo soldado;

esa forma roja de esclavitud y, de dominio que es un militar, le parecía preferible, a esa forma negra de servidumbre y despotismo que es un Sacerdote;

prefirió ser buitres a ser cuervo;

prefirió matar y devorar sus víctimas en plena luz del sol, a devorar cadáveres manidos, en el impenetrable corazón de las tinieblas...

Froilán Pradilla, era todo lo contrario: tenía el alma autóctona, y solitaria;

tenía, la condición rarísima de los seres de excepción: era mentalmente insular;

esos seres, aislados así, en el océano de la Vida, a semejanza de los altos farallones, no reciben su fuerza y no alimentan su soledad, sino de las tormentas del cielo, y, de las tormentas del mar;

toda promiscuidad les es insoportable y extraña;

y, el continente humano, les queda tan remoto, que apenas si perciben sus lineamientos confusos;

atalayas formidables, no perciben los rumores lejanos, sino por las ondas sonoras de su pensamiento;

el alarido remoto, llega hasta ellos, para perturbarlos y para conmoverlos, porque bajo su osatura rocallosa, timen un gran corazón de misericordia.

Froilán, había sido el niño solitario y, soñador, y continuaba en ser el adolescente soñador y, solitario;

sólo que sus sueños se engrandecían y, se fortalecían con la edad, como se engrandecen y se fortalecen, las alas de un aguilucho en el vuelo;

en los amaneceres de su Vida, sobre sus cielos vírgenes y, blancos, había visto confusamente el pestañear de una estrella;

y, pastor inconsciente del rebaño aún dormido de sus ideas, había seguido en su marcha el resplandor de esa estrella;

y, la voz de su corazón, la había nombrado: esa estrella era la Libertad;

hipnotizado por ella, captado por ella, ya no vivió sino para el amor de esa estrella;

y, fué el niño libre, ensoñador y solitario, que vimos vagar por crestas y hondonadas, sacudiendo las melenas de sus quimeras, en el amor divino de las tardes;

y, halló a la entrada de ese paraíso de Ensueño, las dos rosas sagradas y adorables, que están al principio de la larga avenida del Pensamiento: la Meditación y la Contemplación;

y, vió cómo el enjambre luminoso de las ideas, voloteaba sobre la maravilla de esas rosas, haciéndole uno como cortejo de estrellas;

y, las dos rosas temblaban en aquel nimbo de soles;

se postró, y las adoró, y catecúmeno ferviente de su culto, vivió en perpetua comunión con ellas;

y, fué un meditativo y, un contemplativo;

y, fúé, siguiendo los senderos de la Meditación, con el dedo sobre los labios para no interrumpir los divinos hechizos del Silencio, que llegó hasta el templo de la

Contemplación, en cuyo altar pudo ver desnuda y radiosa la Verdad;

y, amó la Verdad ;

y, se postró ante ella;

y, fué el Hombre de la Verdad;

y, con ese loco amor en el corazón, entró en la Adolescencia;

y, por ese loco amor, dejó su hogar; para ir en busca de una mayor Verdad, y servir a la Verdad;

y, por ese loco amor, dejó a su madre, y le dijo adiós besándola en la frente; ¡a su madre que lloraba! ...

y, por ese loco amor, dejó a su novia, y le dijo adiós, besándola en los labios... ¡a su novia, que lloraba! .. .

¡y , él también lloró!

ignoraba que el llanto de aquel que sirve a la Verdad, no cesa nunca;

y, la sed de aquel que ama la Verdad, no se sacia jamás;

¡ay! de aquellos ojos que miraron la Verdad, y ¡ay! de aquellos labios que dijeron la Verdad...

ellos no tendrán Consolación sobre la Tierra.

*

Cuando Froilán Pradilla, entró en la gran Ciudad, no hizo sino cambiar de soledad;

a la compañía hospitalaria de los árboles y de los montes, sucedió la compañía extraña de los hombres y de los edificios;

refugiado en un Pensión de familia, de una vieja señora que había conocido a sus padres, no tenía más compañeros de mesa, que un viejo magistrado, meticoloso y rígido, y un viejo rentista, pintoresco y maniaco;

esas vejezes, amaron su adolescencia, y fué el niño mimado de la casa;

se matriculó en la Universidad, se rodeó de libros, y se entregó al estudio, con una vehemencia inusitada;

entregó su adolescencia virgen, al beso de la gran ciudad, que tardó largo tiempo en desflorarla.

Andrés, interno en la Academia, venía al principio algunos domingos a visitarlo, y, paseaban juntos conociendo la Capital;

luego Andrés, tuvo otras relaciones, se entregó a otros amigos, y fué escaseando poco a poco sus visitas;

y, Froilán quedó como él amaba estar; solo, con sus pensamientos, y, con sus libros;

fueron años de estudio febricitante y, tenaz, de trabajos y de triunfos;

sus profesores lo amaron, porque descubrieron bien pronto su inteligencia maravillosa, la seriedad de su carácter, y la pureza de su vida;

sus discípulos, lo odiaron por las mismas razones;

él, no se preocupó de explotar el amor de los unos, ni de desarmar el odio de los otros;

estaba seguro de vencer, sin la protección de los primeros, y de romper con su victoria, la muralla que pudieran alzarle los segundos;

no necesitaba de ellos;

se bastaba a sí solo;

no tuvo más amigos, que los pobres y los débiles;

a ellos dió su protección;

y, ellos lo adoraron;

ignorante de la Vida, él no sabía que la Gratitude, es la antesala de la Traición;

y, se creyó amado, antes de ser traicionado;

casi desde su llegada, se inscribió en ciertas sociedades de organización y, de socorro a los obreros menesterosos, que en el fondo, eran organizaciones socialistas, burdamente fundadas y dirigidas por utopistas primitivos, de una candidez colérica, que era su sola fuerza;

la aparición de aquel adolescente flébil, que parecía aún un niño, tan serio, tan grave, cuyo verbo apostólico tenía una extraña dulzura y al mismo tiempo, una energía contagiosa y vindicativa, llamó la atención, en aquellos medios ácratas, que al principio miraron con recelo al recién venido, y que luego fueron lentamente viniendo en torno suyo, para escucharlo primero, para pedirle luego consejos, y para seguirlo después;

al contacto con aquellas masas, anónimas y, desventuradas, se organizaron y, se multiplicaron en él todas las fuerzas; incoherentes, que integraban su personalidad;

hasta entonces, él, no conocía la Vida, porque no conocía el Dolor;

al contacto, con cada nuevo dolor, sintió nacer en él una nueva alma;

y, comprendió que no tenemos una alma, sino varias almas, que no vivimos una Vida, sino varias vidas, que cada sensación, despierta en nosotros un nuevo estado de

conciencia, en el cual actúa el alma prisionera de las redes irrompibles de la Fatalidad;

y, encontró, que todo en la Vida conspira contra la Libertad; todo; hasta Dios, que es el último argumento contra ella;

vió que Dios y la Libertad, se excluyen, que el uno niega al otro;

si Dios existe, Dios omnipotente — se decía—, si él, lo puede todo, yo no puedo nada ni sin él, ni contra él, ¿dónde entonces está mi Libertad? ; yo no soy pues, sino un instrumento en las manos de Dios; el instrumento no es libre, sino esclavo de la mano que lo dirige; si Dios, limita la Libertad, Dios mata la Libertad; todo límite es una esclavitud;

y, encontró que no se podía entrar en la Libertad, ni vivir en la Libertad, sino teniendo el cadáver de Dios, bajo los pies;

que el primer despotismo que hay que tumbar en nuestro corazón, es el despotismo de la Divinidad;

después que hemos sacudido la tiranía de Dios, ya ninguna otra tiranía puede reinar sobre nuestro espíritu;

sólo el Hombre Ateo, es Hombre libre;

y, para ser libre, se hizo Ateo;

comprendió, que no tenía que expulsar sino una sombra, porque verdaderamente, Dios no había reinado nunca en su corazón;

libertado del fantasma de Dios, se halló sin embargo, prisionero de todo lo que lo rodeaba;

prisionero de su animalidad, que lo ataba por atavismos y lazos invisibles, al alma de su Raza;

prisionero de la grey humana, que lo limitaba y, lo esclavizaba por todas partes, imponiéndole sus leyes, sus costumbres, y sus tradiciones;

y, vió que no había hombres libres, porque todos nacen ya esclavos, dentro de esa fortaleza llamada el Estado, a cuyo servicio y, a cuya defensa, debe consagrar su Vida;

encontró que su *Yo*, estaba de antemano, limitado, catalogado, y esclavizado, por ese Tirano, múltiple y, anónimo, llamado: *Todos*;

que su Personalidad, estaba amenazada, y pronto sería absorbida, por ese monstruo de las mil cabezas que se llama: la Colectividad;

que todo Hombre, nace actor de una terrible tragedia: la lucha entre el Individuo y, la Sociedad;

que se nace irremisiblemente esclavo de los dos grandes Minotauros: Dios y la Patria;

los dos ídolos, que no se sacian nunca de devorar víctimas;

que, podemos arrojar a Dios de nuestro cerebro, y él no se ocupa de reconquistarnos;

pero... ¿cómo libertarnos y, libertar a los demás de ese otro Minotauro?, ¿de la Patria?...

nosotros podemos arrojar el Mito de la Patria de nuestro cerebro, proscribirlo de nuestro culto, echarlo fuera de nuestro corazón;

pero, el Mito formidable y terrible, no nos suelta;

él, tiene mil tentáculos, para aprisionarnos y, para herirnos;

él, tiene sus leyes, sus costumbres, sus magistrados, sus soldados, sus carceleros, sus verdugos, para imponernos su Imperio, para esclavizarnos; secricarnos y, devorarnos al fin.

Froilán Pradilla, veía todo esto, comprendía todo esto, y sabía que no hay más que un estado de pureza moral, y es el de la Libertad;

que no hay más que un deber : el de la Rebelión;

que todo Hombre Libre, es un Rebelde;

contra todos, y contra todo;

pero, especialmente, contra Dios y contra el Estado;

y, él, fué un rebelde contra ambos Minotauros;

ya, se había libertado de Dios;

pero, ¿cómo libertarse del Estado?...

era prisionero de él ; esclavo de él; y, si se rebelaba, sería víctima de él;

el Estado, se apoya sobre dos grandes pilares: el hombro de un esclavo y el hacha de un verdugo;

corta las cabezas que no domina, y no conoce otra igualdad, que la que siembra su cuchilla;

no se concibe el Estado sin Dios, como no se concibe sin Verdugo;

los grandes crímenes, necesitan de grandes cómplices;

el deber de todo Hombre Libre, es ir contra el Estado, vivir en rebelión contra el Estado; destruir el Estado;

el alma del Estado, se llama: la Ley;

es necesario desarmar el Estado; matar la Ley;

vivir contra la Ley, y fuera de la Ley.

Dios, era ya para él, un *caput mortuum*;

¿cómo hacer lo mismo del Estado?

ya, no era el enemigo personal de Dios, porque lo había derribado en su Santuario Interior;

pero, era el enemigo del Estado;

un Rebelde;

¿sabía él la grandeza y la inutilidad de todas los rebeldes?...

sí la sabía;

de Prometeo a Jesús de Galilea, él conocía bien la gran trayectoria del Martirio, que va del Cáucaso al Gólgota, como un Arco Iris de lágrimas, prismatizado por un sol de Gloria, que no triunfa nunca y que no muere jamás;

no se hacía ilusión sobre la historia de esos grandes fracasados, cuyos ensueños vencidos, quedaron como un sudario andrajoso, sobre las cumbres sangrientas;

se sabía enfermo del mismo mal, y se proponía ser uno de ellos;

no contrariaba su Destino: lo seguía;

él, sabía que la Vida, no es sino una elección entre dos abismos;

y, marchaba hacia la cumbre de las desolaciones, indiferente a las tempestades que dormían tras de los cielos serenos;

¿qué le importaba que el zigzag del rayo trazara en la cumbre, la silueta de una cruz?...

sus brazos eran bastante fuertes, para abrazarse al madero ignominioso;

y, sus ojos tenían bastante luz, para romper el obstinado corazón de las tinieblas;

el medio social en el cual le tocaba actuar, era un medio primitivo, tardo en su evolución, prisionero de prejuicios seculares, y víctima de atavismos ineludibles, de los cuales la barbarie ancestral, era el menos peligroso;

se dió sin embargo a trabajar en él, con una fe de iluminado, y un fervor de catequista;

bien pronto, su figura fué familiar a los medios obreros y revolucionarios, y los ojos de Argos, de los poderes públicos, siguieron con inquietud los gestos de aquel joven espíritu, que se anunciaba como un terrible adversario suyo;

la probidad de su Vida, lo libraba de toda asechanza;

fatigando las lecturas, y el estudio, no sólo triunfaba, señalándose como el primero en sus clases, sino que hallaba tiempo para crear Revistas ácratas, más o menos efímeras, de las cuales era el alma, y para colaborar en otras;

como todos los meditativos intensos, gustaba de anotar sus sensaciones, en notas íntimas, de las cuales hacia acopio;

de esos años de su formación mental, dejaba el trazado, en líneas inconexas y turbadas, que tenían el raro encanto de la sinceridad, y eran como el itinerario de su alma, a través de las borrascas en que entraba;

notas trazadas al correr de la duma, sin otro cuidado que el de aprisionar la sensación fugaz, confesarse a sí mismo, y verse vivir en el fondo de su propio corazón;

y, por eso llamaba esos cuadernos: *El Camino de los Sueños*;

he ahí algunas notas de ese Manuscrito empezado a escribir al día siguiente de su llegada a la Capital.

*

¡Qué lejos está mi aldea!
es ahora que la veo bella, en la perspectiva, con su
belleza de fiera maléfica dormida en la montaña;
sólo la distancia, que lo hace inofensivo, puede
embellecer el monstruo.

*

**

La ciudad, me oprime y, me amedrenta;
una ciudad, es una cárcel, con un número mayor de
carceleros;
el Hombre, oprime al Hombre, tan sólo con mirarlo;
sin duda, Dios hizo los hombres para estorbarse
mutuamente.

*

**

No hay paisajes en la ciudad; eso la priva de toda
poesía;
el cielo que cubre la ciudad, parece siempre dispuesto a
los castigos;
los campos, no han sido calcinados nunca, por el fuego
caído de los cielos; y, las ciudades, sí;
y, eso, porque las bestias que pueblan las ciudades, no
tienen sobre las que pueblan las selvas, sino una
superioridad: la del refinamiento de sus vicios;
cuándo yo iba de caza, no tuve nunca el miedo de mis
perros;
cuando me hallo en medio de los hombres, tengo
siempre miedo de ellos;

las bestias no se hieren, sino con las garras y con los
dientes; sólo al Hombre le es dado matar con la lengua;
un perro, es incapaz de robar a su amo su reloj;
un criado, sí;
ésa, es sin duda, la superioridad del Hombre, sobre el
perro.

*

**

Abrir los ojos en el corazón de la Ausencia, es abrirlos
en el corazón de la Muerte;
una Muerte sin Misericordia, que mata en nosotros,
todo, menos el Dolor.

*

**

Lejos de los ojos de mi Madre, los míos no encuentras
nada puro que mirar;
la Madre, es la única mujer que ama con el corazón;
las otras... todas aman con las entrañas; y, son sus
entrañas las que tiemblan cuando se acercan a nosotros;
la Madre, cuando nos besa, pone el alma en los labios;
las otras mujeres al besarnos, no ponen en los labios
sino el sexo;
y, es siempre el sexo de una mujer, el que besamos al
besar sus labios;
la pureza de un beso, está en no darlo;
la mujer y, el beso, no son puros, sino antes de nacer...
es verdad que yo, he besado a mi novia en los labios, y
mi novia era pura...
pero, ¿en qué pensaba mi novia, cuando la besaba yo
sobre los labios?...
la Fatalidad ha querido, que toda el alma de la Mujer,
esté en el sexo;

cuando una Mujer cubre su sexo, cubre su alma.

*

**

Ya estoy matriculado;
ya tengo una cédula de Esclavitud;
el Estado Profesor, se apodera de mí;
quiera o no, he de ser como todos los ciudadanos, un
vaso de las vísceras de la Gran Bestia;
ya entré en el vientre del Minotauro;
cuando él me haya digerido... ¿qué seré?
una deyección académica; es decir : un Profesor...

*

**

El deber de todo hombre fuerte, es el de no asimilarse;
es la sola manera de no corromperse;
si todas las víctimas, devoradas por el Minotauro, se
rebelaran al proceso de asimilación, la Bestia moriría de
una indigestión de almas libres;
el Hombre, habría matado al Monstruo...;
pero, eso no será., o ha sido muy raras veces en la
Historia;
el Hombre, es un producto asimilable y, digerible;
su destino, es ser un puñado de estiércol: de la Gran
Bestia.

*

**

Toda escuela, es una mutilación del Yo;

no se entra en ella, sin la previa mutilación del libre
árbitro;
eso pensaba yo, oyendo esta mañana a nuestro profesor
de Filosofía;
¡qué olor de vetustez se escapa de todas las cátedras!;
todos esos profesores son muertos que hablan;
¿de qué?
de hombres muertos, de ideas muertas, de sistemas
muertos;
un Sabio, es un Hipogeo.

*

**

Todos mis condiscípulos hablan del amor, y dicen
haberlo gozado;
cuando hablan de sus placeres, tienen el aspecto de
monos en orgasmo;
ayer, uno de ellos, me hacía una confidencia ;
y, al contarme cómo había visto a su hermana
desnuda, su voz temblaba, sus ojos tenían un brillo
extraño, y todo él, tenía un aspecto de brutalidad,
repugnante de mirar...;
siento que estas conversaciones y, estas confidencias
me hacen mal;
ellas despiertan la animalidad dormida en el fondo de
mi ser;
todo el fermento de la bestialidad sube en mí; y,
parece ahogarme;
mis noches han dejado de ser tranquilas;
una nueva esclavitud nace en mí; la del Sexo...
¿cómo olvidar que he nacido del Amor, y soy hijo de
mujer?...
el Misterio Sexual me inquieta;

es necesario que dé al Amor, mi juventud que nace, ya que no le di mi adolescencia;

entraré al Templo de Isis, y rasgaré el velo que oculta el rostro de la Diosa...

es seguro que tras ese velo, no encontraré sino la serpiente miserable, enredada al árbol cronológico del Pecado;

y, como no es posible aplastar la cabeza de la Serpiente, de la cual ha nacido el Mundo, uniré mis labios a los labios de la víbora, y conoceré el Amor.

*

**

Mar tenebrosa es la lectura;
engolfándome en ella, siento la impresión de navegar en la Noche;

qué sería de esa noche sin la magnificencia de las estrellas?

esas constelaciones, que son las ideas, alumbran la marcha de la barca;

cada golpe de remo, rompe la cabeza de la ola, que era un prejuicio;

y, a cada Prejuicio que rompo, siento que he roto un yugo...

ahora, libre de los prejuicios, debo precaverme, para no caer bajo el yugo de las ideas;

todo yugo es una esclavitud, aunque sea hecho del fulgor inasible de una estrella.

*

**

Las cartas de mi madre, son un apaciguamiento
para mi corazón nostálgico y rebelde;

mi corazón, cerrado, como un cactus salvaje, se
abre a la caricia de esa mano, y la perfuma;

un hálito de cosas eternas, hay en la voz de la
Madre que habla;

la calma errátil de todos los paraísos, se escapa
de aquellos labios, que aun cerrado, tienen una actitud
de consolación;

yo, he tomado en afecto, a uno de mis condiscípulos,
porque al hablarme de su madre ausente, su voz
temblaba. y, sus ojos se llenaron de lágrimas;

un hombre que ama así a su madre, vale la pena
de ser amado en nombre de la nuestra;

la ternura, es un perfume que se escapa del
corazón, como el alma de un rosal dormido en los
brazos de la Tarde.

*

**

Las cartas de Juliana, tienen el poder de entristecerme;
al leerlas, me parece poner el oído, en una concha
marina, que guardara el rumor de mares luminosos
y apacibles, besando playas matinales, olorosas a
mirtos;

un collar de recuerdos, suave como un collar de
narcisos, oprime mi garganta, y mi voz se torna en
un sollozo;

y, me parece ver el espectro de mi Pasado,
reflejarse en mi corazón, como la sombra de un
sarmiento muerto sobre las aguas dormidas.

*

**

He conocido el Amor, sobre el vientre palpitante de una mujer desnuda ;

es algo misterioso, brutal, y repugnante a la vez...

guardo aún, una impresión de náusea, de aquel encuentra fortuito...;

me parece sentir aún, aquel cuerpo extraño, temblar debajo del mío, como una serpiente gelatinosa, brindándome sus labios de alquiler:..

si esto, y nada más que esto, fuera el Amor, Orígenes, sería el único filósofo que tuvo Razón...;

una Razón más pura, que la del Solitario de Koenigsberg;

que tampoco amó el Amor.

*

**

Me divierto en hojear a Pascal;

aquel Onan de Port-Royal, me es extrañamente atractivo;

aquel Hombre, es autónomo en todo: hasta en sus vicios;

para ser el perfecto Solitario, cogió en los jardines de la Soledad, la única flor venenosa que hay en ellos, y se embriagó de su perfume...

el asceta y el mono, se confunden en una sola pasión;

y, él fué el mono-asceta, muerto de su propio Amor, y en quien la divina luz cautiva, no quiso morir, y se esparció en largos ritmos ideológicos, en sobresaltos sin armonía, y vuelos vertiginosos en las tinieblas;

epiléptico y degenerado, como todos los discípulos del levita sacrílego, que polucionó el Arca Santa con su

simiente, tuvo sin embargo esa lucidez epileptoide y cuasi autópsida, que había de reproducirse después, con brillo intermitente, en la demencia de Juan Jacobo;

sus matemáticas, no me interesan, y su filosofía, que no es la filosofía del anonadamiento y del miedo ante la Divinidad, no tiene de bello, sino el estremecimiento de misterio, que la recorre como un escalofrío;

el Teólogo, es siempre un loco o un farsante: Pascal, que era lo primero, me produce el efecto de un sepulturero demente, cavando con su azada en un cementerio de dioses;

hay del horror shakespeareano, en el alma de Pascal;

aquel mirar a Dios, a través de las grietas de la tumba; aquel temblar constante ante la Muerte, y al mismo tiempo, amortajarse y esperarla como a una novia piadosa, única, que había de poseer su cuerpo virgen, consumido sin embargo por el más turbado y estéril amor que se conoce;

todo eso es del más alta horror trágico;

el espanto perenne de aquella alma ante su Dios, es un caso vulgar de la locura del Miedo; una idiotía de niño;

sus maceraciones, sus cilicios, sus ayunos, grados de su demencia son;

en el huracán de sus temores, niega la Redención, pues teme que no todos los hombres han sido salvados por ella...

es necesario para la salvación, la Gracia;

la Gracia, es un don divino, que pende de las manos de Dios;

¿qué hacer para obtenerla?

implorarla, gemir, arrastrarse, desnudo y macerado, al pie de la terrible divinidad;

eso hace él;

sus gemidos de condenado, rompen el rigor de su celda, y llenan el mundo;

y, de ahí, esa Biblia de la Misanropía, que son sus Pensamientos;

su filosofía amarga de vencido, tiene todo el sabor del cristianismo primitivo;

es, el padre de los anarquistas mentales, que han convulsionado después ese organismo de servidumbres y de mentiras, que es la Sociedad;

sus manos esqueléticas, se alzan para herir los fantasmas sangrientos, bajo los cuales tiembla el mundo;

a la Justicia, la llama, «hija del capricho»;

a la Propiedad, «Usurpación»;

al Derecho, «moda del tiempo»;

a las monarquías, «reinado de los necios, por derecho de nacimiento»;

antijesuita; como todos los jansenistas, permaneció hombre honrado;

si hubiera sido un pillo, se habría hecho sacerdote, sus gemidos, o mejor dicho sus negaciones, se habrían hecho una Doctrina, y habría tenido para ella, la autoridad de la cátedra;

no buscó una Iglesia, se refugió en una celda laica, y gimió desde allí, su nihilismo exasperado;

lo que vive; lo que brilla, lo que deslumbra en Pascal, es el estilo...

alto, sonoro, luminoso como una tempestad;

por eso, ha sido como Escritor, y sólo como Escritor, que se ha salvado;

y, es como Escritor, que vive;

como Filósofo, es ridículo, cándido y pueril, cuando oficia de Teólogo;

el Teólogo, es un animal muy pintoresco y divertido, cuando no tiene un verdugo a sus órdenes; en este último caso, es una fiera tonsurada como San Ignacio de Loyola, o Santo Domingo de Guzmán.

Pascal, fué un Teólogo desarmado, que no pudiendo torturar a los otros, se dió la rara voluptuosidad de torturarse a sí mismo;

fué el Príncipe de los masoquistas;
predicó el embrutecimiento, como el camino de la Fe;
embrutecerse para creer...

bestializarse para salvarse;

embriagarse de agua bendita, y hacerse un Cerdo;
recordáis su fórmula famosa, para adquirir la Fe?

ella dice: *prenez de l'eau bénite: ABETISSEZ-VOUS...*

ABETISSEZ-VOUS..

doctrina de Teólogo y, de Asceta;

y, ya se sabe, que un Asceta-Teólogo es un Filósofo para locos, para monos y, pare cerdos.

*

**

Despierto triste y, conmovido;

he visto en sueños, el fantasma de Juliana, que marchaba en la sombra, y se acercaba a mi lecho;

era como un ópalo, iluminado por un rayo de luna; su cabellera, en bandas, recogida sobre la nuca, le daba la gracia armoniosa de una bella estatua;

¡cómo ha engrandecido! ¡cómo se ha embellecido!

se inclinó sobre mí, y me besó en los labios;

enrojecí en sueños;

¿por qué este beso tan puro, me hizo enrojecer?

acaso porque no soy ya puro...

y, es el fantasma de mi pureza muerta, el que me ha besado con los labios de Juliana;

su mirada, suave y tierna, imploraba...

¿qué pedía ?

¿me decía que por qué la olvidaba?

mi silencio... ¿cómo puedo disculpar ese Silencio?...

¿gesto vago del Olvido?

gesto vago y, no querido...
¡oh! mi pálida Princesa, ¡cómo siento tu reproche y, ese
halo de tristeza que circunda tú cabeza, como el nimbo de
la Noche!...
dolorosa peregrina, cuyo fantasma camina hacia mi;
ya tus labios no me besan;
y, se mueven...
¿es que rezan?
di;
ya te apartas de mi lecho, ya las curvas de tu pecho, no
veo más...
y, te vas...
aumentando mis asombros; veo las curvas de tus
hombros que se borran...
y, me vuelves ya la espalda, con tu manto de guedejas;
sólo veo, el oro gualda de tu aureola...
ya te alejas, ya me dejas;
y, la estancia queda sola...

*

**

Mi primo Andrés, viene a verme con frecuencia;
no habla sino de esgrima y, de mujeres;
a falta de plazas fuertes que conquistar, se dedica a
la conquista de corazones débiles;
es muy elegante, bajo su uniforme de cadete;
eso seduce a las mujeres, que sonrén ante la gracia
de aquel oficial en agraz;
no creo que ninguna plaza fuerte haya capitulado
ante él, pero el fuego nutrido de miradas, basta a su
vanidad de conquistador profesional;
vanidoso como un pavo, y lascivo como un mono,
las plazas abiertas lo reciben, después que las plazas
cerradas han exacerbado su apetito;

y, es interminable, contando sus aventuras de burdel;

yo lo dejo hablar, y él, se enoja enormemente a mi lado;

como gasta mucho mas de lo que la familia le envía, es a mí a quien acude en sus apuros de dinero, y por eso me visita con más frecuencia de la que el mismo quisiera;

cuando recorremos las calles de esta ciudad fría y, arcaica, donde pulula la miseria, y hay un marasmo de pantano bajo un cielo plomizo, todas las miradas se fijan en el flamante uniforme de Andrés y él se hincha de satisfacción, como un gato al cual acarician en la espina dorsal;

siente el orgullo de la librea;
pasión de lacayos y de esclavos.

*

**

El *Yo*, puede ser odiado, pero no es nunca odioso, pese a Pascal, que a fuerza de amar el suyo tan vilmente, tenía tanta razón de despreciarlo;

el *Yo*, es la única fuerza real, que reside en nosotros; todo lo demás es debilidad;

nuestro *Yo*, es la única Realidad que poseemos; más allá principia el mundo de las apariencias;.

sumar el mundo en Sí; he ahí el deber del Hombre Fuerte;

sumarse al mundo; he ahí la sola virtud del Hombre Débil;

fundirse, borrarse, desaparecer en la ola humana...

ser un eslabón de la cadena que lo estrangula, y que estrangula el mundo;

destino anónimo;
miserable destino;

sólo los débiles se resignan a él;
el Hombre Fuerte, se alza ante ese Destino como una
roca contra la ola...

y, lo rompe, y lo domina;
todo Hombre Fuerte, es un Rebelde;
el Rebelde es, *aquel que suma el mundo en Sí.*

*

**

¡Qué extraño rostro el de esta niña, que ha venido para
ayudar a doña Leonor en los quehaceres de la casa! es un
rostro de quietud y de contemplación, como hecho de
líneas y de ritmos en reposo; sus ojos parecen reflejar más
que contemplar, los objetos y, las personas; son como dos
lagos recónditos, reproduciendo la imagen de las nubes y
de los pájaros, que vuelan sobre ellos;

¿son azules o grises, esos ojos?

tienen el color de la pizarra sin pulir; lo que sorprende
en esos ojos, es la especie de atonía que los caracteriza;
parecen los de un ciego, atacado de gota serena; se diría,
que miran sin ver;

¿eso da o quita encanto a su fisonomía?

yo, no sé decirlo, pero la hace rara e interesante;

fué lo primero que noté en ella, cuando me la presentó
doña Leonor, eso, y su palidez impresionante, una palidez
de cera virgen; la cabellera tumultuosa; la boca, una boca
de silencios, con los labios amargamente plegados como
los de las estatuas de las vestales; un cuerpo aún sin
formarse, sin líneas acentuadas, sin curvas salientes, con
la promesa, más que con la existencia de unas bellas
formas;

parece que un gran pasado de Dolor, haya pesado sobre
ella, un pasado muy corto, pues sólo tiene diez y seis años;
es parienta muy lejana de doña Leonor, que la ha traído

de su pueblo natal, ¿para compañera?, ¿para ama de llaves?, para ambas cosas a la vez, porque es ella, quien ayuda a arreglar las habitaciones, ella quien va con su tía al mercado, ella quien vigila en el servicio de la casa a la pequeña fámula, que educa doña Leonor, para estos menesteres;

la buena señora, que me ama como a un hijo, y que me supone poseedor de todas las virtudes, especialmente de la Castidad, al presentármela, le recomendó que me tratara como un hermano, y me atendiera en todo, porque yo era la perla de la casa, y las niñas de sus ojos;

cuando la buena señora habla así, es muy sincera; ella es vieja, sus dos compañeros de pensión son viejos también, soy el único joven de la casa, y todos ellos me miman a causa de ello; mi carácter, prematuramente serio, los impresiona; me creen destinado a un gran porvenir, y aunque mis ideas, que ellos llaman disolventes, los alarman a veces, todo lo toleran en gracia de lo que ellos creen, inexperiencias de la juventud;

la niña, tiene un nombre de flor, se llama Rosa;

y, es en efecto, como una rosa, pero una de esas rosas blancas y, precarias, abiertas en las tristezas de la noche, y que son como una plegaria que se condenase en pétalos de cristal;

una rosa leve, una rosa breve, pero enigmática, a causa de sus ojos, que parecen sin miradas, unos ojos que parecen verlo todo, y no dicen nada...

cielos taciturnos, cielos oscuros...

y, tal vez después de todos estos símiles fantásticos, no son sino dos ojos estúpidos, como los de un cordero.

*

**

La acción debe ser el fin de la vida pública, como la contemplación, es el fin de la vida ascética;

para un espíritu revolucionario, activo, la plaza pública es un escenario natural, como para un solitario contemplativo, el claustro debe ser su refugio natural, aunque sea un claustro alzado dentro de su corazón;

la actitud extática, es contraria a todo espíritu de Rebelión;

tal vez el antiguo profetismo, fué el punto de unión de esos dos estados de alma: la acción y, la contemplación;

el Profeta, era un visionario contemplativo, absorto ante el vértigo de los acontecimientos que veía venir, y era un revolucionario activo, en presencia de los pueblos que quería redimir.

Jesús de Galilea, fué el último Profeta; el mesianismo murió en sus labios, con él alma del mundo antiguo, del cual su rebeldía fué el último grito;

rebeldía inútil, rebeldía estéril, que no re dimió nada, y nada libertó, grito de un pueblo esclavo, que aun , hoy día, vive sometido o disperso por el mundo, vuelto de espaldas al patíbulo de aquel Profeta, de cuya túnica desgarrada, los hombres han hecho el estandarte de la Mentira imperante sobre la tierra;

ese mesianismo primitivo, callejero y, trashumante, no es ya posible en nuestros días, donde sólo los santones de oriente, lo ejercen, entre las caravanas del desierto, a la Sombra de los palmares pensativos;

hoy, los salones de conferencias, han sucedido a la plaza pública.;

al primitivismo cándido de los profetas, y al esoterismo orgulloso de los cenáculos, sucedieron los clubs revolucionarios del siglo XVIII, y a éstos, las salas de conferencia de hoy, ateneos del Pueblo, donde vienen a adoctrinarlo aquellos que aspiran a servirlo y aquellos que sólo aspiran a explotarlo;

ayer, asistí por primera vez a una de estas reuniones;
el espectáculo me resultó lamentable y desalentador;

nada hay más repugnante, que el rebaño humano visto de cerca;

el Hombre, es un animal, que agrupándose se desespiritualiza: no queda en él sino la bestia;

mentalmente, no hay aire respirable, sino el aire de la soledad;

lo demás, es el establo;

la reunión a que asistí ayer, era una reunión popular, con fines electorales;

desde luego, yo no asistía con este fin, porque yo no creo en esa panacea del Sufragio Popular, una de las dos o tres Mentiras Convencionales, que sirven para embozalar el Pueblo, cándido y feroz;

el derecho de voto, me parece un derecho de envilecimiento;

votar, es abdicar;

es, elegirse un Amo;

y, darse un Amo, es más vil que soportarlo; un Hombre libre, no puede acercarse a una urna electoral; si no es para romperla;

votar, es perpetuar la vida del Tirano;

de aquel Tirano, que nos esclaviza y nos envilece a todos: el Estado;

perpetuar el Estado, es perpetuar la Esclavitud;

¿para qué, ese sofisma explotador de hablar de Libertad, frente al Estado, y dentro del Estado?...

mientras exista el Estado, la Libertad, debe estar cubierta con un velo, como hacían los romanos con la estatua de la Victoria, en los días de las grandes derrotas; su actitud debe ser la actitud de un dios vencido;

no hay Estado libre, porque el Estado, es la antinomia de la Libertad;

no hay Hombre libre bajo el paladion del Estado, a no ser que se llame libertad, la actitud de los antiguos esclavos en el Circo, saludando al César, bajo la garra de las fieras que iban a devorarlos.

la fidelidad a las leyes del Estado, es la fidelidad a los eslabones de la cadena;

votar, es aceptar la Ley del Estado; añadir un eslabón más a esa cadena;

he ahí, por qué soy enemigo del voto;

si asistí a aquella reunión, fué para ponerme en contacto con el Pueblo, para ver de cerca ese ídolo glorioso y, peligroso, al cual he defendido con ahínco;

mis últimos artículos políticos de *La Piqueta*, han exacerbado enormemente la curiosidad de las clases populares, y aun de aquellas que no lo son, y hay en muchos de esos elementos, deseos de conocerme;

la actitud de las autoridades, frente a ese periódico, ha dado a los que escribimos en él, cierto prestigio de mártires futuros, que alarma y conmueve, el corazón siempre generoso de los oprimidos;

todos somos jóvenes ,tan jóvenes, que nuestra juventud ha servido de pretexto a la Tiranía, para hacer el gesto de perdonarnos;

ella, finge ignorar que el alba despunta en Oriente, y que es el ruiseñor el que anuncia el nacimiento del día; de todos los días, de aquel en que nació Jesús en el establo de Belén, como de aquél en que cayó César bajo el puñal de Bruto, en el Senado romano;

es verdad, que nuestro César no es *Julio el Victorioso*, sino una especie de Antonio, harto de hostias, y ebrio de sangre y de agua bendita; la bestialidad florece en él, con una pompa augustal;

nadie más digno de mandar a un Pueblo; su sanguinaria incapacidad, le da talla de Amo;

yo no conozco, sino una cosa más vil que obedecer, y es mandar;

lo más despreciable del mundo, sería el Esclavo, si no existiera el Amo;

este nuestro, es de tal manera vil, que merece todo género de adoración, de parte de sus esclavos, sometidos y silenciosos;

ya se sabe que la más alta forma de Adoración a una Tiranía, es el Silencio;

en. el lenguaje de los esclavos, adorar es aullar;

la etimología del verbo adorar, es, *ponerse la mano sobre la boca*; «ADORARE: MANUM AD OS ADMOVERE»; dice Plinio;

y, este pueblo adora a su Amo, poniéndose la mano sobre la boca;

y, el Amo, paga su adoración, llenándole la boca de mendrugos;

interrumpir ese Silencio es interrumpir *los coros mudos* de esa adoración;

nosotros, los habíamos roto en *La Piqueta*;

otros, iban a romperlos en esas Conferencias;

por eso fuí a oírlas, deseoso de salir de mi propia alma, y aproximarme al alma de los otros, con el anhelo de un geógrafo, que habiendo descrito el curso de muchos ríos, no hubiese llegado aún a la orilla de ninguno, para oír el rumor de sus olas innumerables;

yo, no sé si conocer al Pueblo, sea amar al Pueblo; me parece todo lo contrario; pero, yo anhelaba conocer al Pueblo, sentir por primera vez el aliento del Pueblo, y respirar al lado de él;

la vida de un solitario, toda de Contemplación y de Meditación, no es rica sino de espectáculos inferiores, y carece de puntos de comparación, para medir sus sensaciones frente a los acontecimientos exteriores que lo rodean;

así, no puedo medir con otras de su especie, la sensación, toda nueva que tuve en ese mi primer contacto con un Pueblo en asamblea;

debo confesar que fué de desencanto al principio, de disgusto al fin;

nada de lo espectacular, de lo vibrante, de lo heroico, que yo soñaba, hallar encontré allí;

un relente enorme de bestialidad, se escapaba, de aquel rebaño estupefacto, atento a las voces de los que lo arengaban, y a los cuales parecía no comprender;

se diría, una fiera en acecho, esperando la hora de saltar sobre el domador, y devorarlo;

el domador, era en aquel momento, una especie de tenor de la oratoria, teatral y desconcertante, que con una facundia de charlatán de feria, y ademanes de flebotomano al aire libre, anunciaba los mil específicos morales, con que contaba para aliviar la miseria del Pueblo, y prometía a éste, todas las venturas posibles, sin exigirle otra cosa que su voto, para representarlo en el Parlamento Nacional;

aquella ducha de lugares comunes, y frases de relumbrón, no dejó indiferente al auditorio, que pagó con clamorosos aplausos, el esfuerzo oratorio de aquel Rienzi de arrabal, que mendigaba casi de rodillas, el honor de salvar al Pueblo...;

sucedíole en la tribuna, un anciano, pequeño, demacrado, de una palidez diáfana, cuasi transparente, luengas melenas, y barba fluvial, ambas blancas y desgrednadas, ojos visionarios, y gestos austeros; se diría un San Jerónimo redivivo, salido de su cueva, para detener el caballo de un conquistador victorioso, camino del Imperio;

era el último espécimen de una fauna ya entinta, de revolucionarios y de patriotas, que cuarenta años atrás, habían conmovido el país, con el ruido y el fracaso de sus utopías;

generosos novadores, cuya candidez, había corrido parejas con su desgracia, escuela de sofistas soñadores, que a falta de Genio, habían tenido lo que es más raro aún en las democracias: la Virtud ;

revolucionarios falsos, no en la intención, sino en la doctrina, porque su acratismo, a base religiosa, es decir, a base cristiana, era insuficiente y, de una candorosa idiotía;

ellos hablaban seriamente, de la Divinidad; ¿como podían pues, amar la Humanidad?; desde los tiempos de Prometeo, Jove ha sido el enemigo del Hombre;

ellos creían en Dios; ¿cómo podían creer en la Libertad?

Dios, y la Libertad, se excluyen;

eran reformadores, no eran destructores;

y, por consiguiente no eran revolucionarios.

Revolución, es destrucción o no es nada;

reformular, es perpetuar;

ellos, hablaban de reformar el Estado, y no de destruir el Estado; de mejorar la Tiranía no de suprimirla;

ignoraban, o fingían ignorar, que el deber de un prisionero, no es reformar su cárcel, sino destruirla;

el deber de un Hombre Libre, no es reformar su Tirano, sino matarlo;

ellos, creían en Dios, y en el Estado...; ¿cómo apoyándose en esas dos formas absurdas, base de toda Tiranía, pudieron esos hombres hablar de Libertad?...

ya lo he dicho: porque el sedimento de su espíritu revolucionario, era un sedimento cristiano; y el Cristianismo ha sido y es, una religión de esclavos...; como todas las religiones;

la base del Cristianismo, es la Mansedumbre;

quien dice Mansedumbre, dice: Servidumbre;

pasión de ovejas;

y, ellos hablaban en nombre del Cristo, del más fatal de todos los fracasados, de aquel que desde lo alto de su cruz, perpetuó la esclavitud, haciendo el gesto de romperla;

y, decían con él: *dad a Dios, lo que es de Dios, y al César lo que es del César*;

y, con ese apotema de todas las cobardías, entregaban el Pueblo a esos dos tiranos: Dios y el Estado... fueron

incapaces de completar la frase, como los labios de la Revolución deben decirla: *dad a Dios, lo que es de Dios: el OLVIDO; dad al César, lo que es del César: la MUERTE;*

tuvieron miedo a la tea que destruye, y al puñal que salva;

fueron visionarios, no fueron revolucionarios;

y, el último de ellos, el único superviviente de la falange idealista, hablaba y gesticulaba ante mí, y su voz era una voz reminiscente, semejante ala voz del mar, que trae en sus olas el rumor de playas muy lejanas;

esa voz era cuasi áfona; débil hilo de una armonía, que debió haber sido maravillosa;

el gesto de sus brazos, era un gesto rítmico, artístico, como sólo los grandes inspirados de la palabra suelen tenerlo;

pasaba sus manos enflaquecidas y diáfanas, por entre el candor insuperable de la melena leonina;

acariciaba con ellas, las luengas guedejas blancas de la barba moisesaica;

las cruzaba sobre el pecho, en actitud de asceta penitente;

dejaba caer sus brazos a lo largo del cuerpo, como las grandes alas plegadas de un pájaro hierático;

los levantaba luego, con el ritmo apacible de un ibis que emprende el vuelo;

los dejaba por momentos, estacionarios en cruz, como los remos de una águila que otea;

sus manos describían en el vacío, líneas y, curvas armoniosas, o se tendían violentamente hacia adelante, y se crispaban con vehemencia, como queriendo agarrar algo que huía; tal vez, era la cauda de sus sueños fugitivos...;

yo, no he visto nada igual, a la elocuencia de aquellas manos, más que secundando, supliendo a la elocuencia de aquella voz;

¡bendito sea el Destino, que me ha permitido escuchar, el canto de este último cisne sobreviviente de la bandada luminosa y, romántica, que voló un día sobre la laguna del Ensueño, hoy secada y hecha un fangal, adonde sólo se oye el canto de los batracios victoriosos;

como la voz del anciano era muy débil, sus ideas muy altas, y su estilo exquisito de belleza y, de cultura, el público daba muestras de un aburrimiento visible;

los ojos de muchos, se cerraban de sueño; había faces congestionadas de hastío; muchas bocas se contraían para sonreír, otras se mostraban prontas a silbar;

el orador lo comprendió, y apresuró el fin de su oración;

cuando terminó, aquellas manos, muchas de las cuales, habían aplaudido al juglar electoral, que las encantó con sus declaraciones, no tuvieron un aplauso para el viejo Apóstol, cuyo lirismo emocionante, habría sido capaz, como la lira de Orfeo, de conmover las fieras del desierto;

sólo yo me acerqué para felicitarlo, y, para estrechar aquella mano, que se había movido ante mí, como trazando en las tinieblas geroglíficos de luz;

el anciano, me agradeció emocionado, me dijo frases amables, y hablándome de mis campañas de prensa, que ya conocía, me dijo, mostrándome la Multitud: «No se desaliente usted, por la Ingratitud de la Gran Bestia; es necesario libertarla, a su pesar; no olvide usted, que por encima del Hombre, está la Idea; y es a la Idea, y no al Hombre, a quien servimos.»

y, se alejó...

lo seguí largo tiempo con los ojos, y comprendí que la Derrota, tiene formas más augustas que la Victoria;

y, aspiré a la Gloria de ser Vencido, única posible, en una época que marcha vuelta de espaldas a la Gloria.

*

**

Visita de mi primo Andrés;
un espantoso olor a yodoformo anuncia su llegada;
se siente orgulloso de eso;
a falta de otras batallas, ser herido en las de Amor, le,
parece una gloria;
cada uno tiene de la Gloria, la idea de la que él merece.
Andrés vino a proponerme, que ingrese en un Círculo
de Esgrima, que se ha inaugurado, y del cual, él es uno de
los fundadores;
este ejercicio lo enamora;
su temperamento de bárbaro, se exaspera al contacto
con una espada;
yo, acepto ser inscrito entre los socios del Círculo;
comprendo que para vivir en sociedad, es necesario
barbarizarse;
ya manejo bastante bien el bisturí, ¿por qué no he de
manejar igualmente la espada?
no se debe vivir desarmado, en medio de las fieras;
saber matar, es tan glorioso como saber morir.

*

**

¿Quién diría en qué estriba el poder y la sugestión de la Belleza?

la verdadera belleza es enigmática, guarda en el fondo de si, el secreto de lo inexpresado; el Misterio la envuelve, como un velo sutil, y, sin embargo intangible, que nos permite contemplar y no explicar la visión obsesionante y muda;

¿en qué estriba la belleza de ciertas mujeres?

¿en la euritmia simétrica de las formas? ¿en la armonía que enlaza y completa sus miembros y, rodea sus facciones de una atmósfera de perfección?

la verdadera Belleza no se explica, y es en su esoterismo, delicado y sutil, que reside todo el encanto y, el secreto de su fuerza;

la Belleza, es la Rosa Mística que tiembla en los jardines de Plotino; una atmósfera metafísica la envuelve; no tocarla;

explicar la Belleza es destruirla;

la Belleza, se siente aun sin mirarla, como el perfume de un bosque en la Noche;

su prestigio, nos envuelve como un efluvio;

tal me sucede a mí, desde que Rosa ha entrado en esta casa;

siento el ignoto sortilegio del deseo, y las músicas de la carne turban mis noches calladas, con sus ondas vibratorias;

es natural;

somos los dos únicos seres jóvenes de esta casa; los únicos en los cuales, canta la Vida su canción de Primavera;

estas otras vidas otoñales, que nos rodean, se agotan sin deseos, y son como pinares melancólicos que el sol oblicuo de la tarde proyecta sobre el valle solitario;

no esperan ya sino morir;

pero ¿nosotros?

en las noches, mientras yo leo, me parece que la oigo soñar;

¿en qué sueña?

¿qué desea?

lo que más me obsesiona en ella, son los ojos;

esos ojos de belleza lacustre; en cuyo fondo parece dormir el alma de todos los silencios;

cuando los contemplo, creo ver dos lagos bajo el plenilunio; dos lagos gemelos, en cuyo fondo yace el corazón del Misterio, partido en dos, y vivo sin embargo, bajo el temblor de aquellas ondas tenebrosas;

cuando me mira, siento la impresión de que voy a ahogarme en aquellos dos lagos de azogue;

y, me mira constantemente;

me sigue con los ojos adondequiera; y, cuando me alejo, seguido por sus miradas, siento que una marcha de silencios sigue mis pasos...;

el Silencio, es el alma de su ser;

sus labios herméticos, son hechos para el Silencio;

su ojos, son. abismos de Silencios;

cundo anda, parece que extendiera el Silencio a sus pies como una alfombra, y lo dejara en pos de sí como una estela;

la Taciturna, la llamo yo;

y, ella sonríe;

y, cuando sonríe, dejando ver sus dientes húmedos, y blancos, sus labios son como el arco votivo del Silencio, adornado de aljófares;

la infinita melancolía de sus ojos se ilumina; si yo la miro, como si presintiese que una insurrección confusa de deseos, va detrás de mis miradas, como un vuelo de gaviñanes furiosos;

tiembla si la hablo;

y, tiembla si la toco, si por casualidad mis manos chocan con sus manos, al servirme alguna cosa;

hace algunas mañanas, que viendo el retrato de Juliana sobre mi mesa, me preguntó de quién era;

con el rostro ensombrecido, vuelto hacia mí, parecía sufrir esperando la respuesta:

—De mi hermana—le respondí.

—Se te parece enormemente—murmuró;

y, un gran apaciguamiento, descendió sobre sus facciones agitadas;

yo, reí interiormente, ante la cobardía de negar mi Amor; y pensé que tal vez el destino del Amor, como el del Cristo, es el de ser negado antes de ser sacrificado;

¿qué velo sutil, me separa aún de ella, que no me atrevo a tocarla?

¿es mi timidez?

¿es su pudor?

ni mi retrato, ni el de Juliana, aparecen nunca adornados de flores, en cambio el de mi madre que está sobre la misma mesa con los otros, tiene todos los días, un ramo de rosas frescas frente a él;

esta atención, me conmueve hondamente; cuando un día, se la agradecí, me contestó enrojeciendo:

—Si yo tuviera un retrato de mi madre, haría lo mismo; como no lo tengo, adorno el de la tuya, y me parece que mi muerta lejana, me lo agradece;

y, así diciendo sus ojos se hicieron tristes, como un paisaje opacado por la lluvia;

nimbada de tristeza, su figura se hizo adorable, bajo aquel intento de lloro;

sentí en ese momento, extinguirse la llama de los deseos encendidas en mi alma;

me pareció que la sombra de mi madre, la protegía como un escudo.

*

**

Y, yo he dicho hoy:

¿por qué han callado sobre los cielos, las trompetas del Apocalipsis, que llamaban los hombres a las batallas?

los caballos alados; y los hipógrifos de fuego, han plegado las alas, vencidos en el corazón de la Noche, que no muere;

la Noche, cuyo vientre se ha fatigado de dar astros, y no produce ya sino cenizas;

su corona de jazmines de luz, se ha hecho un cilicio de lavas petrificadas...

embridados están los corceles de la tempestad, y el mundo ya no tiembla bajo la cuadriga de fuego, escapada al corazón del sol;

el mundo duerme;

¿adónde están los hombres, que lo poblaban?

eso me pregunto, viendo la quietud de este pueblo inerte, sobre el cual llueven todas las iniquidades;

ayer, el César ha tenido un festín de cadáveres;

era día de elecciones;

el Pueblo fiado en las promesas oficiales, concurrió a las urnas;

¿qué pedía ?

el triste privilegio de elegirse amos;

ni aun ése le fué concedido;

¿no tenía ya uno?

¿legisladores?

¿no había bastantes lacayos, en los dormitorios del Palacio de César, y si éstos faltaban, no había bastantes caballos en las caballerizas oficiales, para enviarles al Templo de la Ley, a legislar para el Pueblo Soberano?

¿no fué Cónsul el caballo de Calígula?

toda Ley, es una brutalidad, porque es hija de la fuerza, o se apoya en ella; ¿quiénes entonces, llamados a legislar sino los brutos?...

si el reinado de la Ley, es el reinado de la Bestialidad organizada, ¿qué más lógico, que las bestias que mandan, sean las que legislen para las bestias, que obedecen?

César, tuvo ayer terriblemente razón, al imponer la insolencia de sus lacayos, a la cobardía de sus esclavos;

y, se dió el placer de escoger todo, hasta el color de los arneses, para sus bestias legislativas;

a los unos, les puso toga, para que la arrastraran por el fango, como los paños galoneados de plata que llevan los caballos de los grandes coches fúnebres;

a otros, los enchamarró de rojo y de dorados, poniéndoles por gualdrapa, una casaca militar;

a otros, los enjaezó con grandes mantós violetas, y a guisa de cascabeles, púsoles pectorales de oro, en forma de cruz;

es a la yeguada episcopal, que debe los más bellos troncos de guía de su carroza imperial;

y, le guarda por eso, afecto y gratitud;

por propia experiencia sabe, que no hay bestia más fiel — si el pienso no le falta—, que una de esas que llevan una mitra en la cabeza, a manera de penacho, de corcel de coche rea ;

además, nuestro César, es muy religioso, por dos razones: la primera, porque es muy pillo; la segunda, porque es muy bruto;

desde los tiempos no muy remotos, en que siendo peón caminero, asaltaba los viandantes para desvalijarlos, hasta aquellos en que hecho guerrillero, fatigó por igual el asesinato y el pillaje, siempre fué la Religión su programa y su bandera, y nunca faltó la cruz en el estandarte, de aquel Constantino de las selvas, que apenas por la piel se distinguía, de las fieras circundantes;

cuando saltó del campamento al trono, lo hizo seguido de obispos y de curas macheteros, y su primera medida fué, dedicar esta democracia exangüe: al Corazón de Jesús;

desde entonces, no firma una sentencia de muerte, una ley de despojo, un decreto de destierro, que no sea en nombre de Dios, y para la mayor gloria de Dios;

ad maiorem Dei gloriam; ése es el lema de su Dictadura de caníbal;

con ese lema, es natural que el ható eclesiástico, lo siga con una fidelidad de tigres hipnotizados;

y, esta batalla de ayer, fué según el decir de ellos, una batalla para defender la Religión amenazada...

y la lidiaron con brío, contra un pueblo desarmado, tán religioso como ellos;

desde por la mañana, las mesnadas episcopales,
pusieron en movimiento;

los soldados, con permiso y vestidos de paisanos,
salieron de los cuarteles para ser los legionarios de la
conmoción;

la jauría de los estipendiados, abandonó las oficinas
nacionales y se lanzó a las calles, azuzada por sus jefes, y
libre de todo bozal;

traíllas de lacayos y, servidores, siervos de la nación,
salieron a ejercer el heroísmo de defender su servidumbre;

y, la batalla se comprometió, al pie de las urnas
electorales;

el Pueblo, que había creído en las promesas de César,
fué a votar;

y, se encontró con la punta de las bayonetas;

ensayó romper el cerco de acero, para ejercer su
derecho;

y, fué atacado;

las hordas prétorianas se desbordaron;

y, la carnicería oficial comenzó;

se disparó contra las masas inermes; se cargó a la
bayoneta;

matar, fué la consigna del momento;

matar a los herejes...

con esta consigna se atacó a todos; hasta a aquellos que
no eran electores, ni estaban en posibilidad de serlo;

inocentes transeúntes, mujeres, ancianos, niños
desprevenidos, gentes de servicio que iban o venían de los
mercados, fueron asaltados, arrollados, acuchillados...

y, las calles se llenaron de muertos y de heridos;

yo, vi refugiarse en los zaguanes de las casas, mujeres
ensangrentadas, y niños pálidos, perseguidos de cerca por
las bayonetas de los soldados;

vi ancianos valetudinarios, caer bajo los cascos de las
caballos, y ser heridos por el sable de esos cosacos en
delirio;

vi la muchedumbre, asesinada contra las puertas de las iglesias, que se cerraban ante aquellos fugitivos de la Muerte...

y, esas dragonadas, duraron hasta el morir del día;

cuando a las cinco de la tarde, yo me dirigí a la Redacción de *La Piqueta*, para escribir, estremecido de coraje y de horror, la epopeya vergonzosa de aquella horda de beduínos, encontré las esquinas de la calle, tomadas por los soldados, con orden de no dejar circular a nadie por allí, y alcancé a ver un pelotón de guardia, en la puerta de la casa donde se publica el periódico;

me dirigí al Hospital, donde creí que en mi calidad de practicante, podía prestar algunos servicios, y lo hallé lleno de heridos;

eran en su mayoría, mujeres y niños atropellados;

había gran número, heridos de bayoneta y de sable;

el depósito de cadáveres, estaba lleno;

las salas de operaciones, desbordaban de heridos, que no podían ser atendidos;

en mis brazos murió un niño de catorce años, que tenía el cráneo fracasado de una bala; apretaba en una de sus manos, una receta médica, dirigida a una farmacia de los barrios centrales; ¿qué enfermo esperaba, en agonía, la vuelta de aquel adolescente? ¿qué madre lo aguardaba?...

las patrullas recorrían las calles;

un silencio de muerte pesaba sobre la ciudad.

César, había triunfado;

y, de aquel pantano de sangre, parecía levantarse un clamor de vencidos, que partía del lecho de todos los agonizantes, y subía al corazón inmisericorde de la Noche, gritando:

Cæsar, morituri te salutam...

*

**

Mi primo Andrés, ha venido a verme;
está orgulloso y encantado de la jornada de ayer;
él, fué uno de los que cargó contra la multitud;
reía, contando el susto de las mujeres, perseguidas y
temblosas, ante la punta de las bayonetas;
y, contaba, como una muy bella hazaña, haber violado
una de ellas desmayada, en un portal;
rió ante mi indignación, y pareció más bien agradado
que ofendido, cundo le dije, que tenía el alma de un
legionario de Nerón;
su ignorancia de cosas históricas, lo pone al abrigo de
toda indignación a ese respecto;
su objeto primordial, era venir a decirme, que no
saliera, que me ocultara por unos días, porque en mi
calidad de colaborador de *La Piqueta*, gozaba del odio
policíaco, y era sospechoso a las autoridades;
me hablo de un político, antiguo amigo de mi padre, a
quien mis *locuras revolucionarias*, tenían muy
enriscado.
—El, será, pronto Ministro — me dijo como una gran
noticia.
—Si sus hijas son aún impúberes, y su mujer, no es ya
joven ni bella; con qué títulos aspira a ser Ministro de
César?...—le dije yo.
—Su hijo, es familiar del Arzobispo, y pronto será
hecho sacerdote;
callé;
en el hundimiento definitivo de toda Virtud, todos los
camino son buenos para llegar al triunfo, hasta los que
llevan a las riberas áridas y pestilenciales del Mar Muerto;
el primer crimen de la Tiranía, es borrar en el Hombre
la conciencia del Crimen.
Andrés, no lee mis escritos, pero mis palabras, tienen el
poder de enfadarlo;
él, tiene el culto de César;
su Bestialidad exuberante, lo seduce como una gloria;

él, también tiene un temperamento cesáreo, y la larva de la Tiranía, duerme en su corazón como en el de todo esclavo;

su voz, tiembla de emoción, cuando habla de César, y aun cuando permanece de pie, se siente que en ese momento, su alma está de rodillas;

mis apóstrofes contra el Amo Inmundo, lo sublevan, y siente la cólera de un creyente, que viera escupir el rostro de su dios;

¡miseria de miserias, que permite al Hombre, vivir en la Esclavitud y, enorgullecerse de ella!

la Libertad, es un estado excepcional, que no conviene sino a almas excepcionales;

hay que ser digno de la Libertad, para poseerla;

no se hace a un Hombre, libre;

se nace Hombre Libre;

no se liberta nunca a aquel que nace esclavo;

no hará uso de su Libertad, sino para hundirse más profundamente en la Esclavitud.

*

**

Era necesario a mi corazón, algo más que la visión roja, que durante tantas horas obsesionó mis pupilas;

era necesario algo suave, algo puro, algo misericordioso, que apartara mi espíritu, de la contemplación pertinaz del cadáver de aquel pueblo, al cual servía de sudario el manto escarlata de aquel César...

ese algo puro, ese algo suave, ese algo misericordioso, me lo dió el corazón de Rosa;

me lo dieron sus labios y sus ojos, cuando ayer, silenciosa como siempre, pálida con una palidez de angustia, los ojos fatigados de vigiliass, vino a mí, para suplicarme que no saliera, que no expusiera mi vida, que

no me pusiera en las manos miserables de los corchetes insolentes, que eran los solos dueños de la ciudad vencida;

me hablaba transida de pavor, y cuando evocaba los peligros que yo podía correr, todo temblaba en ella; sus manos de geranio, su cuerpo de alabastro, sus labios contraídos de terror;

el zafiro de sus ojos, se iluminaba de una luz extraña, y por primera vez, vi brillar algo al través de esas pupilas que eran cono el espejo de la Muerte;

una fuerza animatriz de los peligros, había en sus palabras, que temblaban en sus labios, adivinos como los de una Pitonisa;

la virgen se hacía trágica, al hablar de la Tragedia; una belleza nueva irradiaba en ella, una belleza vital, que yo no conocía...

—Si ayer, hubieras tardado más, yo habría ido en tu busca — me dijo —, porque todo me anunciaba que corrías un gran peligro; no conozco la ciudad, pero mi corazón me habría orientado en ella; yo habría rastreado tus huellas olfateando como una bestia en el monte, y habría sabido hallarte, para correr los mismos peligros tuyos, y caer contigo, si caías;

y, cuando así hablaba, toda la embriaguez del sacrificio temblaba en sus palabras;

un hálito ardentísimo la circuía;

y, algo reciente, desconocido en ella hasta entonces, y que se revelaba en aquel momento, parecía envolverla en una atmósfera de Milagro, que la transfiguraba a mis ojos;

se hacía bélica y tierna a la ves, y su belleza, era como impregnada e iluminada de un sol nuevo, de un prestigio recién creado, y que le venía de sus ojos, de sus extraños ojos de Misterio, que por primera vez, irradiaban, fulgían, y vivían, ante mi;

la revelación de su alma, se hizo en sus ojos, más que en sus palabras;

es verdad, que ella, la Silenciosa; había interrumpido la taciturnidad de sus silencios; pero no era su voz, la que había dicho todo, eran sus ojos, los que habían hecho el milagro de la Revelación;

cuando calló, parecía que su silencio, hubiese continuado en decir cosas misteriosas;

era un silencio lleno de sonidos, como el del agua de un estanque, sobre la cual la brisa canta el sueño estremecido de los rosales;

le tomé las manos sin decirle una palabra, y la besé en la frente primero, y la besé en los labios después...

ella se agitó con el ritmo suave de una ola; sus manos temblaron en las mías, como el corazón de una paloma prisionera; la sombra del vértigo, entenebreció sus ojos, y sus labios recibieron los míos, con la mudez ardiente, de una playa al recibir el beso de las olas;

¡misericordia de aquella hora, que me permitió ver a través del velo de sus ojos, su bella alma desnuda!...

la virgen, ya envuelta de nuevo en su silencio, se apartó de mí, y me pareció que su sombra al alejarse, hacía una estela triste, como la de un ánade al sumergirse en las aguas, a la luz del crepúsculo claudicante.

*

**

Me he despertada feliz, al recuerdo de la escena de ayer...

¡fué tan impensada, y de un candor tan exquisito, y una pureza tan rara, que ha dejado en mi corazón más que un recuerdo, la impresión de un perfume...; el perfume de un jardín de violetas respirado en la Noche!

ese perfume, impregna mis labios y, mis manos, y me parece sentir en éstas, el polvo de oro de las alas de una libélula un momento aprisionada;

mi ventura, debe irradiar en mi rostro, porque Andrés que vino a despertarme esta mañana, lo notó y me dijo;

—¿Qué te pasa?; hoy estás delicioso; hoy puede hablarse contigo; has olvidado a César y su política; ayer, eras la bestia revolucionaria; hoy eres otra vez un hombre de talento;

callé, guardando el secreto de mi ventura;

hay instantes efímeros, que tienen necesidad del Misterio para vivir; a la sombra de sus alas, adquieren un prestigio de siglos;

la poesía del Secreto, es un perfume: la Palabra lo evapora;

no hay nada más bello, que un secreto que duerme en la armonía de la quietud;

yo, tengo el pudor de mis sensaciones, y soy avaro de mis secretos;

yo, revelo siempre los dramas de mi Pensamiento;

guardo para mí solo, los dramas de mi corazón;

el corazón, no debe revelarse jamás;

el impudor del corazón, es más culpable, que el impudor del sexo;

un hombre, que muestra su cuerpo desnudo, guarda más dignidad, que un hombre que muestra su corazón desnudo;

revelar su corazón, es profanar su corazón; y, ésa es la última profanación, la de lo que hay en nosotros de más puro y, más sagrado;

a ese respecto, revelarse, es prostituirse;

y, ¿qué queda puro en un hombre, cuando ha prostituido ya su corazón?

*

**

Han estado a verme, condiscípulos y amigos;

han hablado de todo estrepitosamente, como en toda reunión de gente joven;

la Política y el Amor, han sido los dos temas principales de su conversación;

precisamente, las dos cosas que ignoran más;

la Política, es una Ciencia, y ellos llaman tal, la insolencia de este festín de bárbaros, a la linde de una selva ;

el Amor, es una noble pasión; y, ellos llaman tal, su innoble pataleo de bestias, sobre los lechos de mancebías ;

¿son ellos, más felices o más infortunados que yo?...

no podría decirlo;

pero, después de oírlos, me parece que he tomado un baño de fango; quedo como empapado de vulgaridad, y tardo largas horas, en recobrar la pureza y, la serenidad de mis ideas;

si éstos son, los hombres de mañana, ¿qué será de esta patria, mañana, en manos de esos hombres?...

todos son religiosos y viciosos; tienen el alma mística y lasciva de un novicio adolescente;

se desarrollan nefastos, y felices de sentir crecer su cerebro entre las manos de los sacerdotes, que los deforman; y, su cuerpo, entre los brazos de las meretrices que los consumen...

y, son dichosos de estas dos prostituciones;

¿qué suerte espera a esta tribu, desorientada, en este desierto ecuatorial, cuando caiga mañana bajo el dominio de estos hombres, que vivirán como sus antepasados, de rodillas ante una cruz, temblando ante el filo de una espada?

ellos, fatigarán como los de hoy, el Despotismo y el Servilismo;

no encontrando ya nada que vender, venderán la Patria;

fatigados de servir a sus propios amos, traerán amos extranjeros, para servirlos;

y, a éstos, no teniendo ya virtudes que venderles, les
venderán su corrupción;

y, con ella, les venderán la Tribu;

y, la Tribu dispersa, desaparecerá;

vendida por la Cruz y por la Espada.

*

**

Me siento feliz y fuerte, en estos largos coloquios
conmigo mismo, frente a frente de mi propio pensamiento,
dado a la Contemplación vigorosa de mis creaciones
mentales;

cada vez que desertando de mi Soledad, entro en la
Sociedad, siento que pierdo algo de vigor de mis ideas;

el aliento del rebaño, me da en el rostro;

y, hoyo del aprisco, temeroso de contagiarme del
pecorismo mental, que impera en él;

las ideas, no tienen virilidad, sino en la Soledad;

no se es personal, sino permaneciendo mentalmente
insula ;

aislado y solo;

como una roca en el Mar;

todo contacto debilita;

toda vecindad limita;

una Península, es ya la esclavitud del Continente; el
despotismo de la Tierra firme;

el aliento de la colectividad; la garra del Mundo;

¿una Isla ?

es poco;

una Isla, puede ser habitada;

un Islote;

un picacho desnudo, en medio del Océano;

allí, donde no lleguen sino las águilas vencidas por la
Tempestad;

allí, donde no se oiga sino el coro aullante de las olas,
que son los sollozos terribles, que salen del corazón del
Mar.

*

**

¿De qué esencia tiránica, misteriosa y, divina está
hecho el Amor?...

de la esencia del Deseo;

si el Deseo, es el Amor, sería preciso confesar que yo
amo a Rosa;

su belleza enigmática y taciturna, me obsesiona;

desde el día en que por primera vez, besé sus labios,
siento la sed inextinguible de ellos, y vivo en persecución
de los momentos, en que puedo violar la soledad, con el
ritmo cálido de un beso;

son raros esos momentos, en que su rostro hecho
extrañamente pálido, tiembla entre mis manos, como una
flor de cera virgen, pronta a romperse en pedazos y, a
morir;

sus ojos, se cierran, como si pidiesen al cielo, el olvido
de las cosas que la rodean, y sin embargo, bajo el velarium
de sus párpados, sus pupilas prisioneras tiemblan y brillan,
como dos globos de azogue, encerradas en un cristal
diáfano;

sus labios se contraen, como obedeciendo a un ritmo de
avidez interior, que le manda aprisionar los besos, que son
abejas nómadas, sobre el cáliz precario de las rosas;

su cuerpo todo, tiembla y, se hace luego rígido, como
una cosa inerte;

pocas noches hace, que se desmayó, cuando
aprovechando un momento de soledad, la estreché en mis
brazos, en el corredor oscuro y desierto...

volvió en sí, instantáneamente, y huyó, en el preciso momento en que doña Leonor, atraída por su grito, aparecía en el extremo opuesto, con una luz en la mano;

la extraña turbación de su alma, se refleja en las volubilidades de su conducta;

a veces se acerca a mí, silenciosa y confiada, como cautiva del encanto de la hora, se apoya en mi hombro y me mira leer; le ciño el talle con mi brazo y, se deja aprisionar, me da un beso furtivo, y huye... como si llevase consigo el secreto de su corazón;

otros días, esquivo hallarse conmigo, escapa si me ve, sus ojos no buscan mis ojos, y se envuelve en un silencio que parece hostil;

todas esas cosas, exacerbaban la violencia de mi deseo;

el ambiente todo está como saturado de su perfume, y, el mundo me parece concentrado en el verde-gris de sus pupilas misteriosas.

*

**

El jardín de la casa, es pequeño y umbrío, como el rincón de un parque mildieciochesco, en una acuarela de Watteau;

dos sauces, alzan cerca al muro sus formas nobles y tristes, impregnándolo todo del poder de su melancolía;

un banco tosco de piedra, parece esperar siempre amantes lejanos, que nunca llegan, para una cita a la sombra de los ramajes dolientes;

cabe los mirtos erectos, que aun en esta lejanía, tienen cierta gracia helena, crecen las violetas en una profusión perpetua, y su perfume tan suave, llega a veces a ser violento, a causa de su intensidad;

un arroyo muy débil, que es apenas un hilo de agua, murmurador y ligero, lo atraviesa de uno a otro extremo, y

se escapa por bajo de un muro, a los jardines cercanos; su extraña música, da no sé qué vaga poesía al paisaje, como si contara al jardín solitario, el vago idilio de almas que fueron muertas, en un ensueño de Amor;

las sensitivas de la orilla, se abren y se cierran, al beso de aquellas olas diáfanas, que tienen la limpidez de las pupilas de un niño;

anoche, ese jardín, envuelto en la sombra, como en un manto de gasas, parecía dormir;

yo, lo contemplaba desde las ventanas de mi aposento sin luz, las cuales había abierto, para que entrara por ellas la fresca brisa nocturna, que venia de nuestro huerto y, de los huertos cercanos, cargada del aroma de los árboles frutales, en el cual dominaba el penetrante olor de los duraznos florecidos;

hundiendo mi mirada en las penumbras espesas, vi a la sombra de los sauces, sentada en el banco de piedra, una forma blanca, que parecía una estatua tumbal;

era Rosa;

su actitud de inmovilidad, la blancura de sus ropas y de su rostro, del cual a distancia, los ojos parecían ausentes, le daban el aspecto estatuario y tumulario que mis ojos contemplaban;

los efluvios de las plantas y de las flores, parecían hacerse tangibles, como una nube de perfumes, que la envolviera, flotando sobre su cabeza, que un rayo de luna penetrante a través de los ramajes, ornaba, como de un yelmo de plata;

salté por la ventana misma, al jardín, anduve cautamente por los senderos estrechos y, me acerqué a ella;

me miró con ojos de hipnotizada; ojos sin caricias y sin reproches...;

me senté a su lado, y, le tomé las manos suaves, como dos margaritas en flor;

le ceñí el talle con mi brazo y, la besé en el cuello,
cuyas arterias se hinchaban al paso de la sangre
efervescente;

la besé en los cabellos profusos, llenos de un aroma
esencial, como de un flúido eléctrico, que parecía hacerlos
luminosos, como ciertas enredaderas de los bosques
tropicales; la besé en los labios, que se cerraron como una
flor bajo los míos...;

su rostro exangüe, se inclinó sobre mi hombro, y se
desmayó en mis brazos...;

la alcé como a un niño dormido, atravesé con ella el
jardín, entré con ella por la misma ventana por donde
había salido, y la coloqué exánime, sobre mi lecho...

la desnudé con fervor...

y, me acosté a su lado;

.....

amaneció;

fui el primero en alzarme del lecho; y, la miré dormir...

blanca, como un lirio inánime;

como un cadáver cándido, sobre una playa suave;

no tenía rojos sino los labios;

tan rojos, como las manchas de sangre que esmaltaban
el lecho;

¿era yo el Vencido?

¿era ella?

VENUS VICTRIX.

*

**

¿La Soledad, conduce al narcisismo?

tal vez;

pero, es bello inclinarse sobre el espejo de nuestro
propio Pensamiento, y no ver reproducido en él, sino
nuestro propio Yo, el rastro de nuestra propia Alma;

¿qué importa que a veces, ese rostro doloroso, esté bañado de lágrimas?...

es bueno amar nuestro Dolor;

no es bastante bella el alma de los otros, para apartarnos de la contemplación de nuestra propia alma;

abrasados a nosotros mismos, a nuestro propio Dolor, abrazamos al único ser que no nos abandona nunca, que no nos traiciona jamás;

la fuente devoró a Narciso, pero no lo vendió;

lo devoró por amor de su Belleza; cansada de reflejarla, quiso poseerla; y, sepultó al divino efebo, en el corazón luminoso de sus ondas de cristal;

¿murió Narciso, por el divino anhelo de besarse a sí mismo, besando su propia imagen, temblorosa en el fondo de las aguas?...

si así fué, murió besando el rostro del Único Amor Verdadero: *el Amor de Sí Mismo...*

el Amor de Sí Mismo, es el único amor que nunca engaña;

¡ay! por eso es, el único amor que nunca muere...;

¿he hecho yo traición a ese Amor, cuando he entrado en este otro Amor, jardín cerrado, a donde impera como un ídolo, el rostro enigmático y fatal de la Mujer?...

no lo creo;

amar, es amarse;

no amamos el objeto amado, sino que nos amamos en el objeto amado;

el Amor, es la más alta forma del Egoísmo;

¿es ésta una paradoja, para servir de excusa a mi Debilidad?...

tal vez;

no se sabe jamás lo que se piensa, dijo el otro, hablando de los *pensamientos del corazón...*

la vileza mayor del Crimen, no está en cometerlo, sino en negarlo;

arrepentirse de un Crimen, es ponerse por debajo de él;

no mostrarse a la altura de su Crimen, es la única vergüenza concedida a un criminal;

tener el orgullo del Crimen, es lo único que lo justifica;

el arrepentimiento, es la conciencia de los idiotas;

el deber del Hombre Fuerte, no es arrepentirse de haber amado, sino hacer arrepentirse a los otros, de haberlo amado...

no es el león, el que se arrepiente de haber devorado la liebre que se acercó a él;

sería la liebre, si viviera, la que se arrepentiría de haberse acercado al león.

Cave leonem.

*

**

La Voluptuosidad, no es una rosa, paradójica del jardín de los amores;

no;

la Voluptuosidad, es el Amor, todo el Amor...

me ha bastado hundirme en ella, para sentir saturada de amor hasta la última partícula de mi ser;

todo florece y, reflorece en mí, bajo las manos de este jardinero ideal, que pasa en los silencios profundos, haciendo abrirse todas las rosas y, cerrarse todos los convólvulos, en el gesto ardiente y rítmico de las bocas cuando besan;

antes de haber amado el Amor, sobre ese lecho de nardos que es el cuerpo de Rosa, la Taciturna, en cuyos ojos cantan las tormentas como un coro de nereidas vencidas, dando al sol sus desnudeces, sobre el oro de una playa, yo no conocía, sino el Placer tosco y brutal de un ayuntamiento de bestias, en un orgasmo de monos;

esos ayuntamientos, me impregnaban de asco y de vulgaridad, para muchos días; y, veía con disgusto, acercarse la hora, en que las crisis invencibles de mi

sensualidad, me llevaban a arrastrarme en esa playa abierta a todos los naufragios, que es el vientre de una meretriz;

yo, odiaba ese amor, como una imposición brutal de la Naturaleza, y no pudiendo rebelarme contra él, me resignaba, refugiándome en largas abstenciones, que eran como reposorios de castidad, parasitaria y, terrible;

pero, desde el instante en que la fuente del verdadero amor; me fué revelada en la belleza corpórea y, cuasi impúber, de esta dulce criatura violada por mis besos, siento tal necesidad de él, que agoto mi vida en apurarlo, con una sed inextinguible, que parece venir de los labios inexhaustos y sitibundos de todos los hombres que murieron sin amar;

ella corresponde a mis deseos, con una mansedumbre suave, que no excluye la violencia tenebrosa con que me estrecha en sus brazos;

todos los lugares, y, todos los instantes, nos parecen buenos para el amor, y mis manos se sienten como huérfanas de todo contacto, cuando no tienen prisionera en ella, la blanca florescencia de sus formas, y mis ojos, se creen privados de la magia de todas las visiones, si no ven retratarse mi rostro, en la belleza acuática de sus ojos soñadores;

nuestras noches sin sueño, son como un brasero divino, en el cual, nuestros cuerpos se consumen, en las llamas nunca extinguidas y, siempre renovadas de los perpetuos deseos;

lo mismo su lecho, que el lecho mío, los bancos del jardín y, los céspedes del huerto, todos han sido reposorios propicios a nuestros besos de amor; las noches con sus tinieblas, las albas con sus clarores y los largos crepúsculos que mueren, cubriendo de un velo rojo los almendrales en flor; horas amables son a nuestro Amor y, horas cómplices también...

ayer tarde, en el jardín, ella era como la transfiguración de todas las bellezas; de todo lo que moría en el oro del crepúsculo y, de todo lo que nacía, en el azul creciente de la Noche;

callábamos, como si recibiésemos de manos invisibles la bendición de nuestra felicidad;

parecíamos vagar en los limbos de un sueño sutil, más allá de los límites miserables y estrechos de la Vida;

el roce de sus cabellos sueltos, que por intervalos la brisa traía a acariciar mi cuello, me producía la impresión sutil de un hilo eléctrico, que hacía vibrar todo mi ser;

los sauces, balanceaban sobre nosotros sus cabelleras en duelo; a nuestro lado, los mirtos florecían, y los laureles rojos susurraban en su sanguíneo follaje;

el temblor de las flores y de las hojas, parecía formar una armonía conceptuosa y grave, apta para la incitación a los grandes sueños de la Melancolía;

los perfumes que nos rodeaban, se hacían casi densos, a fuerza de ser múltiples y penetrantes; se diría los de un velo cuasi impalpable, húmedo en jugo de lirios;

su traje azul pálido, la envolvía como en una nube, y tenía sobre las rodillas, un ramo de rosas rojas, que parecían empurpurar sus manos, en una ola de sangre.

—¿En qué piensas? — le dije, viéndola así, tan absorta, y como temeroso de disipar su ensueño.

—En la Muerte—me respondió lentamente, gravemente, sin alzar los ojos de las rosas, que parecían fascinarlas, y añadió luego, con la misma voz, impersonal y de somnambulismo—: Anoche soñé, que tú me habías matado; y, la voluptuosidad de morir bajo tus manos, fué superior a todas las voluptuosidades, que me has hecho gozar hasta hoy;

y, como si el Silencio, fuera el sudario preciso a aquel sueño de Inmolación, calló, acariciando con ternura la sangrienta belleza de las rosas;

su acento me hizo mal;

¿por qué ese sueño de Muerte, en plena Vida de nuestro Amor?

no me atreví a interrogarla;

apenas si le dije:

—Si tú me amaras, no soñarías así.

—Si te amara — me dijo, y levantó sus ojos hacia mí, sus grandes ojos indescifrables, como llenos de un divino sopor—. Si mi amor, no es amor, no existe Amor sobre la Tierra; te he dado cuanto soy y, cuanto tengo; te he dado mi Vida; si quisieras mi Muerte, yo te la ofrecería, con un placer igual al que te he dado mi cuerpo...

aquella idea y, aquella voz, me hacían igualmente mal; por primera vez, la veía pensar;

eso la empequeñeció a mis ojos;

la delicada criatura de amor que es la Mujer, nacida para darnos todos los placeres de los sentidos, y de los sentimientos, puesta a pensar, es un ser anómalo y pernicioso, llamado un día a sernos fatal;

no hay un animal más peligroso, que una mujer que piensa;

desde que una mujer, entra en el Pensamiento, entra en la Tragedia, cuando no, en el Crimen;

una angustia vaga me poseyó, como si de todas las flores del jardín, subiesen voces amenazadoras, y tuve una sensación de angustia tan grande, que interrumpí el diálogo, y poniéndome en pie le dije:

—¿No entramos? doña Leonor ha llamado;

me siguió, dócil como un niño, y cuando la besé para despedirme, sentí que temblaba, como si la angustia de su sueño, estuviese difundida por todo su cuerpo.

*

**

Nada, ni la Política, que es también una pasión de rebaño, logra hacer de mí, un hombre colectivo;

permanezco en ella como un aislado, rebelde a sumarme en ninguno de esos apriscos transitorios, que se llaman los partidos;

si yo perteneciera a un Partido, tendría un jefe;

y, si yo tuviera un jefe... ¿qué sería entonces de mi libertad?

yo, no me busco amos.

César, y sus paniaguados, que se creen los amos de esta tierra en que yo nací, lo serán de los otros, pero no lo han sido y no lo son míos;

yo, he permanecido libre bajo su despotismo vergonzoso;

ellos, podrían cargar de cadenas mi cuello, pero, no podrán nunca esclavizar mi alma;

en el fondo de una ergástula, yo permanecería libre como Epitecto;

no soporto ningún yugo; ni siquiera el de las ideas;

yo, mando mis ideas, no las sufro;

toda idea que llega a mí, se disuelve al choque con mi cerebro; no entra en él sino atomizada.; un proceso de disgregación, de asimilación y, de reconstrucción, se opera entonces, y, nuevas larvas de ideas, surgen de las ruinas de aquélla; yo, las disciplino, las domino, y las encamino al fin que me he propuesto;

si no soporto ni la idea de la Tiranía, menos soportaría la tiranía de las ideas;

igual cosa me sucede con los sistemas;

me gusta entrar en ellos, como entro en una antigua torre secular, para verla por dentro, estudiar sus tesoros arquitectónicos, y mirar desde sus ventanas, los valles llenos de vida, y los cielos pletóricos de luz;

pero, no amo quedar dentro de la torre, murarme en ella, y hacerme el prisionero de su mole;

eso no;

¡libertad! ¡libertad, libertad!...
¿qué queda de un espíritu sin libertad?...
nada, ni siquiera un espíritu;
esta rebeldía a agruparme, me hace odioso aun a los
mismos grupos de rebeldes;
los libres, me hallan demasiado libre, y los partidos, no
pudiendo esclavizarme, gritan contra mi rebeldía a la
esclavitud;
así ha sucedido ayer, en la Redacción de *La Piqueta*;
se trababa de elegir Director del periódico, para darle
nuevas orientaciones, y una actitud más implacable en la
política;
desde luego, mi nombre apareció el primero, entre los
candidatos a ese puesto;
el elemento joven lo sostenía, con brío y con tenacidad;
la oposición, que apareció al principio, débil, reservada,
tímida, se fué acentuando luego, cobrando fuerzas, hasta
hacerse violenta e implacable;
se me hallaba demasiado despótico, y había necesidad
de un Director manejable;
los intereses, hicieron su aparición en contra de las
ideas, es decir, los accionistas se impusieron a los
escritores, y mi candidatura fué estrepitosamente
derrotada;
un viejo *cuistre*, célebre por sus deslealtades, hoy
enemigo de César, después de haberlo servido, fué electo
Director, y se buscó excusa a esta cobardía, diciendo que
el viejo escritor era muy pobre, y yo era rico...
se me colmó luego de elogios, y se puso mi nombre el
primero, a la cabeza del cuerpo de redactores...
yo, los dejé hacer...
¿qué me importaba a mí, todo eso?
¿qué me importa?
¿no sé yo, que la política, es una lluvia de inmundicias,
y es preciso impermeabilizarse contra ellas?...

pues que estoy en la prensa, es necesario habituarme a este relente de Circo, que se escapa de ella;

es preciso habituarse al establo de Augías, ya que no puede limpiársele;

y, yo me entretengo, en escuchar el relincho de los caballos de Diómedes, prontos a devorar a su amo.

*

**

La angustia del vivir, es, un contagio;

no salimos de nuestro Dolor, sino para tropezar por todas partes, con el Dolor de los otros;

cuando confiamos a otro nuestra pena, sentimos como si hubiésemos arrojado un peñasco en un abismo;

el ruido que hace la mole al descender, chocando contra las entrañas de la roca, nos asorda y nos asusta...

sentimos el vértigo del vacío;

y, el clamor informe sube...

¿ese ruido es en el corazón del otro? ¿es el Dolor del otro, el que grita?...

¿es nuestro Dolor, y el grito de nuestro corazón, el que escuchamos?

¡ay! casi siempre, es el choque de dos dolores que se encuentran, y producen ese clamor hondo y desconcertante, que semeja el de dos olas enormes, que se encuentran y se rompen, la una contra la otra, al pie del mismo farallón, en el corazón solitario de los mares;

eso pensaba yo, ayer oyendo las confidencias inocentes y dolorosas de Rosa, la historia de su infancia sin ventura, su orfandad reciente, su desamparo absoluto;

la oía sin conmoverme, como se oye la voz del agua que corre cerca a nosotros, en un hilo débil, como oíamos la del arroyuelo que corría, apacible y transparente a nuestros pies, haciendo remansos plácidos, que la luz

vesperal hacía rojos, como un vino del *Vomero*, vertido en una copa de plata;

el aire era vibrante en torno nuestro, y todo era de un ritmo pausado y grave, desde el eco de su voz musical y calmada, hasta la corriente de nuestra sangre sin tumultos;

y, el vuelo de nuestros pensamientos, vueltos hacia el pasado, como un enjambre luminoso, huyendo hacia orientes lejanos...

sus manos, prisioneras de las mías, no temblaban; eran como dos torcaces enfermas, felices de sentir el calor vital que las envolvía;

su cabellera, peinada en bandas, le cubría hasta parte de las mejillas, y le ocultaba las orejas, dándole el aire de estar tocada con un casco de acero, como el de los arqueros adolescentes, que se ven en ciertas metopas asirias ;

su boca triste, era como una urna a medio abrir, de la cual se escaparan cenizas impalpables, en el sonido de aquella voz confidencial y, reminiscente;

sus grandes ojos, que tenían a esa hora, el color arborescente del paisaje, estaban atónitos como siempre, con las pupilas enormes, engrandecidas y fijas, como si estuviesen impregnadas de atropina, y mirando inmóviles, hacia el fondo del jardín, lleno ya de perplejidades nocturnas;

de súbito, aquella quietud de estatua, pareció animarse; sus manos se desprendieron de las mías, para cruzarse en actitud de súplica; su voz, se hizo violenta de angustia, tierna hasta el sollozo; sus ojos se animaron, como poblados de miriápodos luminosos, y se volvieron hacia mí; con una tristeza desesperada de locura, diciendo:

—Y, ahora... ahora no te tengo sino a ti... qué sería de mí, si tú me abandonaras?

y, se abrazó a mí, medrosa y violenta, como buscando un refugio en mi corazón;

no tuve el valor de responderle, ni de consolarla;

la dejé llorar sobre mi pecho;

¿qué podía decirle?

yo, era en ese momento, como un hombre a quien un relámpago despierta a la orilla de un precipicio...

¿ella pues, creía eterno aquel amor, y confiaba en reposar y apoyarse en mí toda la Vida? ¿creía tener un derecho sobre mí? el derecho de ser amparada y sostenida... ¿su amor, me creaba pues un deber?

ante este principio de esclavitud, tembló mi corazón, pálido ante el peligro;

sentí el horror de la cadena, y me pareció que aquellos dos brazos, antes tan amados, me ceñían el cuello con la dureza de un yugo; y, me separé de ellos, brutalmente;

ella me miró atónita;

¿comprendió algo en la violencia impulsiva e irreflexiva de mi gesto?...

ello es que quedó inmóvil, tendidos a lo largo los brazos desprendidos de mi cuello, más pálida que nunca, los ojos como dementizados, la boca contraída en una mueca de angustia...

yo, la miré casi con horror, como si viera aparecer en ella, un fantasma: el fantasma odioso del Deber...

tuve piedad de su actitud, y la abracé de nuevo, y de nuevo la besé y, quise consolarla...

vano esfuerzo de ternura; algo cruel, algo abominable, se había alzado entre nosotros: el Deber...

el enemigo de la Libertad...

el más cruel y, el más vil de todos los tiranos: el Deber...

un amor que cría un deber, no es ya un amor; es una esclavitud;

¿cómo amar una esclavitud?

toda cadena es odiosa, aunque esa cadena, tenga por eslabones, los brazos de una mujer...

y, ella, momentos antes tan bella y tan amada, aparecía ahora a mis ojos, con las facciones rígidas y hoscas, de ese símbolo de todas las servidumbres: el Deber...

marchamos hacia la casa...

así, caminando a mi lado, apoyada en mi brazo, que apenas tocaba, me parecía que me pesaba enormemente, casi hasta rompérmelo...

y, aquel ser, todo gracia y armonía, y fragilidad, tenía ahora, el peso brusco y abrumador de un fardo: el fardo del Deber...

y, cuando se separó de mi, para perderse en los corredores oscuros de la casa, tuve por ese ser tan amado, casi un ímpetu de odio el odio del Deber;

y, pensé, que un Hombre Libre, no tiene sino un solo Deber: *violarlos todos*;

el Deber, es un Tirano; y, el que no mata a un Tirano, merece su esclavitud.

*

**

Hay minutos extraños en la Vida, en que todo lo azul, todo lo inefable que había en nosotros, se borra, se confunde, desaparece, en un negro profundo de desesperación;

nuestra sensibilidad, puesta al desnudo, sufre de rara manera al contacto con todo, hasta con las alas frágiles de nuestros sueños;

es la hora en que lloramos aquellos lágrimas irrazonadas, de que habla Tennyson

Tears, idle tears, I know not what they mean;

¡lágrimas, vanas lágrimas; yo no sé lo que quieren decir!...

en esas horas de depresión sentimental, no se tiene fuerza de nada, ni siquiera de afirmar nuestro dolor;

bajo la influencia de ese veneno envilecedor, que es la ternura, somos como una cosa inerte, apta únicamente para sufrir...

incapaces de todo, hasta de la ensoñación, los paisajes se nublan, como bajo una lenta lluvia de angustia, que viene de cielos muy remotos, los cielos siempre irrevelados del Misterio...

nada real, viene a herir nuestro corazón, y sin embargo, sentimos que se rompe bajo las manos de algo que no tiene formas, que no tiene nombre...

¿por qué está tan triste mi corazón?

¿qué nace en él?

¿qué muere en él?

parece que en un mismo instante, algo abriera los ojos a la Vida, y algo los cerrara para siempre, en el fondo de mi corazón;

las reacciones de estos estados morbosos del espíritu, son siempre reacciones de violencia o de fuerza, en que el Yo integral, surge otra vez, entero y dominador, dispuesto a conservar el reinado absoluto de su personalidad, a costa de todos los sacrificios, aun el de su propio corazón;

es entonces que para libertarnos, queremos arrojarlo todo en el Olvido... todo, hasta las cenizas impalpables de nuestros sueños...

y, eso, ¿para conservar qué?

el derecho a la Soledad...

Soledad, es Libertad...

*

**

Los galos de César, me muerden los talones;
han recibido la consigna de ladrarme, y desde entonces,
no cesan de ir en mi seguimiento los perdigueros de la difamación;

¿por qué contra mi y, no contra los otros, ese furor de la trailla?

varios somos los redactores de *La Piqueta* varios y violentos;

¿por qué sólo contra mi viénense, y conmigo encáranse, los canes amaestrados de Tiberio?...

porque sólo yo, ataco al Idolo, y he querido, como al dios del Serapeum, henderle la cabeza con el hacha;

yo, he puesto al desnudo, la miseria moral del César, y el César se venga, decretando contra mí, los hocicazos de su prensa...

y, de todas partes, de las perreras, de las caballerizas y de los establos oficiales, parte el dicterio contra mí...

no es ya sólo la hidrofobia aullante de los periódicos cesáreos, y el relincho de sus corceles parlamentarios, sino que hasta el mugido de las vacas apacibles de la magistratura, se ha alzado contra mi, y se habla de llevarme a los tribunales, por insultos al Salvador de la Patria;

profesores doctos en servilismo, han discutido expulsarme de la Universidad;

y, mi primo Andrés, ha venido a participarme, que el *Círculo de la Esgrima* al cual pertenecíamos, ha resuelto rayarme del número de sus miembros, por injurias al Jefe Supremo del Ejército, que es César...

todo lo ha agotado el furor verbal de los esclavos...

todo: menos mi desprecio por ellos...

hoy, se lo grito más alto que nunca, en el editorial de *La Piqueta*.

frente a la adoración del Crimen, no hay más deber que ir con la misma fuerza contra el Idolo, y contra los adoradores; y, aventar las cenizas del uno, por sobre las cabezas ya vencidas de los otros.

*

**

Pasan veloces los días de la Ventura, sin que dejen en nuestro corazón, otra huella que la que deja el agua fugitiva, que se escapa de las cuencas de nuestras manos...

desde el día, en que los labios angustiados de Rosa, me revelaron su creencia en la perpetuidad de nuestro amor, ese amor se ha teñido en mi corazón, de una sombra de tristeza... vaga y cruel, como la sombra de un Presagio...

no sé por qué, desde esa hora me pareció que pasábamos el meridiano de nuestra felicidad, y entrábamos en la zona despiadada de la Tragedia...

¿era el rostro del Deber, del fantasma estrangulador, el que apareciendo en nuestras almas, había turbado el lago azul de nuestros sueños?...

yo no lo sé, pero me parecía que en los ojos mismos de Rosa, aun cuando dormía, a través de las párpados cerrados, se veía engrandecer algo siniestro...

si los abría, parecía que todo un cielo de Fatalidad, se desplegaba ante los míos;

tuve ya miedo de mirarme en ellos; me parecía que era un cadáver lo que flotaba en aquellas pupilas quietas, como las aguas dormidas;

¿el cadáver de qué? ¿de quién?

¿el cadáver de nuestro amor?

¿iba pues, a morir nuestro amor, o al menos mi amor, estrangulado por el Deber?...

¿había bastado la aparición del uno, para la lenta eliminación del otro?

¿no podían coexistir ambos en mi corazón?

el deber de amar... ¿no es ésa una forma de amar el Deber?...

¿podía yo amar esa esclavitud?...

todo eso torturaba mi ánimo enormemente, y se diluía en una gran misericordia, hacia la criatura torturada, que yo veía sufrir a causa de mi conducta inexplicable;

y, grandes crisis de ternura, se sucedían entonces, pero, de una ternura morbosa y turbada, que venía, en ella de la necesidad de consolarse, y en mí de la pasión de olvidar...

¿olvidar, qué?

la visión del Deber, apenas entrevista, en sus pupilas oscuras, y en sus palabras de pena...

y, he ahí que ese fantasma, iba a condensarse, a tomar forma, a hacerse carne ante mis ojos estupefactos;

¿cómo?

esta mañana, al despertarnos, a la hora del alba, hora en que todos duermen en la casa, ella perezosa prolongaba su sueño, y yo para acabar de despertarla, con el frío, tiré hacia abajo las ropas del lecho, y contemplé su cuerpo desnudo, como un lirio de cristal;

dormía boca arriba, con los ojos entrecerradas, y la cara vuelta hacia mi lado, como si guardase la actitud y, la impresión de nuestro último beso;

sus pechos, me parecieron más pequeños, más blancos, como dos magnolias en botón;

peró, su vientre, me pareció desproporcionado;

lo toqué;

se quejó bajo la presión de mi mano;

la interrogué;

sí... hacía dos meses, que no estaba enferma...; sus funciones naturales, se habían suspendido, sentía náuseas, tenía vahidos...

no había duda: estaba en cinta.

—¿Por qué no me lo habías dicho?— le dije, con una voz que quería ser suave, pero en la cual vibraban mal ocultos, la cólera y el espanto...

—Temí disgustarte, y, que acabaras de hastiarte de mí... —dijo con una voz en que parecía sonar el eco de muchos dolores sufridos en silencio, y ahora mismo rebeldes a denunciarse;

no recogí siquiera la alusión;

me dejé caer de nuevo en el lecho, y escondí el rostro
en las almohadas, para ocultar la furia y la desesperación
que me asaltaban...

la sentí levantarse;
me besó en el cuello descubierto;
y, se alejó...

*

**

Todo Código es un atentado contra la Libertad;
es el Despotismo de la Insolencia de los más,
imponiéndose a la Cobardía de los menos;
toda Ley, es la carraca del asno, en las manos de Caín;
el sacrificio de Abel, no cesa nunca, en el bosque
enmarañado de los códigos penales;
en el alma de toda Ley, duerme el alma de Shylock;
del ayuntamiento del Miedo de la liebre, con la
Ferocidad del chacal, surgió la Ley...

lo absurdo yace en el fondo de la Ley, como el morbo,
en el fondo del pantano;

¿no veis cómo, ella condena al que da la Muerte, y
glorifica al que da la Vida?...

vil teoría de esclavos, felices con su cadena;
no;

el Crimen mayor, no es el Asesinato;

el Crimen mayor, es la Paternidad;

dar la Vida, es un Crimen más cobarde y, más vil, que
dar la Muerte;

aquel que da la Muerte, mata el Dolor; aquel que da la
Vida, crea el Dolor;

aquel, que viene a matarme, o a mataros, sabe que
viene contra seres vivos, que pueden defenderse y
ultimarlos; sabe que la Ley, vela a las puertas de nuestras
casas, y el Verdugo, está más allá para castigar su Crimen;

pero, ese otro que en un raptó de egoísmo bestial, evoca de la Nada, un ser inerme que duerme en sus entrañas, que no pide vivir, ni llorar ni sufrir, que no puede defenderse de esa imposición brutal y cobarde, y le da la Vida, y le impone la Vida, sabiendo que la Ley, la loba implacable, está a la puerta, no para castigar sino para proteger su Crimen, y que más allá, no está el Verdugo para cortarle la cabeza, sino la Sociedad, para coronársela de flores venerables, y saludarlo con el título, cuasi sacerdotal de *Pater familias*;

y, mientras más sean los crímenes que cometa, es decir, las vidas que imponga, mayores son las virtudes que se le conceden y los honores que se le dan...

porque él, es el fundador o el perpetuador de las tres ergástulas: la Familia, la Sociedad, y el Estado; él da de sus riñones, siervos para él, para el César y, para Dios; él da creyentes para la Religión, y contribuyentes para el Estado; improvisador de desventurados, de siervos y, de parias, él sabe que engendrando hombres, engendra el Dolor y la Esclavitud sobre la Tierra; se complace en ser el cómplice de Dios, en esta obra de abominación, que es la Vida, y, siente el orgullo insolente de su Crimen...

un hombre que quitara la Vida, a media docena de hombres y mujeres, no habría horcas bastantes para ahorcarlo, en los callejones sin salida del Código Penal;

y, un hombre, que impone seis vidas, de hombres y de mujeres, es decir, seis semilleros de Dolor, de Desolación, y de Miseria, no hay rosas bastantes para coronarlo, en los rosales inagotables, de la humana perversidad...

todos tienen horror, del Criminal que ha matado un Hombre;

nadie tiene horror, de ese Criminal, que ha creado un Hombre;

la víctima de un Asesino, no le besa la mano, ni le dice : «te agradezco la Muerte que me das»;

pero, un hijo, si besa la mano de su padre, y, le dice:
«te agradezco, la Vida que me has dado; te agradezco, el
cúmulo de dolores, que el orgullo de tu sexo, ha creado en
mí»;

los verdugos, piden perdón al reo, antes de quitarle la
Vida;

ningún padre, pide perdón a su hijo, por el Crimen de
habérsela dado;

antes, le pide el respeto y la sumisión, al crimen
cometido;

si os hallarais en la calle un hombre que os dijera:

—Mi mujer y yo, hemos matado a un hombre; os
invitamos para descuartizarlo--; huiríais asustados de
aquel loco, o de aquel monstruo;

y, todos los días, os encontraréis con alguien, que os dice,
u os escribe : «Mi mujer ha dado a luz, un niño»;

y, os invitan a su bautizo;

y, veis, acaso con agrado, cómo a la crueldad
inconsciente, de haber dado la Vida, a aquel ser que llora,
añaden los padres, la crueldad de alimentarlo y
conservarlo, para que lllore toda la Vida...

¡oh! ¡cómo el Hombre es cruel!...

la Divinidad, no tiene mayor cómplice que la
Paternidad;

sin ésta... qué sería de aquella?

¿sobre quién reinaría?

¿quin perpetuaría sus rebaños de siervos?...

un Hombre Libre, no debe imponer a nadie, la
Esclavitud de la Vida...

y, he ahí, que yo, el Hombre Libres, he dado la Vida...

¿qué haré ahora, perplejo ante mi Crimen, que crece y
que florece, en una primavera de desastre?

cuál es el único deber, de un Hombre que da la Vida?
suprimirla...

¿cuándo?

¿cómo?

voilà l'affaire...

*

**

No puedo leer, no puedo escribir, no quedo estudiar...
todo, hasta la pasión de la Política, ha desaparecido en
mí, absorbido por mi preocupación del momento...

si doña Leonor, se entera, qué será de esta pobre
huérfana?

caerá sobre mí, que la he deshonrado...

y, pesará sobre mí, toda la Vida...

y, tendré una mujer, y un hijo;

y, tal vez, varios hijos...

y, ¿mi carrera ?

y, ¿mi libertad?...

¡ah! nunca, nunca... todo antes que alguna esclavitud;
ella, ha sido la primera en venir a mí, rendida y triste,
para decirme...

—Ya ves... esto no puede continuar; mi tía, no tardará
en apercibirse... ¿qué será entonces de mí? es necesario
que antes salga yo de aquí...—y acercándose aún más a
mí, como si temiese que alguien la oyese añadió, bajando
los ojos y la voz — o que salga de este trance, antes de
que ella se aperciba;

la comprendí...

—Si — dije, y la miré, en los ojos, que eran en ese
instante, como una laguna de resignación, sobre la cual
pasara un aliento mortífero.

—Tú, vas a doctorarte pronto, sabes ya lo bastante de
medicina para eso; yo, tendré valor; todo, menos la
deshonra...

y, al decir así, temblaba, y parecía que sus cabellos, y
su cuerpo todo, producían un rumor de hojas muertas,
cayendo lentamente, cansadamente, en un sendero sin
ecos...

el cielo vespertino, la envolvía en un halo bermejo, en el cual parecía más blanca su suave figura de martirio...

—Es verdad — la dije—, déjame pensar;

y, no tuve el valor de decirle que hacía mucho lo había pensado, y, añadí con una hipocresía, que ahora me parece un exceso de perversidad;

—Eso, es muy grave; podría traer consecuencias fatales para tu salud; perturbaciones para toda la vida...

—No importa, no importa; ¿qué nos importa mi salud de mañana? lo que nos importa es ahora...; salvarnos ahora; antes que nadie lo note, ¿no crees que ahora será más fácil?

la miré bien, y su vientre combado, acusaba ya curvas demasiado amplias, para que fuesen .naturales;

unas semanas más, y, doña Leonor, que había sido madre— una madre feliz, porque había perdido todos sus hijos—notaría los síntomas del embarazo; además, la falta de apetito y, las náuseas constantes, podrían denunciarla antes;

yo, he tenido siempre una repugnancia fisiológica, por el proceso de la gestación, y las mujeres encinta;

y, lo sentía ya, por aquel cuerpo que empezaba a deformarse con el crecimiento del ser misterioso, no nacido y ya odiado, que yo había depositado en aquellas entrañas;

un frenesí de muerte me poseyó, y un largo estremecimiento sacudió todo mi cuerpo, y se fijó en mis manos, que estrechaban las suyas:

—Sí — le dije—, es necesario que eso sea cuanto antes; debemos destruir aquello que creamos; debemos dar la Muerte, a aquello que dimos Vida; el derecho de crear, da el derecho de destruir...

mis palabras se hicieron como vivas y voluminosas, y parecieron prolongarse en el Silencio, como un puñal tendido hacia el corazón mismo de la Muerte...

se abrazó a mí, en una crisis violenta de lágrimas;

ensayé consolarla, pero sin poder vencer al abrazarla.,
la invencible repugnancia, que me inspiraba su
maternidad...

no quise tomar su cuerpo, profanado y, deformado por
la fecundidad;

me parecía que un ser extraño se alzaba entre los dos,
para impedírmelo;

el ser odioso y fatal, que yo había engendrado en su
vientre.

*

**

Esta mañana, al tomar en la farmacia del Hospital, el
polvo ligero y tenue, que absorbido por ella, ha de
aligerarla de ese peso de Vida, que lleva en el seno
grávido, mis manos temblaban, como si cometiese un
robo, o fuese a despojar de sus joyas, un cadáver muy
amado;

contemplando aquel polvo obscuro, inerte,
completamente inofensivo en mis manos, pensé en su
poder destructor, en la fuerza con que una vez ingurgitado
expulsaría de las entrañas a un ser vivo, que no esperaba
sino nacer, y tomar bajo el sol, su miserable lote de
dolores;

y, este poder de dar la Muerte, de suprimir la Vida, en
germen, me infundió un terrible orgullo destructor...

tener en mis manos la Vida y, la Muerte, me preció una
cosa tan grande, que sentí el vértigo de la Omnipotencia ;

y, por un momento sentí vivir en mí, el alma maléfica
de un dios;

y, cuando horas después, deslicé, furtiva y
subrepticamente, en manos de Rosa, la medicina
destructora, que había de libertarla, me asaltó un terror
súbito, tan grande, que aun en este momento no me deja;

apenas tuve tiempo, para darle instrucciones, sobre la manera de tomarlo;

y, añadí

—Pero, hoy no; espera hasta que hablemos de nuevo...

sonrió, con una sonrisa tan melancólica, como yo no había visto nunca en su rostro taciturno, y dijo, con una voz tan triste como su sonrisa, desaparecida al hablar

—Es necesario, que esto sea cuanto antes; yo, no puedo vivir, inspirándote el asco que te inspiro;

y, luego, a esta voz dé su orgullo herido, sucedió la de su miedo, preguntándome:

—¿Sufriré mucho? ¿no podría tomar morfina, para evitarme los dolores?

—No, no, le dije; eso lo complicaría todo; no hagas nada hasta que hablemos de nuevo;

ocultó la droga entre sus pechos y nos separamos, porque ya se sentía a doña Leonor, acercarse con su paso reumático y, cansado.

*

**

No he podido cerrar los ojos, en toda la noche;

no sé por qué, una fascinación terrible, me hacía alzarme del lecho y, aplicar el oído a todos los muros, y espiar todos los ruidos, porque me parecía oír el eco de muchos sollozos, en el hondo silencio nocturnal; y, me preguntaba ansioso:

—¿Habrá tomado la droga sin avisarme? ¿sufrirá en este momento? ¿el maldito embrión, habrá ya abandonado su cárcel, volviéndonos la libertad?...

la ilusión fugaz de que todo pasaría bien y pronto, me calmaba por instantes, pero la visión de ella, desangrándose en su lecho, sola y sin auxilio, por no llamar a nadie para no tener testigos de su falta, y ¿por qué no decirlo? de su crimen, me torturaba horriblemente...

yo, era la causa de esa falta, y el cómplice de ese crimen;

y, ¿qué hacía ahora?

argumentar sobre él...

vil oficio de sofista...

y, entretanto, ella sufría;

no había duda : ella sufría;

la inquietud de mi corazón, no podía engañarme;

el alba turbia y tardía, me encontró en vela;

cerca a un lecho, en que no había dormido, inclinado sobre mis libros, que no había abierto;

había entre todas las cosas y yo, un velo, que me impedía verlas con serenidad;

algo miserable y grave, turbaba mi conciencia;

algo tan bajamente animal, que podría llamarse: el Temor, pero que afortunadamente, no era tan vil, que pudiera llamarse: el Remordimiento.

*

**

Esta mañana, cuando a la hora del desayuno, no vi a Rosa acudir solícita, para ayudar a servírmelo y, para hacerme compañía en la mesa, comprendí que algo anormal acaecía;

dominando mi turbación, pregunté por ella, a la criada:

—La niña, está enferma — me respondió.

—¿Qué tiene?

—No sé; deben ser sus cosas; anoche estaba buena... no insistí;

al salir del comedor, hallé a doña Leonor, que envuelta en sus negras tocas, y con su tardo paso de gotosa, iba para su diaria misa, inevitable:

—¿Y, Rosa? — le pregunté.

—Está en la cama.

— ¿Qué tiene?

—Nada; ahora la vi, y está medio dormida; eso pasa dejándola reposar; es una edad muy crítica para eso; las jóvenes sufren mucho...

y, la buena señora se alejó, tal vez feliz, de verse por sus años, libre ya, de las novedades que ella sospechaba en Rosa;

me asomé a la ventana de mi cuarto, para espiar la marcha de la vieja dueña, hasta que la perdí de vista, al doblar la esquina más cercana;

entonces, me dirigí presuroso al cuarto de Rosa;

yacía inmóvil en el lecho, tendida boca arriba, los ojos cerrados, el rostro cubierto de una palidez terrosa; parecía no respirar, como si estuviese muerta...

tuve un miedo cervical, y la llamé;

abrió los ojos, unos ojos brumosos, y como pesados de sueño...

me acerqué a ella, y le tomé la mano;

sonrió...

la besé en los labios; fríos como los de una estatua;

examiné el lecho; era un lago de sangre...

—¿A qué hora?—le pregunté angustiado;

y, con un hilo de voz muy débil, me respondió haciendo grandes pausas

—Anoche a las diez...; yo, tomé eso a las seis, y me acosté ; he creído morir...

¿Y, él? ¿él? ¿dónde está?—dije con odio y con terror, refiriéndome al feto...

—Allí— dijo, y me mostró una alacena, añadiendo—: no tuve tiempo para llevarlo al jardín, y sepultarlo en el hoyo que tengo hecho al pie del sauce...

me dirigí a la alacena y, la abrí; allí había un envoltorio de telas que habían sido blancas, y ahora, eran rojas, de un rojo, cuasi negro, de coágulo;

comprendiendo que no había tiempo que perder, tomé conmigo el paquete, y me dirigí con él al retrete de la casa;

allí lo abrí;

algo semiforme, viscoso y, sanguinolento, se escapó de las telas; era un feto bien formado, pero como todos ellos, repugnante de ver...

era mi hijo...

con una furia verdadera, lo corté en pedazos, valiéndome para ello, de mi cuchilla de cirugía, que llevo siempre conmigo, y arrojé pedazo a pedazo, al fondo del retrete, para que fuera a perderse en la cloaca...;

lo despedacé, con un placer más grande, que el del momento en que involuntariamente lo engendré...

arrojé tras él, los paños ensangrentados; y, me dirigí a mi cuarto;

allí me lavé las manos;

y, al verlas ya limpias, aquellas manos que habían despedazado la Vida, en el feto abominable, tuve ímpetus de besarlas; y, las besé con pasión, con frenesí;

sentí el orgullo de mi obra;

por un momento había sido semejante a Dios, porque había podido dar y destruir la vida;

volví prontamente al cuarto de Rosa;

continuaba en desangrarse horriblemente...

¿dónde había puesto las hílazas y, el percloruro, que yo le había dado para el caso?...

las había ocultado, y sorprendida por los dolores, vencida por la hemorragia, no había sabido hallarlas después...

y, he ahí, cerca de doce hora, que se desangraba...

pero, ¿por qué vio había hecho nada para medicinarse? ¿con qué había dominado los dolores? ¿por qué había dormido y, por que estaba en sopor?

me bastó arrojar una mirada sobre la mesilla de noche, para comprenderlo...

allí estaban vacías, las papeletas de morfina, que yo le habla proporcionado pocos días antes, con otro objeto;

la interrogué a ese respecto, y apenas me respondió inclinando la cabeza;

continuaba en dormir y, en desangrarse;

la debilidad aumentaba por minutos;

le tomé el pulso;

casi no se le sentía;

a mi ojo clínico, no se escapó la diagnosis, ni la gravedad del caso;

un temor fenomenal me asaltó...

pero... ¿qué podía yo hacer?

por muchos que fueran mis conocimientos médicos, yo no tenía un diploma, y no podía recetar;

era necesario, más que eso, era urgentísimo llamar a un médico;

sin esperar a que viniera doña Leonor, envié la criada a avisar al médico de la familia, un viejo cuasi octogenario, que había cuidado y enterrado todos los enfermos de la casa, a cuya viste cansada, podían escapar las verdaderas causas del mal, y cuya ciencia estratificada, podía yo socorrer con mis conocimientos modernos;

mientras doña Leonor y, el médico venían, yo me senté en el lecho, a la cabecera de Rosa mirándola dormir, mirándola sufrir...

una, piedad inmensa, una ternura desbordante se apoderaron de mí...

y, sentí esa angustia terrible, del que siente subir en su corazón las olas del llanto y, no puede llorar...

estaba pálida, tan pálida, que las venas azules, se le transparentaban, como las raíces de una alga marina, en el fondo del agua inmóvil...

sus ojos entrecerrados parecían hundirse, vueltas las córneas turbias hacía arriba, y eran como dos luceros negros, formados por la sombra de las pestañas larguísimas e inmóviles...

mi pavor aumentaba y la llamé, casi con lágrimas en la voz...

abrió los ojos...

intentó sonreír;

y, como si hiciese llamada a todas las fuerzas de su cuerpo, me estrechó la mano con pasión;

doña Leonor, llegó en ese momento, y se extrañó de verme allí.

—Rosa, está tan grave — le dije—, que la oí quejarse, y he entrado para auxiliarla he mandado llamar al médico porque esto no puede continuar, es necesario contener la hemorragia, a todo trance...

--¿El médico?...—dijo doña Leonor, como hebetada, abriendo grandes ojos de espanto, cual si viese ya la Muerte entrar por las puertas de la casa, porque don Pepe, como ella llamaba a su Galeno, era como una tarjeta de defunción a domicilio... y, acercándose al lecho, tocó cariñosamente a Rosa, en la frente, en el rostro, en el pecho, diciendo: No tiene fiebre; está fría como un muerto...

no me atreví a decirle que se engañaba y, que las fiebres de un puerperio, tienen extrañas remisiones, y apariciones más extrañas todavía...

a mí, se me hacían siglos los minutos que el médico tardaba...

al fin sentimos su paso lento y achacoso, y, el «buen día», dado desde la puerta, con su voz ceceante de asmático.

—Bien venido— le dije, yendo a recibirlo y trayéndolo hasta la orilla de la cama;

quise retirarme por prudencia, pero él me dijo:

—No te vayas; tú sabes mucho de estas casas, y puedes ayudarme—y, dirigiéndose a Rosa, le dijo con cariño paternal—: Vamos nena, ¿qué tienes?—y, sus ojos acuosos, interrogaron el rostro inmóvil;

ella, no respondió;

intrigado el anciano, preguntó entonces a dona Leonor:

—¿Desde cuándo está así?

—Anoche, se acostó a las seis, diciendo que tenía dolor de cabeza; no quiso comer; la hemorragia, debió venirle más tarde, estando dormida...

¿Hemorragia?

—Sí, una hemorragia horrible; se desangra desde las diez de la noche...

¿Sin hacerse nada? y, hasta ahora me mandan a llamar? siempre todo a última hora—dijo el viejo, gruñón como de costumbre... y con sus manos temblonas y torpes, palpó el cuerpo de la enferma, hasta convencerse de que la hemorragia continuaba;

yo, temblaba, temiendo que la senectud de aquel hombre, no fuera bastante para ocultarle las causas del suceso;

pero, felizmente, su examen fué tan somero, tan hecho para salir del paso, que no se apercibió de nada, y me dijo:

—¿Qué te parece que hagamos?

le di mi opinión, sobre algunas fórmulas por redactar, y varias aplicaciones por hacer;

las encontró conformes, y fuimos para escribirlas a mi cuarto; y, ya allí con aire malicioso de viejo verde, me dijo:

—¿Ya ves? diez y siete años...; una flor...; y, lo que le hace falta, es un hombre; ¡qué desgracia ser viejo!; ¡muchas curaciones de esa clase hice yo cuando era joven...: tú, que estás en la casa, podías curarla; hay emplastos que no se venden en las boticas;

y, reía, con una risa, innoble y guasona, que sanaba cavernosa, como si saliera del fondo de un sepulcro ;

fingiendo seguir la broma, le respondí por la rima:

—Para eso, es necesario que usted me la cure ahora; yo, creo que está grave, porque esa hemorragia de doce horas, la ha debilitado enormemente...

—Hay que dejarla quieta —dijo el viejo--; que la enfermedad siga su curso; el Médico, no debe sino ayudar a la Naturaleza, dijo Hipócrates; ¿recuerdas que lo dijo Hipócrates?

—Sí, sí, señor; lo recuerdo muy bien — y yo, no había leído eso en Hipócrates, ni sabía el absurdo aforismo; pero añadí:

—¿A qué horas vuelve usted?

—Para qué hoy? un desarreglo de éstos en las funciones naturales de la mujer, no necesitan tantos cuidados; hay hemorragias de éstas que duran varios días; la Naturaleza obra por sí sola.

—Usted, se engaña, don Pepe; yo creo que este caso, requiere algún cuidado; vuelva usted a la noche...

—Volveré si tú lo quieres; pero, ya te he dicho que el médico está en casa;

y, me golpeó el hombro sonriendo, cariñosa y socarronamente;

lo acompañé hasta la puerta, pensando con tristeza, en el desparecimiento físico que trae la edad, en la insensibilidad que da el largo ejercicio de la medicina, y, en esa idiotez de la caducidad, que permite reír, con un pie en el sepulcro, y, la mano puesta sobre un ser que acaso va a morir...;

el diagnóstico de don Pepe, era el de la ciencia proveya; hemorragia producida por perturbación de las reglas anteriores, y por exuberancia, de sangre; falta de un hombre.. ; un hemagogo humano; ¡sublime! ...

volví al lado de Rosa, que acababa de entrar en una crisis nerviosa y, había irrumpido en sollozos y en lágrimas;

doña Leonor, se desolaba, enloquecida también;

y, yo, no sabía qué hacer, entre aquellas dos mujeres que lloraban;

hice preparar un calmante para la anciana y, le supliqué que se retirara, porque a su edad, esas emociones son demasiado fuertes;

volví a quedar solo con Rosa;

ella, se había calmado, agotada por el esfuerzo;

había oído de nuevo, inánime sobre el lecho, y me miraba ahora, con sus grandes ojos, abiertos desmesuradamente, inmóviles y, fijos en mí;

aquellos ojos tan amados, me daban ahora miedo...

las secreciones del puerperio y de la hemorragia, unidas al percloruro, llenaban el aire de olores acres;

el lecho en desorden...

todo era repugnante...

todo, hasta aquel cuerpo otro tan bello, me inspiraba asco...

sin embargo, me senté a su lado, y le tomé una mano entre las mías...

la fiebre había llegado y subía enormemente;

los pómulos eran rojos; los labios secos.

—Agua, agua —murmuró;

se la di y, la apuré con avidez;

y, volvió a caer en un sopor profundo...

y, a pesar de él, sus ojos continuaban en mirarme...

aquellos ojos, fijos en mí, me obsesionaban terriblemente;

eran como dos pájaros lúgubres; dos enormes buhos, que me miraran en la noche;

para espantar la terrible visión, la llamé:

—Rosa, Rosa...

no me respondió;

mi voz quedó vibrando en el Silencio, con un ruido extraño;

aquella mudez, aquella sordera, aquella inmovilidad de los ojos, redoblaron mi angustia;

le tomé el pulso...; cuarenta grados...

le toqué con cuidado el bajo vientre...

a pesar del sopor, dió un grito horrible, como si le hubieran hundido un puñal... comprendí la gravedad de la situación, y tuve miedo;

miedo de quedar solo con ella, de que pudiera morir en aquel instante, así, sola conmigo, con su cómplice...

salí como enloquecido, para llamar a doña Leonor, y enviar de nuevo la criada para llamar al doctor;

no tuve el valor de volver a entrar;

me refugié en mi cuarto y, me eché boca arriba sobre el lecho, material y, moralmente rendido;

las más rudas y, extrañas sensaciones me asaltaban;

la idea de que Rosa podía morir, de que tal vez iba a morir, atenaceaba mi cerebro, y me llenaba de un temor y de un dolor, iguales...

morir ella...

y, quién la había matado?...

me arrojé del lecho, lleno de sobresalto...

los gritos de doña Leonor, llenaban la casa;

fuí al cuarto de Rosa;

al levantarla para cambiarle las ropas del lecho, un nuevo síncope, le había sobrevenido...

y, estaba allí, ahora, blanca como una muerta, con los ojos abiertos, como los de un ahogado...

le tomé el pulso; latía, débilmente;

la ausculté: el corazón funcionaba aún;

la llamé;

volvió a mirarme, sin responderme;

me reconocía...

los llores de dona Leonor, continuaban en llenar el aposento;

las ropas ensangrentadas, recién quitadas del lecho, yacían en tierra;

la buena señora en su confusión, las había dejado allí;

di orden que las sacaran; eran el cuerpo del delito, y me daban miedo;

cuando se las llevaron, me pareció que algo lloraba entre ellas...

oí, el paso tardo de don Pepe, que llegaba... respiré...

tomó el pulso, auscultó... alzó la cabeza; su faz, se había hecho súbitamente grave, su voz solemne...

—El Cura; no hay tiempo que perder—fué todo lo que se le ocurrió decir;

y, como tenía aún en su mano, el brazo de Rosa, tomándole el pulso, extendió la otra hacia la criada, que ya se iba, diciéndole:

—Es tarde; no hay nada que hacer...

yo, lo sabía, porque teniendo el cuerpo de Rosa, sostenido por mi brazo, para levantarle la cabeza, había sentido pasar en él, el último estremecimiento de la Vida, que lo agitaba;

la miré;

había muerto, con el rostro apoyado en mi hombro, mirándome fijamente;

coloqué su cabeza en la almohada, y, traté de cerrarle los ojos, ansioso, tembloroso, como si al cerrárselos al cadáver, se los cerrara también a mi propio crimen, que parecía mirarme desde el fondo de aquellos ojos;

por tres veces le cerré los párpados, y por tres veces volvieron a abrirse lentamente;

a la cuarta vez, quedaron cerrados, pero mi mano temblaba, temblaba tan fuertemente, que don Pepe: mirándome seriamente, me dijo

—¿Por qué tiemblos?

—Y, usted, ¿por qué no tiembla? — le respondí—; la Muerte es augusta.

*

**

Anoche la velamos, y esta tarde la hemos llevado al
cementerio;

no hubo más cortejo que nosotros tres, los hombres de
la casa;

doña Leonor se ha puesto en cama, enferma de la
emoción recibida.

Andrés, no pudo ir, porque estaba de guardia;

los dos viejos se fatigaron, antes de llegar al Campo
Santo;

sólo yo, llegué tras el carro fúnebre...

y, ayudé a bajar el ataúd;

y, lo vi descender a la fosa; blanco, el féretro de un
niño;

y, arrojé sobre ella una paletada de tierra... y, el ramo
de rosas blancas, que para ella había cogido en nuestro
jardín...

una de ellas, se desprendió del ramo, y quedó a la orilla
de la fosa, rebelde a morir, a dejarse enterrar con aquella
que las amaba tanto;

el horror a la Muerte duerme en todo, hasta en el
corazón inerte de las rosas.

*

**

Me parece que un gran silencio, se ha hecho en torno
de mí; y, marchó en él, como un somnámbulo...;

todos los lugares de la casa, me son tristes y, amados a
la vez, porque en todos ellos duerme su recuerdo, y me
parece, que su forma blanca, se desliza como un rayo de
luna a través de un ramaje...

el pequeño jardín, me es especialmente querido, porque
es allí que me parece que vive su alma, en el alma misma
de las flores...

y, creo ver su sombra, como la sombra de un cisne,
bajo el espeso ramaje de los sauces dolorosos...

allí, donde por vez primera exprimí de las uvas rojas de
sus labios, el embriagante vino de sus besos...;

me parece sentir aún, las almendras desnudas de sus
diente, chocar contra los míos;

y, sus senos, como gardenias de alabastro, erectos bajo
el fulgor de las estrellas...;

y, la fuente corriendo entre los mirtos, como si fuese la
sangre de la Soledad, corriendo por las venas del
Silencio...

y, sus ojos, los estanques limosos de sus ojos,
inabarcables de quietud, absorbiendo mi imagen, como en
la hora álgida del placer, y en la hora tenebrosa de la
Muerte...

porque ella, se llevó mi imagen en el fondo de sus
pupilas quietas...

esas pupilas, rebeldes a dejarse amortajar por el sudario
helado de los párpados...

pupilas cuyas miradas parecen seguirme a todas partes,
a través de los limbos de la Muerte...

las rosas, son como hermanas de la. muerta, y las beso
con pasión...

beso los geranios que ella cortaba para adornar la mesa;

beso los lirios, que semejan conservar la forma y la
pureza de sus manos...

beso los nardos dolientes, que reproducen la palidez de
cera de sus facciones difuntas, que no pude besar...

un sentimiento de vaga voluptuosidad me asalta,
frecuentando estos parajes, y exacerbando en ellos mi
dolor;

la Voluptuosidad reside en todo, hasta en la sal amarga
de las lágrimas...

hay horas en que llorar, nos es un consuelo tan grande,
que parece que soltando las olas del llanto, ahogamos en
ellas, el rostro tenebroso de nuestro Dolor...

los árboles, los arbustos, las enredaderas, todo lo que sirvió de decoración al Poema de nuestras caricias, y a la embriaguez de nuestros besos, me es tan amado, como el lecho en que nos amamos: todo está. saturado del perfume penetrante de la Voluptuosidad...

misericordia, de las cosas vivas...;

misericordia de las cosas muertas...;

ella pone una mortaja de luz, a mis amores difuntos.

*

**

La vida en la casa, se ha hecho lúgubre, como si la sombra de la muerta, se extendiera perpetuamente sobre nosotros;

doña Leonor, continúa enferma;

a la hora de las comidas, el silencio reina entre los tres comensales, y miramos constantemente, hacia, el lugar vacío, que ocupaba la muerta;

y, si hablamos, hablemos de ella;

los viejos; con el pensamiento de la muerte cercana en el cerebro, se hacen melancólicos, por el largo hábito de mirar el espejo ilusorio de la Vida, vueltos de espaldas hacia la Muerte...

yo, porque me parece ver allí el cuerpo adorado, vestido en blanco, el seno adornado de claveles, y los grandes ojos taciturnos, y la pequeña frente pensativa, bajo la sombra de la cabellera, color de mosto, espeso y, profundo...

el filtro del Silencio nos embriaga, y la tristeza vuela sobre nosotros, como un gran cuervo silencioso, con sus alas pesadas de misterio.

*

**

He ahí un mes que cumplo religiosamente el deber, de ir todos los días, a llevar flores a la tumba de Rosa;

el sepulturero, la cree una hermana mía, y, me hace ver, cómo han crecido los dos mirtos rojos, que he hecho sembrar sobre su tumba...

ayer, fuí con Andrés;

y, él lamentaba que una mujer tan bella, hubiera muerto virgen...

—Una lástima ¿no?

—Sí...

y, bajé los ojos, como si mis miradas, fuesen a hundirse en la tierra, para ultrajar bajo ella, el cadáver desnudo;

y, pensé, en el dístico que tenía yo escrito para su tumba:

*Felices aquellos que coronan con las rosas del Amor,
la frente de las Horas que pasan.*

*

**

Por un momento creí, que el Imperio de las tinieblas había pasado, y el sol de la Justicia, iba a venir....

y, creí oír, el coro vengador de las Horas, como las euménides de Esquilo, cantar sobre el corazón de las montañas, saludando la aparición de la Justicia;

creí que el huracán abría sus alas palpitantes, y desgarrando su vientre, donde duermen las tempestades, había enviado sobre el mundo, la Justicia armada, como surgió Pallas del cerebro de Júpiter;

y, que todas las trompetas de los cuatro vientos del horizonte, anunciaban al mundo, la aparición de la Justicia;

y, que la Justicia, marchando sobre las huellas de la Iniquidad; la había herido en el corazón, y había degollado la gran Bestia, a la puerta, de su antro...

vano sueño...

estéril sueño...

la Bestia, vive...

la Justicia, es una palabra inánime, destinada al vencimiento sobre la Tierra...

no hay omnipotentes, sino el Mal y el Dolor;

las dos alas de Dios...

.....:

las aclamaciones de los esclavos, sonando afuera, como el ruido de un torrente en las entrañas de una selva virgen, vienen a decirme, que la hora de la Justicia no llega nunca sobre la tierra, y que no hay poder en las manos de los hombres, para hacer recular la Noche, en sus dominios...

César, vive.

César, se ha salvado...

el puñal que debía ultimarle, se rompió en las manos de la Fatalidad;

nada pudo el Heroísmo, contra el Despotismo...

la fiera, escapó inmune;

y, rota, la honda, Goliath devorará, a David...

César, fué atacado anoche, en el Teatro, y herido por la mano de un niño;

el puñal, fué más débil que la cota de mallas que protegía el pecho del Tirano; y se rompió.

César, se hirió ligeramente en la mano al querer retirar el arma;

el público, aplaudió a César vencedor, con el mismo entusiasmo, con que habría arrastrado su cadáver por las calles, si hubiese sido asesinado;

la Multitud, tiene siempre una mano tendida hacia el Capitolio, y la otra hacia la roca Tarpeya;

el Exito, es el alma de la Multitud;

él, decide la orientación de sus gestos;
la Multitud, aplaudió a César...
hizo una apoteosis a César...
llevó en brazos a su Palacio, a César Invencible, a
César Intangible...
¡Ave, Cæsar!...
y, el glorioso fracasado, el niño vencido... ¿qué ha sido
de él?...
unos, dicen que fué ultimado por los genízaros de la
guardia...
otros, que está en prisión ;
según los diarios de la mañana, que acabo de leer, y,
que en realidad son extraordinarios de la madrugada, los
asesinos, eran cuatro...
cuatro estudiantes, ninguno de ellos, mayor de diez y
ocho años, y dos de ellos pertenecientes a la Redacción, o
al menos, asiduos colaboradores de *La Piqueta*, «ese nido
de conspiradores y, de asesinos», como la llaman los
diarios cesaristas de hoy...
veo, que se me atribuye, una gran responsabilidad
moral, en el acontecimiento;
según las gacetas de César, yo he sido el instigador, el
que ha señalado a esos niños fanatizados por mí, el
camino del Delito...
según ellos, yo no he tenido el valor de cometer el
Crimen, pero sí el de aconsejarlo;
y, aseguran, que la idea del atentado, surgió en aquellas
cabezas juveniles, a la lectura de mi artículo. «Los
funerales de César», publicado hace dos días...
y, todos piden revanchas contra mí, contra «ese loco
millonario, que hace el anarquismo por *sport*, y no
sabiendo en qué emplear su dinero, lo emplea en hacerse
ahorcar; y, habrá al fin que darle gusto», dice uno;
y, otro cree, que es llegado el caso de «destruir ese foco
de bandolerismo mental, que es *La Piqueta*, y, colgar en lo
más alto de un poste, a Froilán Pradilla, el *dandy* ácrata,

profesor de filibusterismo intelectual, jefe de esos dilettantes del Crimen, de ese rebaño de *brutos*, que ayer pusieron en peligro, la vida de la patria, con la vida del hijo esclarecido que la representa y, la gobierna»;

estos vahos de la cloaca oficial, me anuncian el mal humor de los legionarios de César, y los designios que abrigan contra mí;

yo, conozco poco a Antonio Orduz, el autor del glorioso atentado;

lo he visto con frecuencia en la Redacción de *La Piqueta* a la hora de la tertulia;

es un joven alto, pálido, de unos grandes ojos soñadores de visionario; es un meditativo y, un silencioso; ha manifestado siempre, tener una gran admiración por mí, y me llama: Maestro;

la última vez, que conversé con él, lo veía pendiente de mis palabras, y como era el día de la publicación, de «Los funerales de César», noté que la lectura de las cuartillas, lo impresionaba enormemente;

en un gesto que le es habitual, pasaba los largos dedos de sus manos, por entre la cabellera profusa, y, decía con una voz emocionada y conmovida:

—Maestro; ésas eran otras épocas y, otros hombres...

y, cuando la lectura llegó a las últimas frases, que dicen:

«cuando un Pueblo sufre bajo un Tirano, le basta producir un Hombre para, salvarse; el Hambre, mata al Tirano; y, el Pueblo vive... toda esclavitud es voluntaria»

—Es verdad —dijo poniéndose de pie, inquieto y vibrante;

todo su cuerpo temblaba, y noté que tenía lagrimas en los ojos.

*

**

La ciudad, está en estado de sitio;
no se oye, sino el ruido de las patrullas, y el paso de las
caballerías;
la atmósfera se siente cargada de odios y de revanchas;
se habla de prisiones y, de fusilamientos; a falta de otra
justicia, es la justicia de César la que impera.

*

**

Me llega la carta de un amigo, aconsejándome
ocultarme;
las oficinas de *La Piqueta* han sido cerradas y, selladas
por la autoridad;
el viejo director, áfono y ácido, ha sido encarcelado,
con otros muchos de los redactores, que habían acudido
allí, en busca de información de los acontecimientos;
hay una orden de prisión contra mí, y se me busca para
prenderme;
ocultarme...
¿adonde? ¿para qué?
yo, no me siento culpable sino de un delito: del crimen
de que César viva;
la Vida de un Tirano, es el Crimen de un Pueblo;
no tengáis piedad de un Pueblo esclavo, porque los
riñones de aquel Pueblo, no han engendrado jamás, un
Hombre Libre...
y, allí donde no hay un Hombre, reina un Tirano;
el uno, niega al otro;
no compadezcáis los pueblos esclavos;
ayudad a ponerles la planta, en la cabeza; y, que se
hundán para siempre...
que desaparezcan así, de la Vida que deshonran.

*

**

Continúo en hacer estas apuntes, a la escasa luz de un candil de sebo, en un calabozo del Batallón de Artillería, mientras mis compañeros, velan o duermen a mi lado, en una atmósfera de angustia;

estamos amontonados, tendidos por el suelo, en un ambiente mefítico insoportable;

no se nos han dejado entrar camas, y apenas si después de veinticuatro horas, se nos ha dejado entrar una comida, toda picoteada por las bayonetas de los soldados;

cada cinco minutos, se abre la puerta del calabozo, para llevarse a alguno de nosotros, que según dicen, va a declarar...

unos, vuelven...

otros, no aparecen más...

se oyen descargas en la noche...

los que vuelven, dicen que se fusila la gente, por grupos, en los patios del cuartel; y, que a nosotros nos espera igual suerte;

por si eso sucede, quiero rememorar las escenas de violencia de estos últimos dos días:

a las seis de la tarde, se presentó un piquete de fuerza armada, que rodeó mi casa;

un oficial, seguido de dos soldados, entró preguntando por mí;

atropellando la criada, que no quiso responderles, entraron en mi aposento, que es el primero viniendo de la calle.

—¿El señor Froilán Pradilla?—dijo el esbirro.

—Yo, soy...

—Está usted preso...; venga conmigo;

y, sin darme tiempo a proveerme de nada, me empujó entre los dos soldados, que se colocaron detrás de mí, poniéndome la punta de las bayonetas en las espaldas;

así salimos a la calle;

la escolta, me rodeó;

nos pusimos en marcha;

hacía aún claridad;

al verme así, sin sombrero y con pantuflos, tal como estaba en mi casa, la multitud, principió a aglomerarse, y a seguirme vociferando:

—Ese es el asesino; ya lo cogieron, ¡a muerte el asesino!...

a medida que avanzábamos por las calles, la muchedumbre aumentaba gritando: lincharlo! ¡lincharlo!;

la escolta que me llevaba, parecía débil para protegerme;

el oficial mandó calar la bayoneta, y, amenazó cargar contra la turba:

pero, ésta era muy superior y, estrechaba la escolta, reducida a defenderse y a defenderme;

parte de un escuadrón, desembocó entonces por una esquina;

el oficial que lo mandaba, comprendió la situación, y dio una carga contra la muchedumbre;

ante los caballos y, los sables desnudos, ésta se disolvió, no sin ser arrollada y, pisoteada en su huída;

anochecía ya, cuando llegamos al cuartel de Artillería;

el oficial de guardi, me interrogó _____ sería; y
luego ordenó:

—Llévelo al calabozo, donde están los otros *plumíferos*; que se diviertan...

y, rió, con su sonrisa innoble, que los otros secundaron...

me llevaron a empellones hasta el calabozo...

cuando entré no veía nada;

la puerta al cerrarse detrás de mí, hecho la
obscuridad completa;

anduve a tientas, pisando acá y allá, cuerpos tendidos
en el suelo;

unos se movían, recogiendo para dejarme pasar,
otros, permanecían rígidos como si fuesen ya cadáveres;
el aire, era mefítico, irrespirable...

así anduve, hasta tropezar con un ;
me detuve;

poco a poco, mis pupilas se hicieron obscuridad, y
empecé a distinguir los tos que me rodeaban;

unos, estaban tendidos por tierra; otros, sobre un
tablado, que debía servir de cama a los soldados presos;
todos hacinadas, silenciosos, en espera de la hora trágica;

la puerta se abrió y, aparecieron dos soldados trayendo
un farol, que colgaron en un clavo que había en un muro;

más allá de la puerta abierta, se divisaba la escolta que
acompañaba a esos soldados, y, se veían brillar las
bayonetas, apuntadas hacia nosotros;

la puerta volvió a cerrarse;

todos quedamos en silencio;

a la luz del farol, alguien me reconoció, y dijo:

— ¡Froilán Pradilla!...

las cabezas de todos, se alzaron y se volvieron hacia
mí;

los que podían hacerlo, se me aproximaron;

hablamos del asunto;

lo que entristecía a todos, era que César viviera...

los girondinos, la víspera de ser llevados al cadalso, no
eran más entusiastas que nosotros;

un quejido de dolor, nos hizo volver a mirar;

aquel que se quejaba, yacía extendido sobre el
entaramado, herido, inerte, cubierto de sangre : lo reconocí
inmediatamente, era Antonio Orduz, el ASESINO, como lo
llamaba la verbología adoratriz de los sicarios de César;

me incliné sobre él, y lo llamé:

—Soy yo —le dije—, soy Froilán Pradilla;
abrió sus grandes ojos brumosos, ya enturbiados por la muerte;

me miró fijamente y, buscó mi mano en las tinieblas;
me la estrechó con toda la fuerza de que era capaz, y la conservó en la suya;

entonces, vimos que yacía, sobre un lago de sangre, en parte coagulada, que adhería su cuerpo, al tablado en que reposaba;

tenía el cráneo fracasado de un culatazo, y el cuerpo acribillado de heridas de bayonetas;

entonces, supe bien, los detalles del hecho, por aquellos, más directamente mezclados a él.

Antonio Orduz; había sido solo, en la preparación y la ejecución de la heroica tentativa;

para realizarla, había alquilado esa noche, un palco, cercano al palco de César, y se había vestido de etiqueta;

al verlo solo, en el palco, tres de sus amigos, que estaban en las butacas de platea, subieron para hacerle compañía;

eran éstos: Luis de Otálora, Juan Urquinaona, y, Pedro Selva, todos estudiantes, y de familias muy distinguidas de provincia;

ellos, no notaron nada de anormal, en Antonio Orduz; rieron y, bromearon tan alto, que César los miró alguna vez, creyendo sin duda, que se faltaba al respeto de Su Majestad, sangrienta y triunfal;

al finar el segundo acto, salieron juntos a los pasillos, en momentos en que César, salía también para dirigirse al *foyer*.

—Dejadme—dijo Orduz—, voy a saludar a César...

ellos, que creyeron en alguna chuscada, lo siguieron;

lo vieron aproximarse a César, y luego vieron a aquél, que retrocedía pálido, llevándose las manos al pecho, y la gente que se arremolinaba y huía, y los oficiales que

desenvainaban las espadas, y los soldados que cargaban los fusiles;

luego, vieron a Antonio Orduz, que caía al suelo, y los soldados que lo herían con la bayoneta, varias veces;

y, se sintieron cogidos por los recios puños policíacos, a los gritos de: «¡los cómplices! ¡aquí están los cómplices! ¡a muerte los cómplices!...»

y, los habían tumbado a culatazos y a puñetazos, y los habían arrastrado por el suelo, y les habían desgarrado los vestidos;

el frac de uno le faltaban las faldas, al del otro las mangas, sus relojes habían desaparecido;

y, en medio de tanto horror, había algo de cómico, en el espectáculo de aquellos tres jóvenes, con corbatas blancas y fraques desvencijados, haciendo la trágica narración;

los habían traído entre escolta a ese calabozo, donde pronto haría veinticuatro horas, que estaban sin tomar alimento;

detrás de ellos, y en una camilla habían traído a Antonio Orduz, y lo habían tirado sobre las tablas desnudas, sin llevarlo a un hospital, sin hacerle una cura, sin enviarle un médico;

veinticuatro horas, que agonizaba allí, sobre aquel charco de sangre, en que lo veíamos;

se notaba que vivía aún, porque su mano, de vez en cuando estrechaba la mía;

los otros, habían sido, presos en la calle o en sus cargas y, habían sido llevados allí, uno por uno;

el último había sido yo;

en medio de la plática, el farol falto de combustible, se extinguió...

tuve la impresión de quedar en el fondo de una tumba;
guardamos silencio...

se oía casi la palpitación de nuestros corazones;

en aquel silencio lúgubre, parecía que las alas de la Muerte, agitaran sus membranas sobre nosotros;

de súbito sentí, que Antonio Orduz se incorporaba, y olmos claramente su voz, con la angustia de un niño, que despierta en la noche:

—Mamá, mamá, mamá;

después se desplomó rudamente, sobre el tablado que le servía de lecho...

comprendí que había muerto, porque su mano, dejó de estrechar la mía...

le tomé el pulso; ya no latía;

me incliné sobre su corazón; había dejado de latir también;

había escapado a sus verdugos;

pocos momentos después, la puerta se abrió con estrépito y, un oficial, apareció rodeado de su escolta; y, gritó leyendo una lista:

—Antonio Orduz, Luis de Otálora, Juan Urquinaona, Pedro Selva, ¡al frente!

los llamados, se alzaron uno a uno, y pasaron a formar; fueron colocados en medio de la escolta;

el oficial los contó:

—Aquí falta uno —dijo;

le mostramos el muerto...

creyó que dormía, y, lo sacudió bruscamente;

acercó el farol a la faz del cadáver.

—Este se escapó...—dijo, riendo;

y, ordenó a la escolta partir;

salieron;

la puerta se cerró tras ellos, lúgubremente...

como los soldaos habían visto, que el calabozo estaba obscuro, trajeron un nuevo farol;

a su luz incierta escribo estas líneas, mientras mis otros compañeros ensayan descansar, y se oye a la puerta el paso del centinela que vigila.

*

**

Ensayo, continuar en escribir estas notas, en una sala,
del Hospital Militar, blanca, luminosa y, tibia;

se siente el suave aliento del silencio, en esta atmósfera
de paz;

la claridad es cariñosa, como una sonrisa materna, y,
por las ventanas abiertas se alcanza a ver el cielo, de una
palidez femenina, encantadora;

los lechos pequeños y, alineados, parecen sepulcros;

los enfermos inmóviles, en sus largas camisas blancas,
semejaban estatuas yacentes;

hay, un olor de antisépticos, difundido en la atmósfera
y, se mezcla a los hálitos ardientes, que vienen del jardín
cercano;

las cofias níveas de las Hermanas de Caridad, tienen
movimientos de alas lentas, de alas suaves;

se diría un vuelo de mariposas, en torno de una flor;

ensayo rememorar;

reconstruir las trágicas escenas;

yo; escribía al pie del farol colgado al muro;

la puerta del calabazo se abrió con estrépito;

soldados entraron apresurados;

¿venían por nosotros?

no;

venían por el cadáver;

lo envolvieron en una manta, y, partieron con él;

seguí con ojos conmovidos de admiración y, de piedad,
los despojos del Héroe...

la puerta se cerró, y la obscuridad volvió a reinar...

mis compañeros callaban;

y, yo ensayé dormir...

vano empeño;

clareaba el alba, cuando la puerta se abrió con estrépito,
como para no cerrarla más, y un oficial entró, gritando:

—Los reos, a formar...
los *reos* éramos nosotros...
se nos formó, y se nos empujó afuera, donde una escolta numerosa nos esperaba;
el cuartel estaba en movimiento, no se oía sino voces de mando, ruido de armas, y el paso de los soldados que marchaban;
se nos colocó en medio de la escolta, y marchamos nosotros también;
atravesamos un patio, y, otro patio, hasta desembocar en un polígono enorme, que parecía un campo de tiro;
allí había una gran aglomeración de fuerzas militares, vestidas de gala;
el aparato era imponente;
las fuerzas, formaban en tres alas;
al frente, sólo había cuatro postes, clavados en tierra, no muy lejos del muro limitativo...
se nos colocó, dentro de la escolta, al lado izquierdo de los postes, y no muy lejos de ellos;
creí llegada nuestra última hora;
sin duda íbamos a ser fusilados;
mis compañeros lo pensaban también, y estaban muy pálidos...
sentíamos pasar sobre nosotros el hálito de la Muerte...
en aquel instante, se oyó un toque de clarines y, de tambores, y voces de mando de los jefes y, oficiales...
por el extremo opuesto adonde estábamos nosotros, apareció un grupo; eran tres hombres entre dos filas de soldados;
marchaban con la cabeza descubierta y, las manos atadas; los reconocí a distancia;
eran Luis de Otálora, Juan Urquinaona, y, Pedro Selva;
les precedían unas andas, cubiertas con una sábana; y bajo ésta, el cadáver de Antonio Orduz;
el grupo se colocó frente a los postes y, los soldados se apartaron;

entonces, vi una cosa horrible;

dos hombres tomaron el cadáver de Antonio Orduz, lo pusieron de pie, y lo amarraron al poste central;

el cadáver, estaba rígido, la cabeza inclinada de lado; la pechera de la camisa era un coágulo de sangre, el chaleco de recepción desbotonado, el frac hecho jirones; los pantalones, se le caían dejando casi en descubierto el bajo vientre;

era grotesco, impúdico y, lúgubre de mirar;

mientras ataban el cadáver al poste, Luis de Otálara, Urquinaona y Selva nos reconocieron, y, nos saludaron con la cabeza y, con los ojos;

yo, los saludé con la mano;

un oficial, me dió con la espada, un golpe en la muñeca;

después, ataron los tres condenados a los postes restantes, y un oficial, leyó la sentencia del consejo de guerra que los condenaba a muerte;

ellos, no habían querido ser vendados, y, mientras se les leía la sentencia, todos los tres me miraban tan fijamente, tan intensamente, que parecían no poder apartar sus ojos de mí;

y, en aquel silencio de muerte, se oyó la voz clara, vibrante, de Luis de Otálara, que gritaba, dirigiéndome a mí:

—Froilán Pradilla ; tú nos vengarás...

el ruido de los tambores apagó esa voz, y luego las voces apresuradas del oficial:

—Apunten... fuego...

disipada la nube de pólvora, se vió que los tres cadáveres se agitaban aún...

entonces se les dió el tiro de gracia.

—¡Asesinos! ¡Miserables! — grité yo con las lagrimas en los ojos y estrangulado de rabia;

sentí un golpe en la nuca, un dolor en las espaldas, y rodé al suelo, sin sentido;

desperté después, en este Hospital, al contacto de unas manos muy suaves, que me cambiaban los vendajes, y, bajo la mirada de unos ojos muy puros, que parecían misericordiosos, y oí la voz de la Hermana enfermera que me decía:

—No se mueva, no se mueva...

y, arreglaba las sabanas del lecho, cubriéndome hasta el cuello, y las alas blancas de su toca, me abanicaban dulcemente, como si fuesen las de una paloma mensajera, que me trajese besos de mi madre...

*

**

Convalezco lentamente;

el golpe que el sicario, me dió en la cabeza con la culata de su fusil, me ocasionó una herida gravísima cuya hemorragia me debilitó mucho, y cuya sutura, me hace aún sufrir;

los golpes de plano que el oficial me dió con su sable, a más de las heridas externas, me produjeron conmociones viscerales de significación;

los médicos me atienden con mucho cuidado;

hay uno de ellos, que tiene por mis heridas, una especie de ternura.

—Es necesario ser fuerte— me dice—; curarse bien; para resistirlo todo; los hombres como usted, no deben morir...; con ellos muere una parte de la Patria...

cómo un hombre que habla así, es médico oficial;

sor Marcela, la Hermana de los ojos azules, me cuida con ternuras maternas y gruñonas, como a un niño inquieto; me regaña y me mima al mismo tiempo;

la mirada de sus ojos, me hace un gran bien, siento un verdadero alivio físico cuando me mira; se diría que sus ojos son lenitivos;

son unos ojos azules muy claros, con unas pestañas rubias muy largas, parecen un remanso de arroyo entre un cañaveral, en estío;

la boca es grande y, los dientes largos, de esos dientes cuyo contacto, enardece tanto, a la hora del beso...

ayer, asombrada de que yo no rezara, me hablaba de Dios.

—El Hombre, niega a Dios — le dije Yo—, cuando han visto los horrores que yo he visto en estos días cometidos por los hombres; no se puede creer en los dioses, para no hacerlos cómplices, de los hombres; un Dios, que tolerara estos crímenes, merecería vivir, pero a condición de ser ahogado en la sangre inocente que derrama...

no me comprendió tal vez, pero se santiguó;

¡qué gracia tan adorable tenían sus labios, cuando besaban sus dos dedos en cruz!

me habló luego del Cielo.

—¿El Cielo? — le dije —ése lo lleva usted en los ojos;

enrojeció, su mirada tuvo un brillo intenso, como si la iluminasen las llamas de un incendio muy lejano; un halo de melancolía soberana pareció coronarla bajo las blancuras de su toca., y se alejó...

semejaba una azucena que marchase;

y, el perfume que se desprendía de aquella azucena, me hacía mal;

indudablemente estoy curado...

*

**

Andrés, ha venido a verme;
me trae cartas de mi madre;

la pobre ha estado a punto de morir de angustia, porque en el pueblo, se dijo que me habían fusilado;

estaba enferma en el lecho, y se alzó para venir, pero la detuvieron telegramas de amigos, a quienes ella había pedido informes.

Andrés, me habla con una admiración loca, de César, de su valor noche del atentado, de su impavidez, de su magnanimidad;

lo hago callar, porque oírlo hablar así, me hace mucho mal, siento vergüenza de que una misma sangre circule por nuestras venas, porque yo no pertenezco a una raza de esclavos ;

se lo digo así, y sonrío, y como si cambiara de tema, me habla del culto que César tiene por la memoria de mi padre, y de la alta idea que tiene de mi talento, según se lo dijo un día, que hizo la guardia: en Palacio;

no lo dejo continuar...

mi padre era un hombre honrado, y el culto de esa fiera ultraja su memoria;

¿qué indignidad, he cometido yo, para que me confunda con los escatólogos de su prensa, admirando mi talento?...

su admiración, me indigna más, que los golpes de sus genízaros, y la prisión a que me condena;

cuando Andrés parte, me siento agitado y, nervioso;

no hay tormento igual, a un minuto de contacto, con el alma de un esclavo;

y, más si ese esclavo, ostenta, los galones de una librea, y lleva a su cinto un sable...

nada hay más cruel y, más peligroso, que los esclavos armados;

la espada les sirve para todo: hasta para degollar su propia madre.

*

**

Me han levantado la incomunicación, y, puedo recibir visitas;

las que Andrés me ha hecho en estos días, no se cuentan, porque siendo militar, puede entrar y salir libremente a este Hospital;

los dos primeros en venir, fueron los dos viejos compañeros de pensión;

ellos, me dijeron lo que hablan sufrido con mi prisión y, la noticia de mi fusilamiento, que circuló por la ciudad;

habían acudido al cuartel donde yo estaba preso, y no los habían dejado entrar, pero, los habían asegurado sobre mi vida;

la voz de los dos viejos, era triste fatigada, cargada de reminiscencias amargas, monótona, como la de un pantano a medio secar, cuyas oías muy débiles no alcanzan a hacer estremecer siquiera los juncos de la orilla...

los ojos de los viejos, eran tristes, opacos, como profundos agujeros abiertas en el muro del pasado...

esos ojos, habían visto todo, menos la libertad; ¿eran tristes a causa de eso?

sospecho que les era indiferente, la suerte de aquella tribu, encadenada y vencida...

los corazones que no han amado la Libertad, son como unas viudas, que no guardan nada en la vejez, ni siquiera un puñado de cenizas;

los viejos, se despidieron de mi, tristes, muy tristes, porque tenían la seguridad de no volver a verme jamás, porque sabían que había sido condenados veinte años de prisión, en un castillo amurallado, lejos... muy lejos... allá, a la orilla del mar...

cuando ene abrazaron, los brazos de los viejos temblaban, y, cuando me soltaron, parecían dos estatuas mutiladas, que hubiesen dejado sus brazos, adheridos a mis espaldas;

y, se alejaron, perplejos y angustiados, dejando en pos de sí esos grandes silencios que se hacen en torno a la ancianidad, y son como los remolinos de hojas que se forman en torno a las tumbas abiertas, antes de caer en ellas...

*

**

Doña Leonor, ha estado hoy a verme;
llevó con sus tocas negras, del brazo de su sirvienta,
arrastrando su pierna reumática;
me abrazó me besó, y lloró maternalmente al besarme;
me traía muchas golosinas, preparadas por su mano, y
de esas que ello subía que yo amo más;
me habló de su soledad...
desde la muerte de *ella*, de Rosa, la ventura había huido
de aquella casa...

al nombrarla, me pareció que el fantasma de la muerta,
se alzaba entre las dos, y me miraba con sus grandes ojos
enigmáticos, y me decía palabras inaudibles, con sus
labios contraídos de angustia...

¿por qué extraña asociación de ideas, el rostro de esa
muerta, se me parecía extrañamente al de Antonio Orduz,
coma si fuesen los de dos hermanos gemelos, dormidos en
la misma tumba?

la misma sensación que tuve al ver el rostro de Antonio
Orduz, ya muerto, sobre el tablado del calabozo, a la luz
lúvida del candil; sensación que me hizo evocar el rostro
de la muerta querida, hacía poco sepultada, bajo los dos
mirtos en flor;

¿existía esa semejanza, o era sólo una ficción de mis
sentidos, que me llevaba a unir esos dos rostros y a
hermanar esos cadáveres?;

una sensación de angustia indescriptible me asaltó,
durante la evocación de estos dos muertos, y no fui libre
de ella, sino cuando vi alejarse a doña Leonor, después de

haberme besado de nuevo, y vi perderse en los corredores la oscilación de sus tocas negras, y el ruido de sus pasos tardos, y desapareció como un gran pájaro herido, agitando alas fúnebres...

*

**

Hoy han venido a comunicarme, la clemencia de César...

César Augusto, César Magnánimo, César Clemente, «no sólo me hizo ayer gracia de la Vida, sino que viene a hacérmela hoy de la Libertad», según dicen en sus diarios, las alabarderos de su prensa...

César, conmuta mi pena, de prisión, por la pena de destierro y, mañana debo partir...

así me lo comunican hoy, dándome veinticuatro horas, para arreglar todos mis asuntos;

la magnanimidad de César, no tiene igual sino en la velocidad de sus veredictos.

César, me vuelve la Libertad, pero me quita la Patria...

y, ¿qué libertad me deja?

la de morir en el destierro...

el destierro, ya deshonrado por los esclavos de César, que para traicionarlo todo, han hecho traición a su esclavitud...;

en estas democracias tropicales, donde es necesario, renunciar al honor para llegar a los más altos honores, no queda ya nada por deshonrar, ni siquiera el Dolor...

los esclavos, para comerciar con todo, han comerciado también con su dolor...

nada hay puro aquí, donde hasta los cielos, de una pureza de alabastro, se sienten pútridos, con el cadáver de un dios, que César tiene como bandera de sus crímenes.

*

**

El silencio, es hecho para escuchar hablar el alma;
el silencio, escucha y, se escucha;
y, yo escucho el silencio hablar en mi corazón...
todo duerme en la ciudad culpable, bajo el candor de
los cielos, más culpables todavía...

y, yo velo;

y, ante el silencio de estos lechos, que parecen túmulos,
yo evoco las emociones de este día último, pasado en la
ciudad humillada y cobarde, porque al aclarar el alba de
mañana, he de emprender la ruta del destierro, única que
queda abierta ante mi juventud, libre y heroica, hecha
estéril y nociva, en una tribu degenerada, que renunciando
a la Libertad, ha renunciado también al heroísmo;

a las primera horas de la mañana, llega el oficial que
debe acompañarme, para hacer mis preparativos de
marcha;

salimos;

la ciudad alegre, tranquila, aparece feliz, porque ha
perdido el alma;

bajo la púrpura de César, que le sirve de escudo, la
ciudad trabaja y, comercia, cerrando los ojos ante la
Muerte, que acaba de pasar, haciendo a la Vida el ultraje
de llevarse sus más bellas flores...

la ciudad, es un bazar; el comercio atareado, bendice la
paz y, besa la cadena...

los circuncisos de la bolsa, lidian las batallas del agio,
acumulando el oro, del cual vierten una parte en el tesoro
del César...

la plebe se divierte;

hay anunciadas en grandes carteles, corridas de toros y,
carreras de caballos...

panem et circenses...

bellas mujeres, ricamente ataviadas, pasan sonriendo
ante la vida, y muestran al sol los esplendores de su carne;
flores vivas de aquel jardín de desolación; los detritus de
la cloaca, les dan vida; son las manzanas nacidas en la

lavas de Sodoma; abridles el corazón; no hallaréis en él, sino un puñado de cenizas...; hijas y, hermanas de siervos, mañana madres de esclavos, sus vientres serán un instrumento de tortura del Honor, que no servirán sino para perpetuar la Servidumbre...

los jóvenes, ríen y charlan en corrillos, a las puertas de las tiendas, o en las esquinas de los atrios...

títeres degenerados, rezagos fétidos de aquellos que fueron hombres, esas generaciones de cretinos insubstanciales, educados por la Religión, para todas las servidumbres, son las más bellas figuras del cotillón de César, el adorno de sus salones, aspirantes a su servicio; los siervos de hoy, los amos de mañana;

los estudiantes, se agrupan ruidosos y locuaces, a las puertas de las universidades y colegios, donde profesores, doctos en toda clase de bajezas, les enseñan el culto de la Servidumbre que ellos han profesado hasta la idolatría...

aparto con horror la vista de estas generaciones bizantinas, eunuquizadas por profesares de serrallo; efebos del cesarismo, a quienes la espada de los conquistadores de mañana, no se dignará ni cortarles la cabeza...

compadezco los niños que pasan, y, maldigo la Naturaleza, que se complace en fecundar así, el vientre de los pantanos y las entrañas de la cloaca...

la Ciudad vive... la Ciudad goza... la Ciudad ríe...

y, yo, que en mi candidez, me imaginaba, una ciudad muda, dolorosa, consternada...;

¿por qué había soñado yo, en encontrar el alma de Esparta, en esta Babilonia de la selva, que tarda tanto en oír el relincho de los caballos de los conquistadores, que han de venir a destruirla?

cuando entramos a la casa de banca., donde debo tomar el dinero para el viaje, al decir mi nombre, y susurrarse éste, entre empleados, empiezan a asomar cabezas curiosas por las ventanillas, y ojos azorados me miran, como si temiesen que yo, solo, fuera a asaltar la banca;

¿no soy yo el terrible *anarquista*, el terrible apóstol, contra la sociedad, el instigador del atentado contra César?...

la vista del oficial que me acompañe, los tranquiliza...

a la salida, un portero, tan cubierto de galones, como cualquiera de los mariscales de la Adoración Perpetua, que rodean el trono de César, dice con una voz de esbirro, en busca de mendrugo:

—¿Y, a este bandido no lo han ahorcado?

su superior que lo oye, le sonríe aprobatorio;

me vuelvo, para mirar al lacayo bursátil...

baja las ojos;

en las tiendas, a donde voy a hacer algunas compras, y de las cuales soy comprador habitual y, conocido como cliente rico, los empleados, fingen no conocerme, y me despachan con displicencia;

a muchos de ellos, los conozco, como lectores habituales y, apasionados de *La Piqueta*, y antes, espiaban ansiosos, mi paso por las calles para saludarme;

en el trayecto, encuentro pocas gentes conocidas; éstas palidecen, y vuelven el rostro, para no verme; son los conspiradores de ayer...

busco la manera de pasar por la calle, donde estaba la Redacción de *La Piqueta*; la casa es casi una reina, las puertas a medio arder, los cristales de los balcones rotos; los muros lacerados; el *pueblo*, le prendió fuego al día siguiente del atentado, los redactores van camino del presidio; yo, camino del Destierro; sólo el Director, siervo enmascarado y provecto, ha obtenido clemencia del César; y, pronto volverá a sentarse en sus consejos de gobierno; las declaraciones de ese hombre contra mí, ante el consejo de Guerra sumarísimo que se nos siguió, y al cual, no pude concurrir, por estar en el hospital, casi en estado comatoso, dicen que fueron, un libelo infamatorio contra mí; eso lo salvó, y eso le devolvió el favor de César;

el oficial que me acompaña, es un mozo, alto, fornido, capaz de triturarme de un solo puñetazo, pero es amable,

educado, y cree en la palabra de honor, que le he dado, de no buscar evadirme; eso, me ha evitado el sonrojo de llevar polizontes y en nuestro seguimiento;

almorzamos, en un restaurante aristocrática; doña Leonor, me había hecho llegar ropas de mi uso, y por eso, visto con mi habitual pulcritud, vecina de la elegancia;

en el restaurante, se me reconoce por algunos; los camareros que me han servido en ocasiones, me miran emocionados; el que nos sirve hoy, está visiblemente conmovido; sin duda, saben adonde voy, porque al verme partir, todos dicen: ¡buen viaje buen viaje! y, están verdaderamente emocionados; un anciano, que come solo, en una mesa, y al cual ha llegado, el eco de mi nombre, al verme salir, se pone en pie, y agitando una mano, me dice:

— ¡Buen viaje, y pronto regreso!...

¿hay aún, pues, hombres en esta tribu? hay algo más que César, y su pandilla de rufianes?

perece que sí...

daña Leonor, me recibe desolada...

me abraza y, llora...

¿es que yo también, yo a quien ella, amaba como un hijo, voy a abandonarla?... ¿después de aquélla, que era como su hija, y que la abandonó también?... aquélla partió hacia la Muerte...; yo, parto hacia el Destierro; ¿la ausencia, no es también una forma de la Muerte? ¡la Muerte, sin el Olvido!...

cuando entro a mi habitación, me parece que entro en el fondo de una tumba; todo allí está lleno del recuerdo de ella, de Rosa, de la muerta tan amada; todo respira el Halito de ella, y esta impregnado hasta del olór material de su cuerpo...

al ver su retrato, sobre la mesilla de noche, no puedo contenerme, me abalanzo a él, lo cojo, lo estrecho contra mis labios y contra mi corazón, lo aprieto violentamente, y arrojado de bruces en el lecho, lloro tanto, gimo tan hondamente, que cuando vuelvo de aquel acceso de

emoción, veo que mi acompañante, de pie a cierta distancia, llora también.

—Perdone usted —le digo...

— ¿Es su novia? — me pregunta conmovido, y con una curiosidad de joven.

—Era mi novia—te contesto—, la Muerte, me la arrebató, antes de que otros, me arrebataran la libertad primero y, la patria después... ¿me acompañará usted a visitar su tumba?

—Sí — me dice con una gravedad melancólica, en que parece poner todo su corazón;

recojo, ropas y papeles;

al retirar de sobre mi mesa-escritorio, el retrato de Juliana, siento la impresión, de coger algo bello, pera que me es absolutamente extraño: algo así como el cadáver de una flor;

y, pienso, cuánta ratón tenía el Poeta, cuando dijo: *esto mota aquello...*

el Presente, devora al Pasado; no pueden coexistir;

la muerta lo llena todo, can su ausencia, y no hay sino ella, en los lugares, en el ambiente y en mí corazón.

—Quiere usted venir conmigo al jardín? —le digo a mi acompañante;

asiente meditabundo, como si el poder de mi tristeza, lo hubiese invadido y contagiado...

y, me sigue como una sombra;

el jardín, está cogitabundo, bajo la caricia de un cielo lívido, que amenaza lluvia;

la lividez del cielo, hace grises y opacos las objetos, húmedos, como bañados de un frío sudor;

una impalpable ceniza de desolación, parece caer sobre los lugares taciturnos, que se diría que ellos también sollozan, en una mortal angustia;

los arbustos, son tomó seres humanos, vivos y sensibles, que en una quietud voluntaria, se osan salir de su ensimismamiento, por el temor de hallarse solos,

huérfanos de las caricias de aquellos ojos y, de aquellas manos, que los miraban con delicia y, los cuidaban con amor;

el banco de piedra, es una cosa negra, bajo la capa de hojas muertas, que lo cubren;

las hojas, color de tabaco, se deslizan una a una, ruedan, caen, remolinean, y se van, dóciles a la fuerza de un viento sutil, que parece él también, no querer perturbar el, silencio que envuelve todas las rosas, como un sudario;

cerca al banco, los dos viejos sauces, continúan en dar su sombra austera, hoy más espesa, más oscura, una sombra que es como un aglomeramiento de cenizas, que palidecen bajo la caricia de los cielos, color de estaño; sus follajes lacios y melancólicos, como verdaderos hilos de lágrimas que caen a tierra;

el arroyuelo, antes locuaz y gaudente, parece no arrastrar ahora, sino olas de silencio, que pasan besando los rosales, agobiados de flores que ya nadie coge, y, los mirtos florecidos, que no perfuman sino el corazón inerte de la soledad;

me siento en el banco, y las hojas gimen a mi aproximación, y parecen llorar, tristes de morir bajo mi peso, sin recibir la caricia de aquellos trajes claros, sobre los cuales, ellas caían, para hacerles bordados caprichosos;

absorto en mis pensamientos, me parece ver que el rayo de luz que filtra por ramaje y, cae al lado mío, se condensa formas, se hace humano, y es un cuerpo, vestido de blanco, con una faz muy blanca, unos labios exangües y mudos, y unos ojos sin pupilas, por cuyas pestañas de oro, cae lentamente una lluvia de lágrimas; y, el fantasma, llora, llora, llora; y, estrecha mis manos entre las suyas frías; y, acerca a mi su rostro sin facciones, y quiere besarme;

doy un grito y me ponlo en pie;

mi guardián, viene en mi auxilio, y, poniéndome una mano en el hombro, me dice cariñoso:

—Vamos, es tarde, y aun tenemos que ir a visitarla...

—Es verdad—le digo, y me pongo a arrancar frenéticamente, todas las rosas, todos los lirios, todos los geranios que están a mi alcance, y cargado con ellos, abandono ese jardín en duelo, donde aun parecen tendidos hacia mí, los brazos desesperados del fantasma;

no me despido de doña Leonor;

comprendo, que ella sufriría mucho; y yo también;

ya en el coche, hundo mi rostro entre las flores, para que nadie me vea llorar...

y, me parece que el alma de las flores entra en mí y, me satura de perfumes, y enloquece mi corazón;

embrumece el cielo, y despunta la noche; llegamos al cementerio;

ya el guardián ha cerrado, y se dispone a partir;

al verme descender del coche, se detiene; me reconoce y viene hacia mí;

estrecha con efusión mi mano entre la suya, que tiembla:

—Lo he esperado hasta ahora— me dice, con una voz, en que vibran muchas emociones—, yo, sabía que usted no partirla sin venir...

ya sabe él, que yo debo partir...

me abre la puerta;

entramos;

ya cerca a la tumba, me dice mostrándome dos nuevos rosales, plantados entre los mirtos en flor:

—Estos, los plantó mi mujer, el día que lo iban a fusilar a usted; desde entonces viene todos los días a regarlos;

no respondo nada; siento que no podría hacerlo sin llorar;

dejo caer mis flores sobre la tumba;

el sepulturero se pone de rodillas y, las arregla sabiamente;

en la vibración misteriosa de la tarde, se oyen los sollozos que no puedo contener;

los dos hombres, cerca de mí, permanecen mudos,
como obedeciendo al ritmo de mi propio dolor...

—Yo, parto— le digo al guardián de los muertos—; le
dejo encomendada esa tumba; mi madre, le enviará dinero
para embellecerla;

deslizo en sus manos un billete de banco...

—Adiós...

—Adiós...—dice y, se descubre, como si viese partir un
muerto;

me alejo, y siento el paso claudicante del sepulturero,
detrás de mí...

me vuelvo para saludarlo con la mano;

me cantasta descubierta aún;

entramos al coche;

oigo la puerta del Cementerio, que se cierra, con un
graznido agorero...

partimos;

las estrellas tiemblan en el cielo, con una palpitación de
entrañas.

*

**

Escribo estas líneas, en el cuarto de despacho que fué
de mi padre, en mi vieja casa solariega, y en la misma
mesa de roble, en que él solía escribir;

siento la fascinación del pasado, y la voz del pasado,
hablando a mi corazón;

y, sin embargo, no tengo tiempo de oír la vieja sirena,
náufraga sobre la playa desolada...

estoy demasiado lleno del presente; el presente me
lleva en su cuadriga, como si fuese atado a la cola de sus
corceles desbocados;

es alta noche...

plétora de silencios...

la aldea feroz, se ha calmado y duerme...

mi madre, se ha retirado ahora mismo, para reposar unos momentos;

hemos trabajado hasta esta hora, arreglando documentos y, asuntos de familia;

el oficial de la escolta que me acompaña, duerme en el cuarto vecino;

se siente la respiración de los soldados, que duermen en el corredor, y los pasos del centinela que vigila...

quiero escribir mis Notas, sobre los hechos de estos dos últimos días, desde la triste tarde, en que las puertas del cementerio, se cerraron detrás de mí aprisionando mi corazón...

no había aún despuntado el alba del día siguiente, cuando ya estaba en pie, dispuesto para partir;

los enfermos del dormitorio dormían profundamente; algunos se quejaban en su sueño;

salí al corredor;

moría la Noche;

la luna, era muy blanca, como un narciso enfermo;

el cielo era muy puro, como un diamante azul...

estrellas agonistas, brillaban tristemente, bajo un halo afrodino, ya prontas a morir...

la pureza de la aurora, purificaba el ambiente fébrido;

respiré a plenos pulmones, el aura matinal;

bien pronto, vi la escolta que debía llevarme hasta el puerto de embarque, y que se formaba ya, abajo, en el patio...

escolta, que debía protegerme, según César...

¿tendría razón César?

el oficial de ella subió a llamarme;

sor Marcela, vano con una taza de café; las violetas de sus ojos, eran tristes como las aguas de un lago, bajo un crepúsculo de otoño; no reía, como de costumbre; el aljófaro de los dientes dormía, en el estuche rojo de los labios cerrados; colgó a mi cuello una medalla; recibió de

mis manos la taza vacía; me pareció que temblaba; tal vez,
era el frío de la mañana;

la vi alejarse...

las blancuras de su cofia, hacían el efecto del vuelo de
una garza blanca, perdida en las tinieblas...

bajamos;

los dos caballos, para el oficial y, para mi, nos
esperaban a la puerta del Hospital;

montamos, y nos pusimos en marcha, lentamente;

la ciudad dormía;

acostada sobre su estercolero, cerraba los ojos, acaso
para no ver, o para olvidar durante la noche, el espectáculo
de su propia degradación;

cubierta de vergüenza dormía, bajo la caricia del último
amo, que se había arrastrado sobre su vientre, nunca
fatigado de soportar tiranos y de parir esclavos;

las generaciones de sus hijos mutilados, dormían
felices, sobre el lecho de sus prostituciones, las cabezas
coronadas con las rosas del escándalo, y la boca aun llena
de los himnos de la adulación...

las sábanas de la vergüenza, no cubrían aquellos
cuerpos, que se hundían en el deshonor, como en un baño
de perfumes...

me pareció que el sol surgía, como una hacha roja,
dispuesta a, decapitar a aquel pueblo cobarde;

y, me sentí feliz, de dejar aquel rebaño, sumido en el
sueño como en una tumba anticipada; sueño del cual no
despertará, sino ante la lanza del conquistador que ha de
venir a dispersarlo;

y, vi con un gran placer, desaparecer del horizonte, la
ciudad Mesalina, la ciudad concubina de César, que
semejaba en la lejanía, una serpiente dormida bajo la
pesuña de un cerdo;

dos días de viaje, atravesando llanos pródigos y,
caminos tortuosos, hasta llegar a esta mi aldea, clavada en

la sierra agreste, como el esqueleto momificado de un buitre;

caldeaba el sol los picachos guijarrosos, cuando doblábamos, el último recodo, que conduce a la primera calleja del poblado;

un ruido sordo, como de mugidos de ganados, llenaba el espacio...

se diría el ruido cercano de un río acrecido;

bien pronto, el ruido se acentuó, se acercó, y pudimos oír bien, que eran los gritos y la algarada del pueblo en tumulto;

vimos aparecer los primeros hombres, armados de palos, y de cuchillos...

los guiaba el alcalde:

y, gritaban:

—¡Abajo el asesino! ¡abajo el enemigo de César! ¡aquí no entrará; no lo queremos aquí! ¡a muerte! ¡a muerte!

por otra bocacalle, desembocaba otro grupo, en su mayoría de mujeres y, de chiquillos, que vociferaban también;

ése, lo presidía el cura, y, llevaba una cruz en alto:

¡Abajo el hereje!—decían—¡abajo el enemigo de Dios! ¡a muerte, a muerte!— y, mostraban algunas piedras en las manos...

pero, los azuzadores del populacho, se habían engañado; creían que yo venía solo, o con algunos policías, para custodiarme;

al verme con una escolta de veinte hombres armados de remington, y un oficial, su ardor bélico decayó notablemente;

sin embargo, las vociferaciones continuaban;

algunos guijarros cayeron, cerca de nosotros;

el oficial y, los soldados, que en los dos días de marcha me habían tomado cariño, estaban indignadas y, deseosos de hacer un escarmiento;

el oficial, mande formar la escolta en dos pelotones, colocándome a mí en el centro de uno; mandó cargar los rifles y calar las bayonetas;

cuando el grupo más agresivo se acercó a nosotros, entonces ordenó una carga;

era de ver el pavor de aquellas ovejas, con pretensiones de lobos;

corrían, caían, se amontonaban los unos sobre los otros; chillaban como cerdos apaleados...

el viejo cura, enredado en la sotana, cayó con su cruz y fué pisoteada por la misma turba que capitaneaba;

no hubo necesidad de disparar un solo tiro, para dispersar aquella plebe en cólera;

cuando llegamos a mi casa, ya no se oía ni un grito;

mi madre, me esperaba a la puerta; me abrazó en silencio;

había envejecido mucho;

momentos después, llegaron mi tía y, Juliana;

la impresión que sentí al encontrarme con ésta, fué la que se siente al encontrar entre las hojas de un libro, el pétalo de una flor que nos fué dada, en una hora de amor por un ser que ya no existe;

es bella, en su palidez exangüe y pensativa;

muy alta, muy blonda, muy delgada, como una espiga melancólica, que se alzase sola, en la devastación de un trigal muerto...

a causa de su altura y de su delgadez, su cuerpo se dobla un poco hacia adelante, en un gesto de fatiga, y su cabeza inclinada de lado, tiene un aire de laxitud insuperable;

los senos parecen nulos, las formas imprecisas; ninguna redondez, ninguna morbidez, modifican las angulosidades naturales del cuerpo;

la cabeza, es muy bella, como una flor de seda, cuyos pistilos de oro cayesen sobre sus pétalos a manera de bucles;

hay en toda ella, algo de frágil y, de precario, y en sus ojos una como ausencia de alma, que la hace aparecer como lejana, indiferente, a los seres y las cosas que la rodean;

una rosa de cristal en un vaso de arcilla pronto a romperse, eso parece su vida;

no dijo nada a mi corazón, nada a mis sentidas, que conocían ya la esencia de la Vida, y habían ya apurado el filtro que embriaga, en los labios terribles del Amar;

la ceniza del Olvido, parecía flotar entre ella y yo, como un manto impalpable y, flúido, que separaba nuestras almas...

se me aparecía como un cuerpo yacente, tendido en un sarcófago, y sobre el cual, la yedra hubiera tendido sus arabescos de follaje;

aros saludamos, dándonos la mano ; no nos abrazamos siquiera;

comimos en el gran comedor familiar, poblado de recuerdos, oyendo sonar afuera, las voces de las fuentes, que rumoreaban lejanas añoranzas;

la voz del agua, llenaba el corazón del jardín, como la voz de las horas pasadas, desfilando en ronda lenta, en torno a la basca turbia, reflejando sus faces muertas sobre las aguas dormidas;

la conversación en la mesa fué triste, se diría que los trágicos acontecimientos que me habían llevado allí, estuviesen como seres invisibles, sentados entre nosotros y fuesen nuestros huéspedes silenciosos y graves;

el silencio de las cosas, imponía el silencio a nuestras almas y, las ondas del recuerdo perdían toda sonoridad, en la tristeza de ese silencio;

el oficial de la escolta., se sentaba a nuestra mesa y, era un deber de nuestra hospitalidad, no decir nada contra el César, que él representabas allí;

no hablamos, pues, de política;

hablamos de Andrés, que no habla podido salir a despedirme, porque estaba de guardia, y del cual acababa de recibir un telegrama;

los largos silencios, parecían poblarse de fantasmas, surgidos de una evocación común;

el Pasado rondaba en torno de nosotros, con pasos que casi se oían, en el fondo de nuestros corazones;

y, el alma de mi Raza, parecía sollozar en la soledad, vencida en mí, por la omnipotencia de César;

terminada la comida., mi tía y Juliana, partieron;

nos despedimos sin efusión ;

las acompañamos mi madre y yo, hasta la puerta y dos soldados de la escolta las llevaron hasta su casa, para protegerlas contra cualquiera agresión, de la turba hostil, enconada costra mí;

mi hermana. pequeña, se durmió en mis brazos, y después de acostarla, mi madre y yo, quedamos solos;

hablamos de asuntos de familia, registramos documentos, firmé escrituras, y, quedó arreglado todo para poder yo permanecer decorosamente, en Europa;

quedó convenido, que aunque el César, me amnistiase, permanecería en París, hasta concluir allí mi carrera;

mi madre escuchó grave y conmovida, la historia de mi amor, que tuve que hacerla, para dejar encomendada a su munificencia, la tumba de Rosa;

enrojeció, y tuvo frases de reproche, para mi conducta...

—Ese niño—lo habría criado yo — me dijo— y, habría sido un consuelo en la soledad en que tu larga ausencia va a dejarme...

y, doctrinó horrorizadas contra el infanticidio;

yo, la dejé decir;

todos los prejuicios, y todas las morales, hablaban por los labios severos de mi madre.

—Yo, velaré por esa tumba dijo gravemente—como habría velado, por ella y por su hijo, si no hubiesen muerto;

su voz, era grave y conmovida, cuando decía estas cosas;

pasada media noche, mi madre se retiró, para descansar un momento;

y, quedé solo;

y, me he puesto a escribir estas líneas;

el sueño me rinde, y debo partir a la luz del alba...

mi juventud, es más poderosa que todas las cosas múltiples que bullen en mi espíritu;

y, ellas, callan, palidecen y, se esfuman bajo las alas magnéticas del sueño.

*En el mar;
a bordo del vapor «Ilión».*

Otro es el horizonte, ente el cual ensayo escribir estas líneas, en la inseguridad del elemento movedizo que me rodea;

rememoro;

no despuntaba aún le^y aurora, cuando, mi madre tocó a mi puerta;

ya estaba ya en pie;

el desayuno, estaba servido;

lo tomamos en silencio, mi madre el oficial, y yo;

la escolta estaba lista, y, nuestros caballos, esperaban en el patio...

entre a la alcoba, para besar a mi pequeña hermana, que dormía;

la niña despertó ,y se abrazó a mi cuello llorando;

sentí un dolor inaudito, y fui impotente para consolarla;

mi madre, que me veía sufrir, dominó su emoción, mas cuando la abracé y, la besó a su turno, irrumpió en llanto; y, por usaos minutos, fué una sola la fuente, y, uno solo el río de nuestras lágrimas...;

mi madre, se refugió en sus aposentos;

y, nosotros, partimos;

la aldea, dormía...

el ruido de nuestras cabalgaduras, en las callejas pedregosas, no la despertó...

el miedo, hacía muda la jauría;

cuando pasamos frente a la casa de mí tía, dormida en el fondo de su huerto, ninguna luz brilló tras los cristales de sus ventanas, ninguna puerta se abrió, ningún rostro asomó para saludarme;

el aire seminocturno, que me trajo el olor penetrante de los naranjos y, de los almendros, a cuya sombra dormía la casa no me trajo ninguna voz amiga, que turbada por el frito, me dijera: Adiós;

pronto descendimos la pendiente y, entramos en el llano;

y, la aldea., quedó allá encaramada en la roca, con el aspecto salvaje de un aguilucho muerto;

¿cómo habrá quien ame la aldea en que nació?...

ese amor, fué negado a mi corazón;

pronto perdimos de vista el poblacho bárbaro, pero antes detuve mi caballo, para mirar el picacho agreste, tras el cual quedaba mi madre, como prisionera de la tribu hostil;

y, un odio, el más brutal, me poseyó entonces contra aquel simulacro de pueblo, edificado en tierras mías, y al cual, no podía ni amar, ni destruir...

y, lloré, lloré del coraje de no poder prender fuego a la aldea miserable, y hacer correr sobre sus cenizas ardientes, mi caballo victorioso...

.....

Viaje sin incidentes;

llegada a un puerto de mar, caluroso y esquivo... y, conducido directamente a un buque surto en la bahía;

un adiós, a la escolta...

un pabellón extranjero que me cubre... ¡libre al fin!...

anochece, y el buque se aleja lentamente;

y, empiezan a esfumarse, a borrarse, las rocas negras y las playas rojas, del Imperio de César...

aquel Imperio, *era* mi Patria, pero me parece ahora, que he dejado su cadáver extendido sobre la playa...

¿la Patria ha muerto para mía?

no;

es la Patria, que ha muerto en mí;

y, por eso, nada dicen a mi corazón las costas de esa tierra odiosa y enclava, que se borra y desaparece, y, muere, como estrangulada en su ergástula, por las divinas manos de la Noche;

no queda ya visible, sino el picacho desnudo, de un cerro;

sobre él, las nubes se condensan, toman formas, y van dibujando caprichosamente una figura monstruosa;

¿qué manos invisibles, de artesanos bárbaros, trabajan en la siniestra formación del Monstruo?

bien pronto, éste se perfila, en su actitud deforme y, bestial;

tiene la forma de un toro enorme, y sus cuernos, se alzan furiosos al cielo, como para herir la luna que nace;

es el símbolo de la Patria;

es el MINOTAURO...

el MINOTAURO, que me ha vencido...

el MINOTAURO que me ha expulsado;

y, ahora parece que el MINOTAURO se vuelve contra mi, en su pradera de nubes...

no tengo pavor del MINOTAURO;

poco a poco, el Monstruo se deforma, se desvanece, desaparece...

ya no se ve la tierra...

sólo, el cielo y el mar...

respiro, como lejos de un gran peligro...

y digo, mirando hacia la costa odiada...

LA PATRIE! VOILÀ L'ENNEMI!...

*

Ahora que Froilán Pradilla, ya provecto, vencedor y, glorioso, releía esos cuadernos del *Camino de los Sueños*, sentía una enorme piedad, por la que él llamaba, la novela de su juventud;

y, pensaba con dolor, en el sacrificio de tantas cosas adorables, hecho en el altar de un Idolo, tan despreciable...

¿había muerto en él, el odio al MINOTAURO?

el Amor a la Humanidad, había vencido en él todos, los amares...

apóstol y, profeta, a la orilla del mar de todas las revoluciones, los años lo habían sorprendido cantando el himno de todas las tempestades;

y, su Verbo había sido, el relámpago que desgarró el vientre de la Noche, y el rayo que reduce a cenizas las maderas del Tabernáculo;

en la hora de las catástrofes, su voz se había oído sonar, como un torrente despeñado por sobre tumbas abiertas;

los vivos y, los muertos, habían acudido todos, al juicio de su Palabra, y los campos de la Historia y los de la Vida, habían sido estrechos, para oír sus veredictos;

pueblos de todas las razas, de todas las latitudes, y, de todas las lenguas, asistían al festín intelectual de aquella voz, cuyo acento tenía el poder de detener los caballos de los conquistadores, prontos a aplastar bajo sus cascos, los pueblos vivos y, las osamentas de los pueblos muertos, caídos bajo el poder de su espada... .

los tiranos de todas las tiranías, sordos a todo pesar, y, a todo arrepentimiento, habían temblado ante el azote de aquella palabra, que los fustigaba en las carnes desnudas, hasta duplicar con el rojo de la sangre, el rojo de la púrpura escarlata;

los eunucos y, los esclavos, habían sentido el rojo vivo de aquel verbo, marcarlos en las ancas recién acariciadas por el Amo;

los temples y los palacios de los expoliadores, habían temblado, sacudidos por el mismo huracán de Verdad, que salía de aquella boca;

y, los dioses y los césares, huían en tumulto, perseguidos por aquel látigo de fuego...

ni hombres ni pueblos ignoraban el nombre, de aquel proscrito inconsolable, que había hecho de su proscripción una bandera, y de su pluma una espada, asombrando al mundo, con el espectáculo de sus batallas clamorosas por la Libertad;

en su patria los césares se habían sucedido a los césares, en una fecundidad excrementicia;

el despotismo lo había asolado todo, y no había dejado nada, de aquella tribu en derrota;

el último de los amos, no teniendo ya nada que vender, vendió los últimos esclavos, y el jirón miserable de tierra, que los alimentaba;

y, esa pueblo, bastante cobarde para no perecer por el hierro en los combates, pereció por el oro en los mercados;

los mercaderes del Norte, lo compraron;

extranjeros en su propia tierra, los esclavos viven aún;

pero esos esclavos, no son ya un pueblo, ni una Patria...

el MINOTAURO, que él ansiaba vencer, no fué vencido, pero fué vendido por el último de los domadores, y hoy, pace y engorda, en ese establo de pueblos recién comprados, que los jayanes del Norte, se preparan a apacentar en las riberas del Hudson...

con la desaparición de su patria, el Grande Hombre, perdió su último enemigo;

vendido el MINOTAURO, ya nadie se vendió para insultarlo;

pensando en todo eso, Froilán Pradilla, sintió el más triste de todos los dolores: el Dolor de la Victoria;

y, se puso en pie, y abrió el balcón, que daba sobre la calle rumorosa;

y, aspiró a pleno pulmón, el aire que venía de un cielo libre, sobre una tierra libre; y, fué feliz...

FIN